

¿Qué tan difícil puede ser convertirse en una princesa?

¡BUURO!

cuento!



MARCELA MOURÉ

Puro cuento
MARCELA MOURÉ

© 2019, Marcela Mouré

© Imagen de portada: Roman Samborskyi

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, sin autorización previa y por escrito del titular del *copyright*.

www.marcelamoure.com

Tabla de contenido

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[Epílogo](#)

*When we fight, we fight like lions
But then we love and feel the truth
We lose our minds in a city of roses
We won't abide by any rules
I don't say a word
But still, you take my breath
And steal the things I know
There you go
Saving me from out of the cold*

♪ Fire on fire ♪
Sam Smith

Prólogo

Alexa contoneó su cuerpo de un lado a otro mientras el hombre de ojos verdes que bailaba con ella sonreía y le seguía el ritmo.

—No está mal para una gringa —le dijo al oído.

Ella arqueó una ceja y dijo:

—¿Qué?

—El baile... Ya sabes, las malas lenguas dicen que ustedes no son muy buenos bailarines.

Alexa soltó una carcajada. De hecho, ella no bailaba y estaba bastante segura de que solo estaba haciendo el ridículo debido a unas copas de más.

—Soy una experta del baile —mintió mientras sus caderas marcaron un contoneo más fuerte.

—Eso parece.

De pronto la música se volvió más lenta y suave. La chica envolvió el cuello de él con sus brazos y cerró los ojos. Solo quería disfrutar del momento. Últimamente su vida tan normal se había vuelto una locura. Estaba a una semana de convertirse en una princesa y ya estaba arrepintiéndose.

Llevaba tres semanas junto a la princesa Elizabeth y la señora Rogers aprendiendo un montón de cosas inútiles. Cumpliendo su parte del trabajo. En poco tiempo tomaría el lugar de otra mujer y fingiría ser ella por un mes.

Pero esa noche había decidido tener un momento de normalidad, volver a ser Alexa Sullivan, una humilde vaquera del Oeste. Justo ese día habían llegado a Mides y mientras la princesa Elizabeth descansaba, ella había salido a buscar un bar, comer como Dios mandaba, tomarse una maldita cerveza y pues... bailar con un chico guapo.

—Dios mío, hueles bien —murmuró él.

—Oh, más vale que sea así porque echarse mil dólares encima y que no huelas a nada es como para matarte...

Él se separó un poco y la miró con el ceño fruncido. Alexa se dio cuenta de lo que acababa de decir, se maldijo, se suponía que estaba allí para ser ella misma y no la princesa Elizabeth de Alessia.

—Solo bromeaba —le dijo a él.

—Pues sí huele a dinero.

—Quizá lo robé por ahí...

Él la abrazó más, pegó sus labios a su oreja y dijo muy despacio:

—¿Qué me robarías a mí?

Alexa se mordió el labio. Dios bendito... ese hombre era tan ardiente como el sol de Montana a mediodía. Ella estaba acostumbrada a la compañía masculina, en su rancho hombres era lo que sobraba, después de los caballos; sin embargo, ese era muy diferente a los que conocía. Con dolor en el corazón debía admitir que de dónde venía no los hacían tan guapos.

—No lo sé. Me agradas, no quisiera ser mala contigo...

—Oh, tengo un corazón fuerte. Puedes ser todo lo mala que quieras...

Alexa sonrió y decidió que en definitiva quería ser mala. Se acercó a sus labios y los rozó con los suyos, dejando que él los entreabriera a la espera de un beso, pero ella simplemente mordió su labio inferior y se apartó con una sonrisa juguetona.

—No sé si tu corazón sea lo bastante fuerte, guapito.

—Vaya, vaya. Solo hay una manera de saberlo y es poniéndolo a prueba.

Él tomó su mano y la sacó de la pista. Caminaron entre la multitud hasta llegar a un rincón que estaba despejado. La colocó contra la pared, sonrió y esta vez fue él quien decidió ir por sus labios.

Alexa se dio cuenta de que las cosas se le habían descontrolado un poco y se apartó con rapidez.

—¿Pasa algo? —preguntó él con cierta preocupación mientras acomodaba tras la oreja de ella un mechón rubio que se le había escapado.

—Mmm... creo que quiero seguir bailando.

El hombre asintió; sin embargo, no se movió ni un centímetro.

—Mira, perdóname si te he asustado o algo así —le dijo a la chica al ver sus ojos.

Alexa tragó con dificultad.

—Solo es que estoy en un país desconocido, con un hombre desconocido y...

—Shhh —susurró él mientras colocaba un dedo en sus labios para que ella guardara silencio—. ¿Qué tal si nos presentamos y vamos a tomar algo que no tenga nada de alcohol?

Alexa soltó el aire que había contenido y volvió a sonreír.

—Claro. Soy Alexa Sullivan.

Extendió la mano hacia él.

—Mucho gusto, Alexa. —Sonrió solo para verse todavía más guapo y estrechó la mano de ella—. Yo soy Felipe Christoph.

La chica se quedó inmóvil con su mano en la de él, sin romper el contacto. Entonces el aire comenzó a faltarle.

Mierda. Mierda. Mierda.

—¡El primo del príncipe! —chilló—. Felipe Christoph...

Felipe hizo una mueca de disgusto.

—Por supuesto que no tengo nada que ver con la realeza. Por Dios, mírame.

Fue ahí cuando Alexa miró más allá de sus verdes ojos y su atractivo. Por supuesto que era él. Había sido una estúpida al no darse cuenta. Con un empujón, lo apartó y echó a correr como una loca, perdiéndose entre el gentío.

Dios bendito. Ni siquiera había empezado a ser una princesa y ya la había cagado.

¡Le había mordido el labio como toda una fulana al primo de su futuro esposo!

Una semana después...

La princesa Elizabeth se llevó las manos a la boca con sorpresa al ver a Alexa lista para empezar su trabajo. No se parecía en nada a la chica que había conocido un mes atrás. De hecho, era casi como si se estuviese viendo a ella misma. Habían tenido que ponerle extensiones, teñirle el cabello de un tono cobrizo y prohibirle las harinas y grasas; pero había valido la pena. Si se ponían una al lado de la otra, se notaría la leve diferencia de estatura, el cuerpo más curvilíneo de Alexa o su piel mucho más bronceada, la nariz más respingada de Elizabeth o las pestañas risadas y las pecas; sin embargo, con Alexa maquillada y vestida de diseñador podían pasar por hermanas gemelas.

—Te ves maravillosa —dijo con su voz suave y elegante.

—Nadie las descubrirá —agregó la señora Rogers mientras peinaba un mechón que se le había escapado a Alexa.

La chica todavía seguía sin poder conectar el cerebro a la boca, no encontraba cómo pronunciar alguna palabra, admirada al ver su reflejo en el espejo.

—¡Joder! —contestó al fin mostrando toda su sabiduría.

—Señorita Sullivan —la regañaron las otras dos mujeres.

—Perdón. Es que me veo... Me veo como usted —dijo a la princesa Elizabeth.

La mujer le sonrió y se puso a su lado, frente al espejo.

—Exacto. Lo hemos conseguido.

Alexa suspiró.

—Este apenas es el principio. Hay muchas cosas que pueden salir mal...

—Calla, muchacha —dijo la señora Rogers—. Yo voy a estar ahí para ayudarla. Nada va a salir mal.

Alexa asintió. Observó el reloj y con nervios tomó su pequeña cartera, mirando a las mujeres informó:

—Debo hacer una llamada.

—Oh, no. Esa podría ser una imprudencia —se apresuró a responder la princesa.

—Lo siento, pero voy a estar una semana sin hablar con mi familia y al menos necesito llamarlos para despedirme.

La princesa Elizabeth le indicó con un gesto que lo hiciera, aunque no estaba de acuerdo.

Alexa salió de la habitación y entró a la suya. Cerró con llave y se lanzó a la cama sin importarle arrugar el traje lavanda de Chanel que llevaba puesto. Marcó el número del rancho y el corazón volvió a latirle con normalidad cuando escuchó una voz familiar a través del aparato.

—Cariño, estaba preocupada —dijo su madre.

—Todo está bien, mamá. No te preocupes...

—Alexa, sabes que nada de esto está bien. Es una locura...

Al fondo se escucharon risas y voces. La chica calculó que debía ser la hora del almuerzo en Montana. Su estómago reaccionó con un gran rugido al pensar en las costillas asadas o la chuleta en salsa picante que preparaba su madre. Tenía un mes de estar comiendo comida de conejos, como llamaba su padre a las ensaladas, y era un hecho que su estómago de vaquera no se adaptaba a ese régimen.

—Una locura sería perder el rancho y tener que cerrar el centro de rehabilitación —contestó a su madre.

La mujer suspiró.

—¿Estás segura de que no te vas a meter en un problema?

Alexa se mordió una uña.

—No si hago todo bien...

—Ay, por Dios —lloriqueó.

La chica se quedó con la boca abierta, mirando la pantalla.

—Mamá, ten un poco de fe en mí. En un mes estaré allí y olvidaremos toda esta locura. Solo llamaba para despedirme, no podré comunicarme con ustedes mientras sea la princesa Elizabeth. ¿Qué tal si me pones en altavoz y me desean buena suerte?

—Todos estamos preocupados por ti...

La chica sonrió recordando a sus hermanos Will, Jessica y al pequeño Harry; jamás pensó que pudiera extrañar tanto a esos granujas que siempre le estaban haciendo la vida imposible.

—Mamá...

—De acuerdo, de acuerdo. Te quiero. Por favor, mantén tu trasero lejos de los problemas.

—Yo también te quiero.

—Voy a ponerte en altavoz.

—Hola, familia —dijo con un tono alegre que era tan falso como su apariencia en ese mismo instante.

—Hola, Guacamaya —contestó Harry—. ¿Me prestas a Diablo para salir a cabalgar?

Alexa puso los ojos en blanco y luego sonrió de oreja a oreja.

—¡Ni lo sueñes, ratón de alcantarilla!

Entre bromas familiares y buenos deseos conversó con todos, sintiéndose mucho mejor que al principio. Su familia era como una bocanada de aire fresco en medio de una nube de humo negro.

—Solo será un cerrar y abrir de ojos, papá —dijo Alexa—. Cuando menos lo esperen volveré a estar en el rancho montando a caballo.

—Lo sé, cariño. Jamás podré pagarte lo que haces por nosotros.

—Sí puedes.

—¿Cómo?

—Llévale zanahorias a Diablo y dile que lo extraño un montón.

—No te preocupes por él. Te estará esperando al igual que nosotros.

—Los quiero.

—¡Y nosotros a ti! —sonó en coro.

—Yo no —dijo Harry al fondo con tono enfurruñado.

Alexa cortó la llamada y sintió unas repentinas ganas de llorar. Algo que era demasiado raro en ella. Era una mujer fuerte, decidida; siempre estaba feliz y optimista. Ella no lloraba. Nunca.

Se puso de pie al escuchar los toques en la puerta. Se miró al espejo por última vez mientras se recomponía el traje. Era difícil encontrarse a sí misma debajo de ese maquillaje y joyas caras, pero al fin y al cabo de eso se trataba.

Cuando salió se encontró con la cara lavada de la princesa Elizabeth, que además llevaba ropa tan grande que la hacía lucir masculina.

—Será mejor que nadie me vea arreglada —aclaró la princesa.

—Sí, supongo.

—Bien. El auto ya está listo.

El corazón de Alexa iba a mil. Por un momento deseó acabar con todo eso, entonces recordó el motivo por el cual estaba ahí.

—Todo va a salir bien, princesa Elizabeth.

—Oh, no. Ahora tú eres la princesa Elizabeth.

La princesa hizo una cortesía y luego se giró y desapareció sin siquiera despedirse. La señora Rogers apareció en su lugar.

—Es hora —le dijo a Alexa.

La chica irguió los hombros, miró al frente y caminó hacia donde las esperaba el chofer sin volver a ver atrás. Tenía una misión y pensaba cumplirla al pie de la letra.

Mientras tomaba su lugar en el auto, cerró los ojos y recordó cómo había llegado hasta allí. Estaba revisando el correo electrónico del centro de rehabilitación cuando encontró uno que no tenía nada que ver con cobros de bancos, preguntas sobre el centro o facturas.

Tan solo venía un texto donde se pedía comunicarse con «la chica de la foto» para una propuesta laboral, una foto suya que debía haber sido tomada de la página del centro y un número de teléfono. Ni siquiera habría perdido el tiempo en llamar si no hubieran estado tan agobiados con la situación del rancho.

Ella y su familia eran dueños del Rancho Sullivan, un centro de rehabilitación ecuestre que ayudaba a personas con alguna discapacidad física. Habían trabajado en él toda su vida y por una mala decisión financiera, ahora estaban a punto de perderlo. Necesitaban dinero, si bien recibían donaciones todos los meses, eso apenas servía para mantener el lugar y pagar al personal, no alcanzaba para las deudas.

Poco a poco habían ido deshaciéndose de cosas materiales y aun así no conseguían salir a flote. Ese correo había llegado en el momento justo. Cuando había llamado se había quedado congelada al escuchar todo lo que le ofrecían por tan solo trabajar dos meses. Aunque a cambio debía presentarse a una reunión misteriosa y solo así iban a valorar si servía para el trabajo.

Cuando sus ojos se habían cruzado con los de la princesa Elizabeth de Alessia había sentido un escalofrío. No es que fueran gotas de agua, no obstante, era obvio que se parecían mucho. Así que había pasado la prueba. Su trabajo consistiría en prepararse durante un mes para ocupar el lugar de la princesa y el otro mes hacerse pasar por ella en Mides. A cambio recibiría lo que para ella era una fortuna, dinero suficiente para cubrir la deuda del rancho e incluso invertir un poco.

Y ahí estaba ella. De camino a un almuerzo en el palacio de los reyes de Mides, sus suegros. A punto de ver a su novio el príncipe William y fingir ante él y todos los que se encontraran en el lugar que ella era la princesa de Alessia y que estaba encantada de volver a verlos después de cinco años.

Era una locura, aun así, la princesa le había asegurado que nadie se daría cuenta. El príncipe tenía tres años de no verla y su unión solo era mera

política.

—Hemos llegado —anunció el chofer.

Alexa abrió los ojos como platos.

—Relájate —le dijo la señora Rogers apretándole la mano con delicadeza como si quisiera transmitirle paz.

La chica tomó aire y bajó del auto con todo el garbo que pudo, ignorando el ruido que hacía su estómago debido a los nervios. Se alisó la falda más por encontrar qué hacer con las manos, que porque estuviera preocupada por su aspecto. Tuvo que obligarse a no abrir la boca y soltar la baba cuando vio lo imponente del palacio, de seguro que en Alessia tenían uno igual.

Una vez estuvo dentro fue recibida en un gran salón donde todo era lujo y no se abstenían a dejarlo claro.

—¡Santa madre de Dios! —chilló, luego se llevó la mano a la boca como si pudiera detener las palabras.

Las cuatro personas frente a ella se miraron desconcertadas, por un momento temió que la hubieran descubierto, sin embargo, el joven fue hasta ella, tomó su mano, la besó y dijo:

—Oh, princesa Elizabeth, cuánto me alegra volver a tenerla a mi lado.

Alexa se quedó bloqueada por un momento. ¿En serio ese era su novio? Dios santo, en montana las parejas le ponían más salsa a la carne.

—La alegría es mía, su alteza real, príncipe de Mides.

Lllamarlo así no le supo demasiado bien, se preguntaba por qué ella debía ser tan educada mientras él solo la llamaba princesa Elizabeth. Carajo, ella había estado ensayando muchas horas los jodidos títulos y el otro se los pasaba por el...

—Permítame —dijo él interrumpiendo sus pensamientos mientras le ofrecía el brazo y la llevaba frente a los reyes—. Padre, madre, he aquí a la princesa de Alessia, princesa Elizabeth.

Alexa recordó justo a tiempo que debía hacer una cortesía y con toda su elegancia recién aprendida cruzó un pie detrás del otro, llevó una mano a su espalda y se inclinó un poco.

—Sus majestades —agregó en un tono educado y real según las palabras de la señora Rogers.

—Princesa Elizabeth, estábamos esperándola con ansia —comentó el Rey Enrique de Mides—. Cuánto regocijo poder volver a verla después de tanto tiempo. Nos honra con su presencia y su exquisita belleza.

Alexa sonrió con educación, a pesar de que lo único que deseaba era

fruncir el ceño. Qué gente tan rara.

—Querida —dijo la reina Elena de Mides—, se ve radiante. Espero que el viaje haya sido placentero. De cualquier modo, el aire de Mides es un deleite para cualquiera y le va a sentar muy bien. Justo estamos en la mejor época.

Con el calor que Alexa estaba sintiendo en esos momentos no sabía si creerle a la mujer, aunque, por supuesto, también podían ser sus nervios.

—Princesa Isabel —llamó la reina a la adolescente que se había quedado rezagada tras los reyes—, dirija sus respetos a la princesa de Alessia.

La joven miró a Alexa con total despreocupación y con desgana se inclinó ante ella diciendo:

—Bienvenida, princesa Elizabeth de Alessia.

Alexa abrió la boca para responder, pero justo antes de que pudiera articular algo la reina la tomó de un brazo y la obligó a seguirla.

—Venga por aquí, princesa Elizabeth, voy a mostrarle su habitación para que descanse un poco, si lo desea, antes de que inicie el almuerzo. Hemos invitado a nuestros amigos más íntimos y a algunos familiares, espero que no sea una molestia.

—Oh, claro que no. Es su casa y a mí me encanta conocer gente nueva.

La reina se detuvo en seco y la miró con el ceño fruncido.

—Discúlpeme usted, majestad —agregó Alexa con rapidez—. Es que estoy un poco cansada por el viaje y me duele la cabeza. Quería decir que será un honor compartir el almuerzo con el círculo de amigos y familiares de la realeza.

—Será mejor que nos apresuremos para que pueda tratar sus molestias. No dude en solicitar ayuda si lo considera necesario.

—Gracias, es usted muy amable.

La mujer no le respondió y cuando la dejó frente a la habitación se despidió muy seria. «Bonita manera de empezar con la reina», se regañó la joven.

Una vez dentro se encontró con la señora Rogers y se pudo permitir volver a jorobarse y sacarse el palo del trasero que no la dejaba hablar como una persona normal.

—¿Por qué no me dijeron que estaban locos? —preguntó a la asistente.

—Dios mío, baje la voz. Alguien podría oírla.

Alexa puso los ojos en blanco.

—¿Cuánto falta para el almuerzo?

—Media hora.

La chica se rascó el cuero cabelludo para aliviar la presión que le causaban las extensiones de cabello.

—Genial, tomaré una siesta.

—Claro que no, princesa Elizabeth.

—Yo no soy la p...

—Sí lo es. —La fulminó con la mirada—. Debe darse prisa para arreglarse para el almuerzo.

—¿Qué!? Pero si este vestido está bien.

—Ese era el vestido para viajar. Desde luego no es el del almuerzo.

Alexa se quedó boquiabierta observando el vestido. ¡Tres mil dólares en tela solo para viajar!

—¿Entonces qué debo ponerme?

—Primero tome una ducha rápida mientras yo le preparo lo que debe ponerse. Después recuerde usar los productos de cuidado facial y el maquillaje que le dejé acomodado en el lavabo. Y tome esta botella de agua. No olvide que debe mantenerse hidratada en todo momento.

Alexa se zafó los zapatos de una patada y salió corriendo tras ellos al recordar que no eran sus botas vaqueras y valían más que diez de sus caballos.

—Están perfectos —dijo a la señora Rogers que la miraba desconcertada.

—Dese prisa.

2

Felipe miró a su madre con impaciencia. Era un idiota. Mejor se hubiera quedado en la ciudad, había subido hasta ahí en busca de paz y concentración para su nuevo libro y lo único que había encontrado era un caos.

—Te dije que te apuraras, cariño —lloriqueó su madre sin dejar de mirar el reloj mientras él bajaba la velocidad del auto a propósito—. ¡Felipe!

—Mamá, ya vamos tarde. Unos minutos más, unos minutos menos... Qué más da.

Su madre, Leonor, lo miró atónita.

—Por Dios, si vamos a llegar tarde al almuerzo con los reyes...

—Deben estar alegres pensando que no vamos a ir. Me encantará ver la cara del rey cuando nos vea entrar.

—Por esto es que nunca nos toman en cuenta para nada. Eres igual a tu padre, no les das el respeto que se merecen.

Felipe puso los ojos en blanco. Los reyes y su estúpido almuerzo se la sudaban. La única razón por la que estaba ahí era porque no pensaba permitir que esas aves de rapiña dejaran a sus padres sin lo único que les quedaba.

Desde que Felipe tenía memoria, él y sus padres eran la vergüenza de la familia real. Todo aquel que no tuviera dinero o un cargo político importante era olvidado. No es que le importara. Él odiaba que se le relacionara con esa familia y que se le pusiera un título. Odiaba cuando lo llamaban sir. Era tan estúpido. Prefería que nadie supiera sobre su descendencia.

Lo cierto es que una semana atrás se había quedado sorprendido de que alguien supiera quién era. Esa rubia... ¿Y por qué había huido después? Era difícil que lo relacionaran con la realeza, pues estos no solían usar sus apellidos y, además, como él estaba en la categoría más baja, era solo un simple pelagatos al que nadie prestaba atención.

Bajó la velocidad aún más, cuando divisó el palacio en lo alto de la colina. Era enorme e imponente. Había estado allí solo una vez, sin embargo, recordaba muy bien las vistas al mar y el lujo que se desperdigaba en cada rincón.

Su madre siguió quejándose, él la ignoró. Iban a llegar tarde y punto.

Habían recibido esa invitación solo por conveniencia. Así era como trabajaba el rey. Solo porque estaba interesado en los terrenos de su familia y, de pronto, se había acordado de los lazos familiares que los unían y se había rebajado a visitarlos, obsequiarles «pequeños detalles» e invitarlos a un jodido almuerzo.

Felipe sabía que solo quería impresionarlos, ganarse su confianza y después despojarlos del terreno. Le hubiera encantado que su madre fuera consciente de eso, aunque sabía que era imposible. Leonor solo veía la oportunidad de mezclarse con la alta sociedad y soñar con que ella también podía pertenecer a tan excelentísimo grupo.

Pero el rey estaba muy equivocado. Sobre su cadáver iba a dejar que sus padres cometieran el error de venderle los terrenos a la realeza. Podían comprar todo Mides, si les daba la gana, menos ese terreno. Su abuelo, hermano del rey, había sido despojado de su herencia apenas su hermano tomó el reino y había muerto en la miseria como cualquier hijo de vecino. Felipe no iba a permitir que hicieran lo mismo con su padre.

Cuando llegó a la entrada donde se alzaba un portón de bronce de al menos cuatro metros, dos oficiales impolutos salieron a su encuentro.

—Disculpe, señor. Solo con invitación se puede pasar.

Leonor se quitó el cinturón y casi se abalanzó sobre Felipe, con la invitación en mano.

—Oh, somos invitados del rey —dijo la mujer extendiendo el fino papel a uno de los oficiales—. Su majestad nos la dio en persona. Somos Christoph. Mi hijo —agregó, señalando a Felipe—, es primo del príncipe. Primo segundo, pero primo.

Los oficiales se miraron con desconfianza, aunque de igual forma les abrieron el portón para que pasaran. Era obvio que no creían nada de lo que se les había dicho. No obstante, tenían la invitación y era la única llave que se necesitaba.

—Mamá, podrías dejar de hacer eso.

—¿Qué?

Leonor se miró en el retrovisor, vigilando que el pequeño y extraño sombrero que llevaba estuviera perfecto y que el calor no hubiese derretido su maquillaje.

—Comportarte como una fan.

—Felipe, cielo, ¡son los reyes!

—Solo sé normal. Es gente común y corriente con un jodido título nada más...

—Pues la gente común y corriente no vive en palacios repletos de oro.

Felipe puso los ojos en blanco, detuvo el coche frente a la entrada del palacio y esperó a que otro oficial llegara hasta ellos.

—¡Esta no es la entrada de la servidumbre! —chilló el hombrecillo con los ojos como platos.

Leonor ya iba a hablar cuando Felipe contestó:

—No somos servidumbre, venimos por invitación del rey.

—Aquí está la invitación —prosiguió la mujer.

El hombre se puso rojo.

—Oh, disculpen. Es que el auto no parece... Lo siento. Permítame las llaves, señor.

Felipe estuvo a punto de echarse a reír. Le dio las llaves y salió del auto. El hombre las tomó y corrió a la puerta de Leonor, la abrió y le tendió la mano para ayudarla a salir. Sin embargo, ella le dio un manotazo y salió por su cuenta.

—¡Iguinaldo!

—Perdón, señora...

Leonor hizo un gesto con la mano y siguió caminando como si ella fuera la mismísima reina de ese palacio.

Felipe echó un vistazo al horizonte y suspiró. Genial. Esperaba que su madre se aburriera rápido y se largaran de ahí cuanto antes.

En el salón una mujer muy seria les avisó que el almuerzo había empezado hacía media hora, que lo sentía mucho y que no podía dejarlos pasar. Entonces fue cuando su madre se descontroló. Que la partiera un rayo, ella no se había gastado el dineral de ese sombrero por nada.

—Exijo que le diga al rey que estamos aquí. En cuanto lo sepa estoy segura de que nos va a dejar pasar.

—No puedo interrumpir al rey mientras está en el almuerzo, señora. Podrían esperar a que terminen en el comedor y entonces, con mucho gusto, le haré saber a la majestad sobre ustedes —sugirió—. Supongo que podrán disfrutar del té sin ningún problema.

—Está bien —contestó Felipe, tomando asiento y poniendo sus zapatos sucios sobre una mesa que debía valer más que su apartamento.

—Oh, no. Yo no almorcé en casa y tengo hambre —se quejó Leonor—. Donde comen dos, comen tres.

La empleada se puso nerviosa al ver la insistencia de la invitada.

—Podrían comer en otro de los comedores...

—¿Qué?! —gritó la mujer con todo el dramatismo que pudo—. Dios bendito, en la vida había sido humillada así. Yo, Leonor Christoph....

Felipe se levantó al escuchar cómo la voz de su madre se iba quebrando. Había sido una mala idea ir allí.

—Mamá, basta. Estás haciendo el ridículo.

—¡Nos están humillando! ¡Corre sangre real por nuestras venas!

Felipe hizo una mueca.

—¡Pero si tú no eres quien tiene sangre Christoph!

Leonor abrió la boca.

—Oh, ahora mi propio hijo, me humilla —lloriqueó.

La empleada estaba mirándolos con sorpresa, preguntándose de adónde había salido esa gentuza y cómo es que el rey los había invitado.

—Exijo ver al rey de inmediato —prosiguió Leonor.

Fue allí cuando la empleada cometió su peor error. Miró de reojo hacia donde se encontraba el comedor, como asegurándose de que nadie había escuchado, y entonces Leonor aprovechó para salir corriendo en esa dirección.

—Mamá, ¿qué demonios haces? —gritó Felipe corriendo tras ella y atrapándola por la cintura.

—¡Suéltame, Felipe Christoph!

—No, hasta que no te controles. Joder, nos van a echar a patadas de aquí. Prometiste no cometer ninguna imprudencia.

—Esto no es ser imprudente, es luchar por la justicia.

La mujer vio que dos oficiales entraban al salón, seguidos por la empleada y como último recurso le dio un codazo en las costillas a su hijo y un pisotón que lo tomaron desprevenido, después abrió la puerta que se encontraba a tres metros.

Alexa estaba llevándose una cucharada de crema de vegetales, suave y delicada, a la boca cuando las puertas del comedor se abrieron de pronto con un fuerte estruendo y una mujer pequeña y regordeta apareció con un vestido de terciopelo verde chillón y un sombrero lleno de flores. La mujer barrió su mirada a lo largo de toda la mesa e invitados hasta llegar al lugar principal y ver al rey. Tomó un momento para recuperar el aliento y se dirigió hacia él con una sonrisa de disculpa.

Alexa, al igual que los otros invitados, no tenía ni idea de qué pasaba.

Tomó una servilleta y justo antes de fingir que se limpiaba con ella, sus ojos se cruzaron con unos verdes que la habían perseguido en sus sueños durante toda la última semana. La crema tomó el camino equivocado y en lugar de bajar por su garganta se le devolvió por la nariz.

Comenzó a toser sin control mientras se maldecía en silencio al ver que el hombre de ojos verdes que estaba en las puertas la reconocía, pues el brillo de sus ojos era claro. Sabía que ella no era la princesa; sabía que era Alexa, una borracha que no sabía bailar y le había coqueteado con todo el descaro.

—¿Estás bien? —le preguntó el príncipe.

—No, solo me estoy ahogando —soltó con ironía—. Quiero decir, sí, estoy bien. Gracias.

Le dio un gran sorbo a su copa de agua, sin atreverse a levantar la vista de la mesa.

—¿Qué sucede aquí? —inquirió la fuerte voz del rey.

—Oh, su majestad —murmuró la mujer del vestido verde mientras se ponía de rodillas ante el rey.

—Por Dios, mamá —dijo Felipe, tomando a su madre del brazo y levantándola al instante.

—¿Qué hace esta gente aquí? —preguntó la reina.

Los dos oficiales y la empleada aparecieron disculpándose ante todos por permitir la intromisión.

—Felipe Christoph, le solicitamos una explicación —ordenó el príncipe.

Alexa se hizo más pequeña en su asiento. Esperaba que eso no tuviera nada que ver con ella.

—Disculpen —se excusó Felipe—. No queríamos ocasionar un alboroto. Mi madre estaba un poco emocionada por la invitación del rey a este almuerzo y se entristeció al ver que no podíamos presentarnos porque era tarde.

—¿Quién la invitó? —exclamó la reina, atónita.

—El rey —contestó Leonor.

La reina guardó silencio, a pesar de que por su gesto era obvio que tenía muchas cosas que decir al respecto.

—No pueden presentarse así ante mi padre —comenzó el príncipe—. Obrando semejante bullicio. Tenemos a una invitada especial hoy, mi novia. Excelentísima princesa Elizabeth de Alessia —continuó, girándose hacia la falsa princesa—, imploro pueda absolver este espectáculo tan ignominioso. El señor Felipe Christoph y su madre van a disculparse ante usted.

—Oh, no es necesario... —comentó Alexa, antes de ser interrumpida por

Leonor.

—¡Una princesa! Oh, su alteza real, princesa de Alessia, me disculpo por interrumpir su almuerzo.

Alexa no supo cómo reaccionar y por lo visto Felipe tampoco, pues todos los ojos estaban puestos sobre él, esperando su disculpa. Leonor le dio un codazo a su hijo.

—Pido disculpas, *princesa*... —dijo él al fin.

A Alexa se le fue la respiración, ¿eran ideas suyas o él había pronunciado esa última palabra con cierto tono ardiente?

Al príncipe no le gustó la insolencia de esos intrusos, por lo que se dirigió al rey.

—Padre, no creo que sea apropiado atender este asunto en el comedor.

El rey asintió con gesto serio y salió del lugar pidiéndoles que lo siguieran, cuando se topó con los oficiales y la empleada les dejó saber, solo con su mirada, que su imprudencia iba a tener grandes consecuencias.

Antes de salir del comedor, Felipe no pudo evitar girarse y mirar a la princesa. Sonrió como solo un canalla sabía hacerlo y se inclinó ante ella.

«Qué demonios», se dijo mientras seguía al rey. Así que la princesa tenía una doble vida y le gustaba escaparse a los bares de mala muerte y coquetear fingiendo un acento estadounidense. Vaya, vaya. De pronto todo se puso interesante. Por un momento se maldijo por haber llegado tarde al almuerzo, luego sonrió al recordar cómo ella había estado a punto de ahogarse al verlo.

Después de todo sí quería quedarse más tiempo, esperaba poder tomar el té y hablar con la princesa. Tenía mucha curiosidad al respecto. Se preguntaba qué tan correcta era la mujer cuando todos miraban y no podía escapar de su papel.

3

Alexa caminó por el salón con el corazón a mil, apenas prestando atención a todos a su alrededor. No quería que nadie le hablara, estaba tan nerviosa que temía delatarse de un momento a otro.

Había sido una estúpida. Se había repetido toda la semana que su escapada no tendría consecuencias y ahora sabía que se había equivocado. Maldición, pasaría el resto de sus años en prisión por usurpar el lugar de una mujer. ¡Una maldita princesa de verdad!

Dio un respingo cuando alguien la tomó por el codo.

—Elizabeth, te veo muy dispersa —dijo el príncipe—. Espero que esa gentuza no sea la responsable de tal cosa.

Alexa se zafó del agarre con discreción, fingiendo que retocaba su cabello.

—¿Gentuza? Son tu familia.

El príncipe hizo una mueca de desagrado absoluto.

—Esa mujer no es nada mío y él es un primo lejano...

—Primo segundo —apuntó ella.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre mi familia?

Alexa se removió incómoda.

—Soy una mujer curiosa.

Él estrechó sus ojos color miel, estudiándola con atención.

—Eso veo.

—De cualquier modo, solo estoy agotada. No te preocupes. Pero, cuéntame, ¿qué hacían ellos aquí? Es evidente que tanto tú como tu madre no los toleran...

Él sonrió mientras con un gesto rápido cogía la mano de la chica y la obligaba a tomarlo del brazo. Alexa frunció el ceño y estuvo a punto de zafarse otra vez.

—Oh, tal como lo dices suena un poco vil. Lo que pasa es que esa gente no ha hecho más que traer desgracia a nuestra corona. Hace muchos años atrás Henry Christoph, el hermano de mi padre y abuelo de ese tipo, robaron a la realeza...

—Pero si él también era de la realeza...

El príncipe soltó una carcajada.

—Querida, sabes cómo funciona esto. Eres una princesa, por el amor de Dios. Hasta pareciera que en Alessia las cosas fueran diferentes.

Alexa sonrió con desgana, apenas y conocía al principito del carajo y ya le caía como una patada en las pelotas que no tenía.

—Solo era un segundón —continuó el príncipe—. Y, al parecer, eso le molestaba. Robó muchas de las tierras que le pertenecerían a mi padre, quien sería el futuro rey, así que después este tuvo que recuperarlas y luchar por ellas. Aún hoy esa gente tiene territorios nuestros. Mi padre ha estado poniéndose en contacto con ellos para recuperar lo que falta de forma civilizada. Sin embargo, no vislumbro cómo es que se le ocurrió invitarlos a almorzar.

El cerebro de Alexa iba a mil, intentando recordar todo lo que había aprendido sobre la familia real.

—Su alteza real —dijo una voz aguda y femenina dirigiéndose al príncipe.

—Marquesa Sofía —contestó él con una gran sonrisa.

Alexa sonrió sin saber por qué, quizá esperando que la mujer la saludara, a pesar de que la marquesa hizo como si ella no existiera.

La falsa princesa parecía solo un adorno colgando del brazo del príncipe.

—Voy por algo de tomar —avisó a William, quien nada más asintió sin prestarle verdadera atención.

Mientras se movía entre la gente, calculaba que unas cuarenta personas, vio que unas mujeres al fondo del salón no le quitaban el ojo de encima. Alzó la barbilla e irguió más los hombros, entonces vio una puerta cerca y decidió que la mejor estrategia a veces era la huida y esa era una de esas veces.

Cerró la puerta con más fuerza de la que debería y apoyó la frente sobre la madera fina y perfectamente pulida, intentando tranquilizar sus nervios. Se había metido en una situación que no podía controlar. Debía ser honesta consigo misma y admitir que el trabajo le había quedado grande. Lo mejor sería hablar con la princesa Elizabeth y renunciar ahora que todavía podían salir ilesas.

—*Princesa* de Alessia, qué placer volver a verla —dijo una voz ronca en su oído.

Alexa dio un salto tan fuerte que se golpeó la nariz con la puerta. Cuando se giró sus ojos se cruzaron con los de Felipe Christoph.

—¡Mierda!

—Vaya boquita la que tiene la *princesa*...

Lo fulminó con la mirada.

—No sé de qué me habla —dijo con poca convicción.

Felipe sonrió como un depredador que sabe que ya tiene a su presa.

—¿En serio quieres que te lo recuerde?

Alexa gimió por lo bajo. Abrió los ojos como platos cuando escuchó voces acercándose.

—Será mejor que me vaya.

Intentó escapar, sin embargo, él la alzó por la cintura y la encerró en una habitación que parecía diminuta. Podía sentir cada músculo de él tocando su cuerpo.

—Shhh. No hagas ruido.

Ella asintió, a pesar de que con la oscuridad él no podía verla.

—¿Qué está haciendo? —cuestionó en un susurro.

—Nada, solo quiero hablar con una vieja amiga.

Guardaron silencio un momento mientras alguien pasaba por el pasillo.

—Nosotros no somos amigos ni somos nada —replicó ella—. Ni siquiera lo conozco.

Felipe tomó la barbilla de Alexa en su mano y la acarició con suavidad.

—No me digas que en los palacios no les enseñan a las princesas que mentir es malo. Muy mal, *Alexa Sullivan*.

—¡No me llame así! —exclamó en voz más alta de la que pretendía.

Él le tapó la boca con una mano hasta que estuvo seguro de que ella no iba a alzar la voz de nuevo.

—No hagas tanto ruido. ¿Qué pensará el príncipe si me encuentra así con su novia, la excelentísima *princesa* de Alessia?

—Déjame ir —contestó con súplica, saliéndose de su papel—. Y no vuelvas a repetir que soy... esa.

—¿Solo eres ella cuando te escapas por la noche y guardas la tiara?

Alexa sintió que las piernas le flaqueaban.

—Mira, esa no era yo. Fue un momento... de estrés. Mucho, mucho estrés. —Tragó con dificultad—. Hice una tontería y...

—Pero si no llegamos a hacer nada.

—Nada de lo que sucedió en ese bar debió haber pasado. Soy la *princesa* de Alessia y la novia de tu príncipe. Si se llega a saber cómo me comporté esa noche, será un escándalo.

—No soy un chismoso, *princesa*.

—Deja de hacer eso.

—¿Qué?

—Pronunciar la palabra princesa de esa forma tan... tan pecaminosa.

Esta vez fue ella quien tuvo que taponarle la boca con la mano, pues él se echó a reír como si nada. Felipe consiguió controlarse unos segundos después, tomó la pequeña mano de ella en la suya y entrelazó sus dedos.

—No pienso decirle a nadie lo que pasó.

—Gracias.

Ella suspiró aliviada, sintiendo un escalofrío al notar lo bien que se sentía que él la tomara de la mano.

—Pero eso no significa que lo haya olvidado.

—Por Dios, ya. Basta.

Soltó su mano.

—De hecho, me gusta más cómo te veías de rubia, con el cabello corto.

—Ajá, claro —contestó Alexa con incredulidad.

—Es en serio. Aunque eres preciosa y estoy seguro de que te ves bien como sea.

Ella se quedó sin aliento.

—Será mejor que me vaya. Deben estar buscándome y...

—Shhh. Viene gente.

Alexa se quedó inmóvil, no tanto porque venía gente, sino porque Felipe estaba cada vez más cerca. Tanto como cuando ella le había mordido el labio.

—¿No te pareció de lo más vulgar? —dijo una voz en el pasillo—. Ni siquiera abrió la boca más que para comer. Dios, debería cuidarse más o terminará como una cerda. ¿Acaso en su país no le exigen un mínimo de buena apariencia?

Alexa frunció el ceño. Reconoció la voz porque era la de la marquesa Sofía. Qué carajos, ella no estaba gorda. Puede que no fuera tan delgada como la princesa, no obstante, no era gorda.

Montaba al menos cinco horas cada día, trabajaba en el rancho cargando pacas enormes de heno y había traído más caballos al mundo de los que podía recordar. Esa estúpida no podía estar diciendo que estaba gorda. Se movió dispuesta a salir a decirle unas cuantas verdades a esa insolente, aunque Felipe no la dejó.

—¿Qué te puedes esperar de ella, querida? Por algo su país está en quiebra. Todo el mundo sabe que lo único que busca es la unión con el

príncipe para sacar de la miseria a su reino.

Alexa sintió un nudo en la garganta. Sabía que lo que esa otra mujer había dicho era cierto. La princesa le había explicado la situación crítica de Alessia y lo bueno que era su noviazgo con el príncipe de Mides.

Sin embargo, a pesar de ello, le daba rabia que la vieran como una oportunista y la hacía sentir molesta el hecho de que una mujer tuviera que depender de alguien tan repulsivo como el príncipe para cumplir con lo que su pueblo esperaba de ella.

—¿Crees que el príncipe llegue a más con la princesa?

—No lo sé, querida. De ser así solo sería por cuestiones políticas y eso... Por el amor de Dios, aquí en Mides hay mujeres más interesantes y hermosas, como tú...

—Oh, tía, eres un sol.

«Así que lo bruja lo trae de familia», pensó Alexa.

—Es la verdad. Esa mujercilla no te llega ni a la punta de los zapatos, ni siquiera con su sangre real.

—Lo sé. No es más que una ilusa que junto con su familia van a llevar a su país a la quiebra...

Las voces se fueron perdiendo conforme se alejaban.

—¿No pensarás creerte eso? —preguntó Felipe.

Alexa se separó de él.

—Quizá sea cierto, solo soy una princesa inútil que necesita a un valiente príncipe que la rescate.

Abrió la puerta y antes de que pudiera salir, él la detuvo.

—No creo que seas nada de eso y William no sería capaz de encontrarse el culo ni aunque lo tuviera por delante, mucho menos va a salvarte a ti. No conozco la situación de tu país, mas no creo que sea la razón correcta para que estés aquí.

Alexa sonrió con tristeza.

—Entonces finjamos que soy yo la que voy a salvar al príncipe.

Felipe salió del cuarto donde habían estado encerrados y la miró alejarse. Pensó que hablar con ella iba a resolver sus dudas, pero lo cierto era que en ese momento se encontraba más confundido que al principio.

4

Alexa alejó el móvil de su oreja, haciendo una mueca, pues aún con la distancia se escuchaban los gritos histéricos de la princesa.

—Cálmese —dijo Alexa.

—¿Cómo me voy a calmar? Si el primo del príncipe cuenta que la vio en un bar, va a ser mi fin. Al menos espero que haya sido prudente.

—Mmm... claro. Solo fue una cerveza y un poco de baile.

—Ay, nooo...

Alexa decidió que sería mejor no comentar lo del coqueteo, algo le decía que la princesa no lo entendería.

—Princesa Elizabeth, lo mejor será que nos veamos y usted venga y ocupe su lugar. Aún nadie sospecha nada y estamos a tiempo para arrepentirnos de esta locura.

—No, ni lo digas. Apenas es el primer día...

—Pero ya metí la pata...

—Dije que no. Le estoy pagando una fortuna para que haga esto.

—Lo sé. De todos modos, creo que no pensamos suficiente en las consecuencias que esto puede tener si sale mal...

La línea se mantuvo en silencio un momento.

—Por favor, Alexa, ayúdeme —suplicó la princesa con un sollozo, dejando su tono serio y elegante—. No estoy preparada para enfrentar al príncipe. No estoy preparada para mi destino. Necesito estar bien y no cometer un error. Se lo debo a mi país y a mi reino. Mi padre está muy enfermo y si le fallo, temo lo peor. Él no va a poder con todos los problemas...

Alexa suspiró. Eran dos mujeres muy diferentes y a pesar de ello, ambas estaban a punto de ver caer algo importante. Ella su rancho y la princesa su reino.

—Prométame que, si esto sale mal, va a asumir las consecuencias conmigo.

—Se lo juro, este favor que me está haciendo se lo voy a deber toda la vida. Solo necesito un poco de tiempo. Estaré ocupando mi lugar el día que lo

estipulamos.

—De acuerdo.

—Gracias, Alexa. Si todo sale bien, la recompensaré con más dinero del que acordamos.

Alexa colgó el teléfono deseando que ese mes se pasara volando y pudiera estar de nuevo en su rancho cabalgando por los campos salvajes sin ninguna preocupación más que ponerse bloqueador solar.

Alguien tocó a la puerta.

—Adelante —contestó la joven.

—Princesa Elizabeth, le manda a decir el príncipe que hoy habrá una cena importante —informó la señora Rogers.

Alexa puso los ojos en blanco.

—¿No se supone que eso debía saberlo antes? ¿Y si no tengo el vestido adecuado?

—Una princesa siempre tiene el vestido adecuado y está preparada para cualquier situación de esta índole.

—¿Señora Rogers?

—Dígame, princesa....

—¿Cuál es su nombre? —interrumpió.

La mujer se quedó mirándola como si le hubiera preguntado si estaba dispuesta a matar al rey.

—Creo que su pregunta es una imprudencia.

—¿La princesa Elizabeth sabe su nombre?

La mujer abrió los ojos como platos y volteó hacia la puerta.

—Nadie nos escucha —continuó Alexa—. Dígame, ¿lo sabe?

—Por supuesto que sí. La conozco desde que era una bebé.

—¿Entonces por qué no me lo quiere decir? Usted misma dijo que ahora yo era la princesa.

La mujer suspiró.

—Por su propio bien será mejor que no lo sepa. No quisiera ser la responsable de que usted cometa una imprudencia. No soy su amiga, solo soy su empleada, recuérdelo. La realeza no debe involucrarse de ninguna manera con sus servidores.

Alexa se encogió de hombros. Caminó hacia el balcón y respiró el aire puro de los árboles y el mar. El palacio se erigía sobre un peñón y desde allí podía escuchar a la perfección las olas romper contra la pared rocosa.

—Permítame decirle —comentó— que la realeza es una mierda.

—Dios mío, debería moderar ese vocabulario tan soez.

La joven se volteó y fue hasta ella, la tomó de las manos y la llevó hasta la cama para sentarse a su lado como si se tratara de una amiga íntima.

—Explíqueme cómo es que la princesa debe casarse con un tipo que ni la conoce. Él me vio a los ojos, Amanda...

La señora Rogers la miró confundida.

—¿Amanda?

Alexa hizo un gesto de despreocupación.

—Ya que no quiere decirme su nombre, voy a bautizarla como Amanda. Pero, como le decía, ese tipo me miró directo a los ojos y ni siquiera pudo reconocerme. Sé que ella no es una persona de a pie, de acuerdo, pero es que ¿la realeza no se enamora o qué? ¿Sus sentimientos no importan?

—Me temo que usted conoce un mundo muy distinto al que conoce ella —explicó refiriéndose a Elizabeth—. Usted ha tenido muchos privilegios que ella jamás tendrá. Por desgracia ella no tuvo un hermano que pudiera tomar la responsabilidad de la sucesión del trono y para una mujer siempre será más difícil que para un hombre. Nació con una lista interminable de reglas y deberes. Puede que ella viva rodeada entre lujos, mas no tiene uno de ellos, el más importante, uno que no se compra ni con todo el oro de este palacio. La libertad.

Alexa soltó las manos de la señora Rogers.

—Me siento horrible, mi trabajo básicamente es lanzar a la princesa a un destino de infelicidad junto a ese engreído.

—La princesa Elizabeth ha sido criada para esto, está dispuesta a asumirlo.

—Eso es una gran mentira, Amanda. Si fuera así yo no estaría aquí haciéndome cargo de sus «deberes».

Edward miró a su hijo Felipe con sorpresa mientras Leonor no dejaba de parlotear acerca de su visita al palacio y terminaba de servir el desayuno. Tomó su taza de café y se la llevó a la boca, necesitaba sentir el sabor amargo y fuerte en su paladar, luego la dejó en la mesa y mirando directo a su hijo Felipe dijo:

—¿Por qué le dijiste al rey que podíamos negociar los terrenos? Ayer dijiste que ni siquiera había que pensar la proposición, que venderle los terrenos era una locura.

Felipe se limpió un poco de mantequilla que tenía en la comisura de los labios.

—Sigo pensando lo mismo, papá. Solo fue una sutil mentira...

Su padre estrechó los ojos.

—¿Qué significa eso?

—Ay, Edward, deja que Felipe ya se está dando cuenta de las ventajas que tiene acercarse a los reyes —comentó Leonor—. Si hubieras visto los salones y los jardines del palacio. Fue una verdadera lástima que no pudiéramos probar el almuerzo, pero te aseguro que literalmente era digno de reyes.

—Papá —interrumpió Felipe—, mamá tiene razón. La verdad es que me gustaría pasar más tiempo en el palacio.

Edward soltó el tenedor que tenía en la mano, sin poder contener la sorpresa que le causaban las palabras de su hijo.

—Dios mío, tu madre te ha metido toda esa basura en la cabeza.

—No, solo es documentación...

—Dijiste que no estabas escribiendo nada aún —replicó Leonor.

—No, hasta ayer. Tuve una idea y... pues qué mejor manera de documentarse que viviendo la experiencia en carne y hueso.

—¿Escribirás sobre la realeza? —preguntó su padre con preocupación.

—Escribo ficción, papá. No revelaré los secretos de Mides, tranquilo.

Leonor se encogió de hombros, le importaban muy poco los motivos que su hijo había tenido para decirle al rey que se estaban pensando lo de vender los terrenos.

Felipe lo había hecho por impulso, ni si quiera lo tenía planeado. Había acompañado a su madre a ese almuerzo porque temía que ella en un ataque de fanatismo vendiera los terrenos y su padre no había podido acompañarla, así que él tuvo que hacerlo. Sin embargo, se había encontrado con la persona menos pensada en ese lugar.

Era mentira que estuviera escribiendo un libro y necesitara documentarse. De hecho, tenía casi un año de estar bloqueado y no había escrito nada más que artículos para una revista en la que trabajaba. Su trabajo como escritor de suspenso se encontraba en un punto frustrante. A pesar de que tenía algunas ideas, ninguna le parecía buena para ser escrita y él era perfeccionista con su trabajo.

Su último libro se había publicado siete meses atrás y aún se encontraba entre los libros más vendidos de su género. Por lo cual su editor no había

dejado de insistirle en que debía escribir un libro nuevo tan bueno como el último. Quizá su éxito lo había tomado por sorpresa. Tenía cinco libros publicados, todos con cierto éxito. El último había sido una locura y ya había sido contactado para que su obra se tradujera a varios idiomas.

Suspiró al escuchar otra vez esa vocecilla en su mente. «Fue una casualidad, el próximo libro no llegará al nivel del último y todos descubrirán que no eres tan buen escritor como pensaban», le decía. Cerró los ojos con fuerza y se concentró en un pensamiento menos inquietante. Una hermosa rubia de ojos grises mordiéndole el labio.

Había mentido por ella.

El corazón se le había detenido varios segundos al verla sentada en el comedor del palacio, aunque lucía diferente la había reconocido. Había tenido la necesidad de hablar con ella, de volver a sentir el aroma de su perfume y, maldita sea, de terminar lo que había quedado pendiente.

Pero ¿cómo podría hacerlo si ella era una jodida princesa y, peor aún, la novia del idiota de William? Solo había una forma, metiéndose al palacio. Claro que con el escándalo que había provocado su madre, no es que el rey estuviera muy dispuesto a volver a dejarlos entrar. Así que tuvo que ponerse un poco exigente.

—Su majestad, como comprenderá —había dicho— nuestros terrenos son un legado muy importante para Mides y queremos que estén en las mejores manos. No es que diga yo que la realeza no sea digna, pero la verdad es que no nos conocemos.

—Señor —había contestado el rey—, somos familia...

—Pues nosotros no nos hemos sentido así. No podemos ceder unos terrenos tan importantes a gente que no conocemos de nada.

Felipe había pensado que ese hombre era capaz de intercambiar a su propia hija por esa tierra y no se había equivocado. De inmediato se había deshecho en disculpas y palabras bonitas, sin embargo, eso no había sido suficiente para el joven. Le había pedido que sus acciones fueran congruentes con sus hechos, sí de verdad los consideraba familia, entonces debía tratarlos como tal y así podrían valorar mejor el negocio.

El hombre se había puesto rojo como un tomate y había aceptado a regañadientes, fingiendo que no le importaba ser manipulado. Eso sí, había dejado claro que Leonor debía ser más recatada, pues no tolerarían más situaciones como la del almuerzo.

Felipe había salido encantado de la oficina del rey y para cerrar con

broche de oro, se había encontrado con ella a solas. A pesar de que solo habían sido unos minutos, la había tenido tan cerca que había podido sentir su respiración y sus manos temblorosas, su aroma. Esa mujer lo intrigaba y ya ni siquiera estaba seguro de por qué.

—Felipe, te estoy hablando —llamó su madre al tiempo que lo zarandeaba sin ninguna delicadeza.

—Disculpa, mamá. ¿Qué pasa?

—¡El rey nos ha invitado al baile! Mira, acabo de encontrarla bajo la puerta principal. Seguro llamaron y no nos dimos cuenta...

Felipe tomó el papel que su madre tenía en las manos y lo leyó con atención. Una sonrisa le inundó el rostro cuando vio la fecha. Vería a la princesa rebelde más pronto de lo que había pensado. El baile era esa noche.

Alexa bajó las escaleras sintiendo que le faltaba la respiración y no era por lo ajustado de la cintura del vestido, eran por el montón de ojos que estaban puestos sobre ella.

Sonrió despacio al tiempo que se secaba el sudor de las manos con disimulo. Llevaba un vestido largo de esos que se ven en las alfombras rojas. Era color azul rey, para que contrastara con el tono cobrizo de su cabello, y tenía un escote francés bordeado por cristales y una abertura en la pierna que le daba el toque sensual sin que perdiera la elegancia.

Al pie de las escaleras estaba esperándola el príncipe con una sonrisa antinatural. Estaba tan acostumbrado a sonreír que debía haber aprendido a hacerlo así, de una forma mecánica. Con los labios, pero no con los ojos.

Tan solo llevaba recorridos la mitad de los escalones cuando alzó la vista y vio a Felipe. El ritmo de su corazón se aceleró todavía más. Él llevaba una copa en la mano, que alzó hacia ella mientras le dedicaba una sonrisa.

—¿Elizabeth? —la llamó el príncipe.

Ella volvió en sí de inmediato y se percató de que ya había terminado de bajar la escalera.

—Disculpa, estoy un poco nerviosa.

Él frunció el ceño y se volteó hacia el lugar adonde ella había estado mirando, aunque cuando lo hizo Felipe ya no estaba.

—Has estado un poco extraña —le dijo mientras le ofrecía el brazo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Olvídalo. Saluda a los invitados, por el amor de Dios —ordenó al ver que ella seguía distraída.

Tuvo que contenerse para no fulminarlo con la mirada, en cambio sonrió a todos y dijo:

—Buenas noches.

Un puñado de gente se acercó hasta ella al instante, haciéndole reverencias y alagando su apariencia. El príncipe fue presentándole a varias personas, hombres y mujeres, pero Alexa no estaba segura de poder recordar tantos nombres después. Además, estaba demasiado dispersa buscando entre

el inmenso salón a Felipe. Se regañó, recordándose que más le valía estar alejada de él.

—Princesa Elizabeth, luce extraordinaria —dijo la marquesa Sofia.

Alexa perdió la sonrisa al instante. A ella no le gustaba la gente hipócrita y había decidido que a su personaje de la princesa Elizabeth tampoco.

—Gracias, Sonia —contestó cambiándole el nombre a propósito.

—Sofía —replicó la mujer con tono serio.

—Oh, disculpa. Tengo el cerebro tan abarrotado con nombres de personas tan importantes que parece que se me está acabando el espacio para los de rango inferior.

«Chúpate esa», pensó. Ella no era una mujer clasista, sin embargo, a esa arpía pensaba darle un poco de su veneno.

Se giró, dispuesta a continuar su camino; sin embargo, antes dijo por encima del hombro.

—Ah y límpiame el labial que llevas en los dientes. Se ve un tanto desagradable.

No tuvo que verla para saber que la marquesa se había apresurado a limpiarse. Sonrió sincera por primera vez en la noche, pues lo del labial solo había sido una mentira.

Se detuvo en seco cuando alguien rosó su mano.

—Hola, *princesa*. Cada vez que te veo me llevo una sorpresa.

Levantó la vista y vio a Felipe ante ella, ofreciéndole una copa. La tomó mientras miraba alrededor, como si temiese que los vieran juntos.

—Hola.

—¿Esa mujer era la del otro día?

Alexa tomó un sorbo de champán.

—Sí. No soy una mala persona —aclaró—, solo es que esa tipa se lo merecía.

Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada.

—¡Shh! Estás llamando la atención de todo el mundo —lo regañó.

—Tú eres quien lo hace. —Alexa frunció el ceño—. Te ves preciosa.

No supo cómo tomar el halago. Esa no era una palabra que la gente soliera usar con ella. Siempre estaba despeinada, quemada por el sol y olía a caballo. A lo mucho, su padre en un ataque de ternura la llamaría así.

—Oh, princesa —dijo Leonor, metiéndose en medio de Felipe y Alexa, hizo una reverencia—. ¡Se ve encantadora!

Ese cumplido fue mucho más fácil de aceptar.

—Gracias. Usted también —agregó.

—Oh, querida. —Se puso un poco roja por lo que se apresuró a abanicarse con la mano—. Veo que ya conoces a mi hijo Felipe.

—Ya somos casi como amigos —dijo él.

Alexa abrió los ojos como platos.

—¿Ya te contó que es un escritor famoso?

—Mamá, ¡por Dios!

—Ah, ¿sí? —inquirió la chica—. Pues no, no habíamos llegado a eso. Con que escritor... —Lo miró con atención, intentando averiguar qué tipo de cosas escribiría—. Interesante.

Una música suave empezó a sonar, al instante el salón se convirtió en una pista y las mujeres comenzaron a demostrar qué tan bien podían moverse con sus vestidos elegantes y vaporosos.

—Sí, deberías de pedirle el último libro, está buenísimo...

—Mamá, creo que estás importunando a la princesa —comenzó Felipe.

—En absoluto —contestó Alexa—. Esta ha sido la mejor conversación de la noche.

—Está bien, está bien —dijo Leonor al ver la cara de su hijo—. Dejaré de presumir lo buen escritor que eres, cariño. Pero saca a bailar a esta señorita. Debe estar deseándolo.

Por supuesto que no. Había recibido unas breves clases de baile con la princesa Elizabeth y la señora Rogers y no había salido muy airosa que digamos.

—¿Me concede esta pieza, *princesa*?

Alexa sonrió a Leonor mientras tomaba la mano que Felipe le ofrecía.

—No soy muy buena bailarina —se excusó.

—No es eso lo que recuerdo.

Ocuparon su lugar en la pista después de dejar las copas en una mesa y se pusieron en posición, el primer paso salió un poco torpe.

—Estaba borracha —recordó ella.

Le dio un pisotón.

—Solo relájate. Escucha la música y déjate llevar.

—Si me relajo me duermo. ¿Cómo pueden bailar esto tan aburrido?

—¿Qué bailan en Alessia?

Alexa se mordió el labio.

—Allí también son aburridos los bailes.

Él le dio un giro suave y ella consiguió terminarlo sin ningún accidente.

—No te preocupes demasiado. La mayoría de gente aquí no baila bien.

—Tú sí.

Él se encogió de hombros.

—Mi madre me enseñó cuando se dio cuenta que tenía novia. Tan solo tenía quince. Lo descubrió porque era la sobrina de nuestra vecina y la mujer le pasó el dato. —Sonrió al recordar—. Ese día llegué del colegio y el salón parecía otro. Había movido todos los muebles. Me dijo que, si quería conquistar a una chica de verdad, antes debía aprender a bailar. Yo le dije que ya había conquistado a una sin saber hacerlo y me mandó a callar, me obligó a dejar mi mochila y entonces empezaron las clases.

—¿Te sirvió la estrategia?

Alexa estaba tan concentrada escuchando su historia que no se había percatado de que estaba bailando como si en realidad supiera hacerlo.

—La mayoría de las veces. La última vez no tuve demasiado éxito.

—Quizá a ella no le iban los bailarines.

—No tuve tiempo de averiguarlo. Salió corriendo.

Alexa volvió a tropezar, perdiendo el ritmo de nuevo.

—Felipe, por favor...

—Señor Christoph —dijo el príncipe William interrumpiéndolos—, ¿me permitiría bailar con mi novia?

Felipe lo miró a los ojos durante unos segundos, luego a Alexa. Se separó de ella con lentitud y luego le dio unas fuertes palmadas a su primo en la espalda.

—Claro que sí, William.

Hizo una reverencia a Alexa y se alejó.

—No deberías de acercarte demasiado a ese tipo —advirtió el príncipe al tiempo que la tomaba con brusquedad por la cintura.

Alexa guardó silencio e intentó seguirle el paso, aunque fue imposible. No había manera de que pudiera acomodarse al ritmo de él. Por encima del hombro del príncipe vio a Felipe recostado a una pared, observándola, él levantó una mano y empezó a moverla en el aire. Le costó un momento comprender que le estaba indicando el ritmo que debía seguir. Siguió las indicaciones y notó que se movía con fluidez, le sonrió en agradecimiento, luego cerró los ojos e imaginó que bailaba con un hombre distinto.

Consiguió mantener el ritmo hasta que la música se detuvo y suspiró aliviada al sentir que la mano de William se despegaba de su cintura. Sin embargo, la tranquilidad le duró muy poco. Él la miró con una sonrisa tan

grande y falsa que no podía significar nada bueno.

—Ven —ordenó.

—¿Adónde?

—Deja de hacer tantas preguntas, Elizabeth. Es un poco irritante.

Caminaron hacia el lugar donde habían estado los músicos unos segundos antes y una vez allí todo el salón clavó los ojos en ellos. Alexa comenzó a sudar.

—Estimados y apreciados amigos —comenzó el príncipe—, a mí, a la princesa Elizabeth de Alessia y a mi familia nos honra tenerlos aquí un día tan importante como hoy. Están a punto de presenciar uno de los momentos más trascendentales en la vida de un hombre y una mujer. Y es que no podía ser de otra manera. Después de tres hermosos años al lado de esta magnífica mujer —agregó señalando a la princesa—, he decidido aventurarme y dar el siguiente paso.

Por todo el salón se escucharon expresiones de sorpresa. Alexa lo único que quería era desmayarse, o quizá morir. Esperaba que eso no fuera lo que parecía que era... William se puso de rodillas y sacó una pequeña caja de su bolsillo.

Ay, no...

—Su alteza real, querida princesa Elizabeth de Alessia, me pongo a sus pies para pedirle que sea tan generosa de concederme el placer de ser mi esposa.

Tal vez no fuera a desmayarse ni morir, pero estaba muy cerca de vomitarse encima del jodido anillo que el príncipe había extendido hacia ella. ¿Por qué nadie le había avisado que eso iba a suceder? Aceptar un compromiso no estaba en el trato. La cabeza comenzó a palparle y sintió que la garganta se le cerraba.

Quitó los ojos del diamante y miró hacia el piso superior donde la señora Rogers la miraba con ansiedad y las manos juntas sobre el pecho, como si le estuviera haciendo la súplica.

—Sí, acepto —contestó con tanta amargura que le fue imposible creer que todo el salón estaba aplaudiendo.

El rey y la reina se acercaron a felicitarlos, luego el resto de invitados. Apenas consiguió asentir y dar las gracias como un autómata. Lo único que deseaba era salir corriendo. Ahora entendía por qué la princesa había decidido mandar a otra en su lugar. El aire comenzó a faltarle con tanta gente aglomerándose a su lado. Se giró hacia el príncipe y le dijo:

—Necesito salir de aquí.

Él la miró sin comprender.

—Por favor.

—Elizabeth, estamos en la fiesta de nuestro compromiso y todos quieren felicitarnos. No puedes irte, me desconciertas.

Leonor apareció frente a ella, enmarcó su rostro con sus manos regordetas y le sonrió.

—Príncipe William, cómo se nota que usted no es una mujer. La princesa debe estar deseando comunicarles esta noticia a sus allegados. ¿Verdad que sí?

La mujer le tomó una mano y la apretó con suavidad.

—Sí, claro que sí. Papá... Mi padre —se corrigió— estará feliz cuando sepa de nuestra futura unión.

William fulminó a Leonor con la mirada, a pesar de que asintió y disculpó a Elizabeth ante todos, luego mandó a llamar a uno de los empleados y le encargó que fuera a pedirle el teléfono a la señora Rogers. Cuando el empleado apareció, Alexa tomó el aparato y sin mediar una sola palabra salió al jardín.

Inhaló profundo, cerrando los ojos y dejando que la brisa del mar acariciara y calmara su cuerpo. Luego marcó el número de Elizabeth.

—Lo sabías —dijo cuando la princesa le contestó.

—¿De qué hablas? Quedamos en que no me llamarías a menos que fuera necesario.

—Sabías que él te iba a pedir matrimonio. Por eso no viniste. Quizá nunca te lo hayan dicho, pero voy a hacerlo: eres una cobarde.

—Lo sé.

Alexa se quedó sorprendida al escuchar la tristeza en la voz de la otra mujer.

—Mi familia ha ejercido demasiada presión en mí, Alexa. Desde que tengo memoria me han criado para ser perfecta, para buscar un marido digno del reino y para no ser la vergüenza de la familia. Muchas veces soñé con escapar, con ser una reina distinta, una que pudiera llevar su corona a su manera sin tantas reglas sin sentido... Aun así fui creciendo y descubrí que solo habían sido fantasías.

»El último año la situación en mi país ha caído a un nivel muy preocupante y la única salvación es que me case con el príncipe de Mides. Mi padre está muy enfermo y los médicos esperan que suceda lo peor en cualquier

momento. Alguien filtró su diagnóstico y todo el mundo se volvió loco. Se preguntan cómo van a acabar cuando el rey muera, si de por sí ahora están mal cómo será cuando él no esté. Si me caso con el príncipe, Alessia no será tan reacio a mi reinado. Les consolaré el que tenga a un príncipe a mi lado...

—Quizá no solo eran fantasías. Puede que al principio no sea fácil, pero...

—Tú no sabes lo que significan las monarquías, Alexa. Perdóname, por no decirte que era probable lo del compromiso.

—Qué más da, no soy yo quien va a atarse a ese idiota.

Cortó la llamada y lanzó un juramento. Haría su trabajo como se le había pedido y dejaría de preocuparse por la princesa, al fin y al cabo, a ella lo único que le importaba era el dinero y volver a su hogar.

—Lo siento —dijo alguien tras de ella.

Saltó turbada, al girarse se encontró con la princesa Isabel.

—¿Disculpa?

La chica se acercó con timidez.

—No voy a felicitarte como los demás, así que te digo que lo siento. Debiste hacer algo muy malo en tu otra vida para terminar comprometida con mi hermano.

—Hice algo muy malo para terminar siendo una princesa.

Isabel asintió.

—Yo también odio ser una princesa. A veces me pregunto cómo debe sentirse ser alguien normal... ¿Alguna vez te has hecho pasar por una persona común y corriente?

Alexa miró a la chica con detenimiento. ¿En qué clase de infierno se había metido? Necesitaba que ese mes pasará volando y huir de toda esa locura para siempre.

6

Alexa se quedó atónita mirando al príncipe William.

—Disculpa, pero creo que es un poco apresurado —le dijo a él.

—Por Dios, qué cosas dices. Sabíamos que esto iba a suceder. Lo mejor será terminar el asunto cuanto antes. Nos casaremos el mismo día del aniversario de boda de mis padres. La prensa se volverá loca.

La que estaba a punto de volverse loca era Alexa. Para la fecha del aniversario tan solo faltaban veintiséis días. Si la princesa Elizabeth quería casarse, era su problema, sin embargo, ella no lo haría.

—Las bodas necesitan tiempo y...

El príncipe se acercó hasta ella, puso un dedo en sus labios para callarla y sonrió.

—Mis padres y yo hemos decidido que la boda será ese día, no hay más que hablar.

—Pero...

—Además, tú lo único que debes hacer es presentarte en la iglesia.

—Las cosas no funcionan así —exclamó, apartando la mano de él con fuerza—. Debo estar... impecable. El vestido, la fiesta, la iglesia... Todo.

—Mi madre se encargará.

La chica se volvió y lo fulminó con la mirada.

—Permíteme recordarte que la que se va a casar soy yo y no ella.

William frunció el entrecejo.

—Me parece que te estás comportando como una altanera.

—No es altanería no ser tu títere —soltó sin siquiera pensarlo.

En los ojos del príncipe brilló algo que no parecía bueno en absoluto, aun así, Alexa no se inmutó ni pidió disculpas.

—Serás mi mujer, Elizabeth, tu deber es obedecer. La fecha de la boda ya está estipulada, no hay más que hablar. Tú solo obedeces las indicaciones de mi madre. Y —agregó apuntándola con un dedo— no vuelvas a hablarme nunca así. Deberías de agradecerme que voy a sacarte de la miseria y que me uno a ti a pesar de la inferioridad de tu reino.

William le dio la espalda y se dirigió hacia la puerta. Sus hombros en

perfecta alineación, su espalda recta y su gesto tan serio como el de un muerto. Alexa cerró los puños con fuerza mientras se obligaba a morderse la lengua. Pudo aguantar un momento, sin embargo, el príncipe tomó demasiado tiempo para irse.

—¡No te casas conmigo por lástima, te casas porque quieres mi reino! Aquí no eres más que el hijo del rey...

El príncipe perdió su pose elegante y seria, se giró con brusquedad y llegó hasta ella con tan solo un par de zancadas.

—Te dije que no me volvieras a hablar así.

Envolvió el cuello de la chica con sus manos, no muy fuerte, aunque sí lo suficiente para dejar claro quién mandaba ahí. Luego se inclinó hasta ella y le besó los labios.

—Suéltame —chilló Alexa, apartándose de inmediato.

Él acercó más su cuerpo, luego le susurró.

—Eres mía, estás en mi reino y soy tu príncipe, muestra un poco de respeto y deja de comportarte como una corriente.

William apretó más el cuello cuando vio que ella comenzaba a forcejear. Entonces se abrió la puerta de la habitación y entró la señora Rogers con un vestido de seda en las manos. Al ver la escena la mujer se llevó las manos a la boca y dejó caer la fina prenda.

El príncipe soltó a Alexa, empujándola con suficiente fuerza para hacerla tambalear. Luego se dirigió a la señora Rogers:

—¿Qué me miras?

La mujer tragó con dificultad, miró a Alexa de reojo y luego bajó la vista y contestó.

—Disculpe si lo he molestado, su alteza real, no era mi intención.

Él la miró con desprecio y segundos después salió de la habitación. Alexa no sabía si estar más furiosa con el príncipe o con la mujer. Nunca en la vida alguien la había tratado así. Si la señora Rogers no hubiera llegado, era probable que le hubiera dado su merecido. Ella sabía domar caballos y desde luego que podía con príncipes que se creían una botella de agua en el desierto.

—¿Es esto lo que quiere la princesa Elizabeth? —gritó—. ¿Es esto lo que tú quieres para ella?

—Debiste de contrariarlo...

Alexa soltó una carcajada amarga y seca.

—Lo único que hice fue dar una opinión sobre mi boda. Deja de justificarlo y deja de justificarte tú. Están locas y van a pagar esta locura muy

caro. Nada compensa el unirse en matrimonio con una persona tan horrible cómo lo es el príncipe.

La señora Rogers fue hasta Alexa, está la apartó y salió de la habitación hecha una furia. Varios empleados del palacio se cruzaron en su camino para preguntarle si estaba bien o necesitaba algo y a todos los ignoró. Lo que necesitaba era volver a ser ella misma. Salió al jardín y vio un camino que parecía llevar hacia la playa, lo tomó sin siquiera pensárselo.

Apenas iba a adentrarse en él cuando chocó contra alguien y calló sentada en el suelo. Al levantar la vista se encontró con Felipe.

—No deberías de correr así con esos zapatos —dijo él mientras le tendía la mano y la ayudaba a levantarse.

—¿Qué haces aquí?

Felipe se encogió de hombros.

—Salí a dar un paseo. ¿Y tú?

Alexa se miró las manos sucias, las limpió en su falda y miró hacia el mar.

—Supongo que lo mismo.

—No pareces vestida para pasear.

—Ha sido un paseo improvisado. Necesitaba aire fresco.

Él la miró con curiosidad.

—¿Qué tal si te acompaño y vigilo que no te partas algún hueso por andar en tacones?

Alexa se miró los zapatos.

—Quizá lo mejor sea que me olvide del paseo.

—¿De qué huyes, *princesa*? —Ella se quedó de piedra—. Cada vez que nos encontramos quieres desaparecer. Si te preocupa lo de la otra noche, te aseguro que no se lo voy a contar a nadie.

Ella desvió la mirada.

—No quiero problemas. Más...

Felipe asintió, luego se precipitó hacia ella y la tomó en brazos.

—Definitivo, necesitas aire fresco.

—¿Qué haces?

—Te llevo a pasear.

Cómo si tan solo cargara una pluma fue hasta el camino de la playa y cuando llegaron allí la dejó sobre una piedra, con rápidos movimientos le quitó los zapatos.

—Creo que es una linda tarde, perfecta para caminar por la playa y

relajarse.

Alexa lo miró con atención. Era mucho más guapo de lo que le había parecido la noche en que se conocieron. Sus ojos verdes estaban bordeados por unas espesas y oscuras pestañas de esas por las que una mujer mataría, pero que solo los hombres habían sido destinados a tener.

Miró hacia el palacio para asegurarse de que nadie los veía, entonces recordó por qué había salido corriendo de allí y decidió que todos se podían ir a la mierda.

El sol comenzaba a asomarse al horizonte y teñir el cielo de un tono rosáceo. Extendió la mano hacia él para que le diera los zapatos.

—Sí, es una tarde preciosa.

Él sonrió y ella se contagió de su sonrisa.

—Adelante, *princesa*.

Alexa saltó de la piedra, comenzó a caminar junto a él en silencio. Sintiendo la suave y cálida arena bajo sus pies.

—¿Sabes adónde vamos? —le preguntó a él.

—No tengo ni idea. Es la primera vez que estoy aquí.

—Ustedes no son una familia muy cercana, ¿eh?

Felipe se detuvo.

—Nosotros no somos familia. No es por desalentarte, sin embargo, tu futuro esposo y suegros no son precisamente familiares.

Ella suspiró.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Por qué él?

—¿Qué quieres decir?

—William. ¿Por qué te vas a casar con él?

Alexa desvió su mirada hacia el horizonte.

—En la realeza las bodas son más bien un negocio. No tengo mucha opción.

—Tú no eres como ellos. Te he visto. De verdad, quiero decir. Esa chica del bar no tenía nada que ver con una princesa.

Alexa no pudo evitar preguntar:

—¿Te gustó esa chica?

—Por supuesto que sí. Te veo ahora y siento que no eres tú misma. Esa noche te veías distinta y no solo me refiero al aspecto físico.

La chica continuó caminando en silencio. Deseando poder decirle que tenía demasiada razón. Qué solo estaba fingiendo ser una princesa.

—¿Sueles hacerlo a menudo? —preguntó Felipe.

—¿El qué?

—Fingir ser alguien más.

Alexa lo miró a los ojos y por primera vez se sintió honesta al hablarle.

—Solo lo he hecho una vez. Perdí el control.

Él sonrió.

—Si vuelves a hacerlo, espero que me invites.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Ahora me toca a mí preguntar. ¿Qué hacías aquí además de pasear?

—Buscarte. —Alexa puso los ojos en blanco—. Es en serio. ¿A qué podría venir yo a este palacio? Esta gente no me agrada, pero tú...

—Mientes. He escuchado algo sobre esas tierras de tus padres...

—No sabía que en el palacio los chismes eran tan rápidos como en los pueblos.

—Pasan muchas cosas raras en los palacios —aseguró ella.

—Eres curiosa, *princesa*.

—Deja de llamarme así.

—Eso es lo que eres, todo el mundo te llama así. ¿Por qué yo no?

Porque cada vez que lo hacía ella quería derretirse como una tonta.

—No cambies el tema.

—Bueno, pues no sé qué hayas escuchado sobre los terrenos, solo sé que no deberías fiarte demasiado de lo que dicen.

—¿Qué dices tú?

—Que el rey quiere el terreno de mis padres y está dispuesto a mucho por ellos. —El sol se perdió por completo en el horizonte—. ¿Cada cuánto te permites perder el control? —preguntó, desviando la conversación.

Alexa puso cara de sospecha.

—No soy alguien que pueda darse el lujo de perder el control muy a menudo.

—Viniste hasta aquí y supongo que querías hacerlo.

Ella suspiró.

—Todo lo de la boda es una locura. Soy la novia y a nadie le importa mi opinión. Hoy desperté y ya habían elegido la fecha, el lugar y todo.

Felipe asintió.

—¿Venías para desahogarte?

—Supongo que sí —contestó ella sonriendo.

—¿Ya lo hiciste?

Felipe se colocó frente a ella y la tomó de las manos.

—No estoy muy segura...

—Entonces hay que solucionarlo.

Él sonrió y fue como si el sol volviera a aparecer de repente. Alexa no pudo apartar su mirada de la de él. Sus ojos verdes brillaban e iluminaban su rostro.

—¿Qué estás tramando?

—¡Hacerte perder el control!

Soltó sus manos solo para tomarla por la cintura y echársela al hombro. Mientras corría hacia el agua, ignoró sus gritos y golpes.

—Espero que sepas nadar, *princesa* —avisó antes de lanzarla al agua.

Alexa se puso de pie; estaba mojada de pies a cabeza, escupiendo agua de mar y con los ojos llenos de furia.

—¡Esto lo vas a pagar! —advirtió.

—No luces muy amenazante que digamos —replicó Felipe entre carcajadas.

Ella hizo una mueca, luego tomó un puñado de arena y se lo plantó en toda la cara.

Felipe escupió la arena que le había entrado a la boca y se quedó mirándola con sorpresa, debía admitir que el ataque le había dejado la piel ardiendo.

—Tienes buen brazo, espero que también tengas buena defensa.

Ella sonrió con malicia y volvió a golpearlo, esta vez le dio en la oreja. Entonces como dos niños, empezaron a armar una guerra de agua y arena mientras el cielo mutaba del rosa al morado y la luz desaparecía poco a poco.

Alexa dejó de sonreír apenas vio que el príncipe aparecía por el camino que conectaba el jardín con la playa. Un puñado de arena húmeda y resbaladiza impactó su pecho.

—¡Él príncipe! —exclamó.

Felipe se giró y limpió sus manos en su pantalón mientras observaba a William acercarse con tres de sus guardas. La cara de la princesa era un poema.

—Elizabeth —dijo William con tono desaprobatorio, mirando incrédulo a la pareja que tenía en frente.

Estaban cubiertos de agua y arena. El perfecto vestido de ella lucía peor

que un harapo y su cabello había perdido el brillo color bronce que se suponía era tan característico de la princesa.

—¿Qué tal, primo? —saludó Felipe cómo si nada con tono relajado y alegre

Alexa deseó fulminarlo con la mirada, cosa que sí hizo el príncipe.

—Supongo que esta escena te parece un poco extraña —comenzó ella—, pero te aseguro que tiene una explicación...

—Llevamos veinte minutos buscándote. Nadie te encontraba en el palacio —contestó William.

—Por Dios, apenas ha estado fuera un momento —se quejó Felipe.

—Esta conversación es entre la princesa y yo. Me parece que ni siquiera eres digno de estar aquí.

Los ojos de Felipe brillaron con furia. Se acercó a el príncipe, era varios centímetros más alto, y justo cuando iba a responderle, Alexa se metió entre ambos y dijo:

—Felipe me ha salvado.

—¿Qué? —preguntaron al unísono.

—Pues... —Desvió la mirada—. Estaba caminando por la playa y quise sentir el agua del mar en mis pies y... Bueno, supongo que una ola muy fuerte me arrastró.

William miró hacia el mar.

—La marea está baja.

—Mmm... Debí adentrarme mucho. En fin, que fui arrastrada por esa horrible ola y Felipe me salvó.

William clavó los ojos en su primo y esté en ella.

—Estaba paseando por la playa cuando la vi —secundó Felipe—. Esperaba algo mejor que un desplante de tu parte, William. Salvé a tu prometida.

Alexa hizo una mueca. Una cosa era que la cubriera con su mentira y otra muy distinta era que se quisiera aprovechar de ello.

William lo ignoró y se dirigió a ella.

—No deberías estar aquí.

—No sabía que estaba encerrada —soltó.

—Oh, la has encontrado —exclamó el rey uniéndose al grupo, después se quedó boquiabierto al ver el estado de la princesa—. Pero, ¿qué ha pasado aquí?

—Que he salvado a la princesa de Alessia de morir ahogada.

Alexa volvió a ver a Felipe con ganas de querer matarlo, sin embargo, este la ignoró y continuó:

—Justo cuando llegó el príncipe, ella estaba pidiéndome que fuera su chofer.

Lo iba a matar.

—Oh, yo estaba tan asustada que no sabía lo que decía...

—Me dijiste que deseabas conocer más de Mides, ver más allá del palacio, justo por eso viniste a la playa. Lo que podría ser inseguro, tal como ha quedado claro.

—Nosotros tenemos varios choferes, no necesitamos más. Además, tú eres un escritor —recordó William.

—Pero conozco este lugar muy bien y ando un poco necesitado de trabajo. Por no decir que estamos entre familia y cuidaría a tu novia como si fuera la mía, primo.

William tomó a Alexa por el brazo con brusquedad y la obligó a ponerse junto a él.

—Gracias, por tu ofrecimiento, pero...

—Su majestad —dijo Felipe dirigiéndose al rey—, creía que su hijo estaba agradecido de que hubiera salvado a su futura esposa, sin embargo, me doy cuenta de que...

—Oh, calla —contestó el rey—. Por supuesto que William está agradecido. Si la princesa Elizabeth te pidió que fueras su chofer, pues no hay más que hablar.

Todos se quedaron mirando a Elizabeth a espera de su respuesta. El rey la miraba casi con súplica, William con desaprobación y Felipe con chulería. Los maldijo en silencio a todos.

—Claro —contestó al fin—, seguro que Felipe tiene mucho que enseñarme.

Oh, sí. Definitivamente él tenía planeado enseñarle unas cuantas cosas.

William tomó a Alexa por los hombros, la giró hacia él y sin más le plantó un beso en la boca, dejando bien claro a quién pertenecía.

Alexa apuntó a la señora Rogers con el dedo índice sin importarle si eso era una falta de respeto o no.

—Ustedes me trajeron aquí con engaños. ¡Omitieron cosas importantes! —le dijo—. Ese hombre es detestable y nadie me dijo que tendría que soportar sus gritos y amenazas. ¿Qué más tendré que hacer, darle un hijo?

—Por supuesto que no —replicó la mujer, indignada.

—Pues yo no lo tengo tan claro. Así que, deme el teléfono.

—Se acordó en que usted no hablaría con la... con ella...

—Amanda, más le vale que me dé ese teléfono. Tengo mucho que hablar con su princesita.

—¡Qué no me llamo así! Y deje de referirse a ella...

—Entonces colabore.

La mujer suspiró, aunque accedió a pasarle el aparato que había escondido entre sus pechos.

—¿Yo también puedo guardar cosas ahí? —preguntó Alexa cuando tomó el teléfono.

—Por supuesto que no —contestó la mujer con firmeza—. Está fue una emergencia.

Alexa puso los ojos en blanco y se encerró en el baño.

—¿Qué pasó? —dijo una voz a través de la línea.

La princesa Elizabeth sonaba nerviosa.

—Soy yo —aclaró Alexa.

—¿Qué hace con el móvil de la señora Rogers?

—Necesito hablar con usted. ¡En serio!

—Esto es muy peligroso, alguien podría...

—¿Cuándo va a tomar su lugar? —la cortó Alexa.

La línea se mantuvo en silencio un momento.

—Ya habíamos hablado de eso.

Alexa suspiró.

—Sí, antes de saber que habría una boda. La fecha que acordamos es justo después de la boda.

—Alexa, yo no sabía que la boda sería tan pronto. No pensé que antes de un mes...

—Bueno, pues su futura familia sí. No pienso casarme en su lugar. Sí no llega el día de la boda, yo no voy a salvarle el pellejo. Esta locura ha ido demasiado lejos y no voy a cruzar más límites.

—Alexa, por favor...

—No.

—Podemos firmar un nuevo contrato. Más dinero y ningún problema para usted si algo sale mal.

—No.

—De acuerdo.

—¿Cuándo regresará?

—¿El día del ensayo de la boda?

Alexa se mordió el labio mientras su cerebro sacaba cuentas. El ensayo de la boda era el día anterior a esta, lo que significaba que faltarían veinticuatro días para recuperar su vida. Parecían tan pocos, a pesar de que sabía que se le harían eternos en ese lugar.

—Bueno —contestó—. Recuerde que, si ese día no se aparece por aquí, yo me largo y dejo todo este desastre botado.

—Ahí estaré. Pero, por favor, piense en mí nueva oferta.

—No hay nada que pensar.

Cortó la llamada sin esperar una respuesta. Luego se sentó sobre la tapa del inodoro y se quedó mirando la pared del frente con atención como si ahí fuera a encontrar las respuestas a todo.

Lo mejor sería que se quedara encerrada para siempre. Cada vez que salía cometía un error distinto. Ahora Felipe Christoph era su jodido chofer.

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos. Era la señora Rogers, indicándole que debía reunirse con el príncipe y varios de sus amigos.

—Le dejaré el traje de equitación sobre la cama —anunció la mujer.

Alexa se puso de pie tan rápido como si hubiese sido impulsada por un cohete, abrió la puerta de golpe y se quedó mirando la cama.

—¿Qué significa esto?

La señora Rogers la miró confundida.

—La reunión consiste en una cabalgata....

—¡Ay Dios, hasta que al fin pasa algo bueno! —chilló.

La joven fue hasta donde la mujer, le plantó un beso en la frente y le entregó el móvil.

—Amanda, eres un sol.

La señora Rogers puso los ojos en blanco. Tuvo que contenerse para no sonreír al ver la emoción con la que la chica tomaba el traje y se iba a cambiar.

Alexa caminó incómoda. Estiró una pierna y la sacudió como si quisiera zafarse de algo. Se sentía rara. El pantalón del traje era demasiado ajustado.

Entró a las caballerizas tal como la señora Rogers le había indicado. Suspiró de alivio al ver que no había nadie aún. Inhaló con fuerza el aroma a heno y caballos. Algo en su interior se removió. Se dirigió hacia el primer caballo que vio.

—Hola —lo saludó.

El caballo se acercó curioso. Era colorado y se veía joven.

—Así que eres un macho —continuó ella mientras hundía sus dedos en la crin—. Eres muy guapo, muchachote.

El caballo echó la cabeza hacia atrás y relinchó como si estuviera de acuerdo con lo que ella decía.

Alexa sacudió el trasero, intentando hacer que el bendito pantalón dejara de resultarle tan incómodo. Dios, extrañaba sus pantalones vaqueros; desteñidos, viejos y muy cómodos.

Acarició al caballo un momento más y luego se dirigió hacia otro de los compartimentos. En el siguiente encontró a una yegua con un pequeño potro. Sonrió con ternura, no se acercó ya que la yegua demostró ser una madre celosa.

Estaba a mitad de la caballeriza cuando decidió agacharse y hacer una sentadilla. Quizá eso aflojara la tela y dejara de sentir que caminaba como si se hubiera cagado.

No estaba segura de si era su imaginación o si la sentadilla había funcionado, pero ya se sentía un poco mejor. Volvió a agacharse y levantarse, esta vez decidió sumar un saltito. Dio una patada al aire con la pierna derecha, luego con la izquierda. Hizo otra sentadilla y se levantó. Era un hecho que la tela estaba aflojando, podía sentirlo. Abrió las piernas y se inclinó hasta tocar sus pies con la punta de los dedos, meneó el trasero de un lado a otro y entonces fue cuando vio a un grupo de hombres mirándola.

A pesar de que estaba con la cabeza hacia abajo, pudo reconocer a Felipe y su estúpida sonrisa. Sin embargo, lo peor era la cara de pocos amigos de

William. Se irguió con rapidez, se giró hacia los hombres y dijo:

—Estaba calentando. Ustedes también deberían hacerlo. Es malo hacer ejercicio sin tener los músculos al punto.

William cerró los ojos e inspiró, luego los abrió y le lanzó una mirada que dejaba claro que más le valía cerrar la boca.

—Querida Elizabeth —dijo al fin, acercándose hasta ella—. Parece que hoy amaneciste de buen talante. Ven, quiero presentarte a unos amigos.

Ella compuso su mejor sonrisa y se acercó a los hombres. Eran cuatro, sin contar a Felipe y William. El príncipe comenzó a presentarlos a todos.

El primero, pequeño y calvo, era el barón de Westly. A su lado se encontraba otro hombre calvo que era su hermano, el señor Spencer. Luego estaba el archiduque Víctor Constantine, un hombre joven de cabello rubio y gesto serio. Por último, fue presentada a un joven de piel bronceada y cabello oscuro, Henry Barnes; quien le dirigió una sonrisa incómoda y le besó la mano con los labios húmedos.

—Es un verdadero placer conocerla, su alteza real —dijo al tiempo que ella se limpiaba la mano con disimulo.

—El placer es mío.

Alexa desvió la mirada de esos hombres que parecían estudiarla con demasiada atención, se cruzó con los ojos verdes de Felipe. Estaba rezagado. Era obvio que él no pertenecía al selecto grupo y solo era un empleado. Hubiese dado cualquier cosa por irse con él.

—Nos han dicho que es usted una excelente jinete, princesa Elizabeth —comentó el barón.

—Oh, sí. Eso creo —respondió ella con una sonrisa educada—. Hace un día precioso para cabalgar, no deberíamos estar aquí desperdiciándolo.

Lo mejor sería estar subida en un caballo cuanto antes.

—Oh, por supuesto —dijo William. Se giró hacia Felipe y ordenó—: Christoph, trae el caballo de allá para la princesa.

Felipe fue en silencio hacia donde él le indicaba. A pesar de que no había pronunciado ni una palabra y de que estaba obedeciendo, algo en su forma de caminar demostraba rebeldía.

—Nuestros caballos —continuó William— ya están afuera.

Salieron de la caballeriza en silencio. A Alexa el corazón se le aceleró cuando vio a los caballos. Si había algo que podía hacerla sentir bien era eso. Los hombres comenzaron a subirse a los animales y un poco después apareció Felipe con un caballo azabache, le recordaba a su travieso Diablo. Se acercó

al animal y lo acarició, tuvo que contenerse para no colgarse de su cuello y abrazarlo.

—Es un animal muy bello —comentó Henry Barnes.

Ella sonrió.

—Sí, elegante e imponente, como me gustan.

Felipe arqueó una ceja y murmuró:

—¿Entonces por qué te vas a casar con William?

Ella le hizo una mueca, al tiempo que le arrebatava las riendas. Felipe sonrió con astucia.

—Permítame ayudarla, princesa Elizabeth —dijo, esta vez en voz alta.

—Gracias, pero no necesito ayuda. —Los hombres se quedaron mirándola con extrañeza—. Aunque sería muy amable de su parte si lo hace, señor Christoph —corrigió.

—Será un placer.

Él colocó una mano en su cintura y la impulsó hacia arriba, Alexa hizo una mueca cuando sintió que la mano de él le rozaba el trasero.

—Gracias —dijo entre dientes.

Él sonrió de lado e hizo una reverencia. Entonces William se interpuso entre ambos y les indicó a todos hacia donde cabalgarían.

Para alivio de Alexa, los hombres se dedicaron a hablar sobre temas políticos y pasaron de ella. Estuvo a punto de apretar las riendas y cabalgar a toda velocidad, sin embargo; estaba segura de que no sería apropiado. Aun así, disfrutó del paseo e ignoró todo aquello que no fuera su caballo y el paisaje que cortaba la respiración.

Cabalgaron más de una hora, tiempo durante el cual ella apenas y habló cinco minutos sobre cosas sin importancia. Conforme se acercaban al palacio su ánimo fue bajando. Lo bueno era que podía ir a encerrarse a la habitación con la excusa de que estaba cansada por el ejercicio.

Cuando llegaron a la caballeriza se encontraron con un guarda en la entrada. El hombre se dirigió hacia el príncipe y le tendió un papel, sin siquiera hacer contacto visual. William lo leyó en silencio y de inmediato se bajó del caballo.

—Lo siento, espero que me puedan disculpar. Mi padre me necesita. Volveré en unos minutos.

Los hombres asintieron, él se fue sin tan solo voltear a ver a la princesa. El guarda hizo un gesto hacia la caballeriza y al instante salieron dos mozos de cuadra para encargarse de los caballos.

Alexa iba a bajarse cuando vio que Henry Barnes estaba junto a su caballo.

—Déjeme ayudarla, princesa Elizabeth.

Ella le ofreció la mano con desgana. Esta vez también sintió el roce de una mano en el trasero, no obstante, tuvo la sensación de que no había sido sin intención. Se alejó del hombre apenas consiguió estar sobre el suelo.

—Eres una mujer muy hermosa, Elizabeth. Quizá William no sea consciente de ello, en cambio, los otros hombres sí que lo notamos. Espero que no te moleste que te lo diga.

El hombre se acercó mucho a ella, tanto que invadía su espacio personal. Alexa alzó la barbilla y sonrió con falsedad.

—Será mejor que me llame princesa Elizabeth, señor Barnes. Me desagrada sobremanera la gente que se toma demasiada confianza para conmigo.

Se retiró sin esperar a que él hablara.

—Señores —dijo a los otros hombres—, ha sido un placer conocerlos.

Los hombres le devolvieron el gesto con una sonrisa y varios halagos, después ella se retiró asegurando que quería descansar.

Cuando dobló la esquina chocó contra el pecho de Felipe.

—¡Dios mío, eres peor que una mosca en la sopa!

—Nunca me habían dicho algo tan hermoso —contestó él.

Alexa puso los ojos en blanco e intentó retomar su camino, él la tomó por el codo.

—Suéltame.

—¿Adónde vamos a ir hoy?

Ella frunció el ceño.

—No sé adónde vayas a ir tú. Yo a mi habitación.

—Anda, solo inventa algo y te sacaré de aquí.

—No sé qué pretendes, Felipe, sin embargo, te advierto que no vas a conseguirlo.

—Solo hago mi trabajo. No pretendo secuestrarte, *princesa*.

—Quizá pienses que soy tonta, pero te aseguro que no.

—Estás poniendo palabras en mi boca.

—¡Buscas algo y yo no te lo voy a dar!

—Quizá te guste el pueblo. Para ser preciso, no es el lugar que más pueda atraer a una princesa...

Ella se zafó de él, poniendo bastante distancia entre ambos.

—Obligaste al rey a que te convirtiera en mi chofer.

—Eso suena muy feo. Sería incapaz de tal cosa...

—Estaba ahí, no lo olvides.

Felipe se encogió de hombros.

—¿Por qué te da tanto miedo tenerme cerca?

—Claro que no me...

—No me digas que es porque te gusto —apuntó él.

Alexa se quedó boquiabierta.

—¡Estás loco!

—Tú a mí también y yo no me ando escondiendo, ¿eh? Sin embargo...

—Se acercó hasta ella y tomó su barbilla—. Te guardaré el secreto.

Felipe posó sus labios sobre los de ella e hizo lo mismo que Alexa le había hecho el día en que se conocieron, mordió su labio muy despacio como si tuviese miedo a probar una fruta prohibida. Arañó con sus dientes ese trozo de piel que tanto deseaba saborear, para al final apartarse dejándola sin aliento.

—Qué tenga un excelente día, su alteza real —se despidió con un falso tono educado, una reverencia y su mejor sonrisa de depredador.

Alexa lo miró irse mientras el corazón amenazaba con salirse del pecho.

Maldito Felipe Christoph.

8

Alexa bajó las escaleras con la cara adolorida por lo difícil que le resultaba mantener la maldita sonrisa. Aún podía recordar lo tonta que había sido al alegrarse cuando la princesa le dijo que tendría que presentarse a muchas fiestas. Oh, pobre ingenua.

—Querida, te ves maravillosa —alabó la reina cuando se unió a ellos en el salón.

—Gracias, usted también.

La princesa Isabel ahogó una carcajada, por lo que su madre le dirigió una mirada reprobatoria.

—Elizabeth, deja de llamarme así. Por Dios, en menos de un mes serás como mi hija.

Alexa miró la cara de la princesa, estaba conteniendo la risa.

—Lo siento, Elena. Es inconsciente. Ya sabes, la costumbre...

—Por cierto, debemos hablar sobre tu vestido. Quizá mañana puedas probártelo. Te encantará. Es una completa joya.

Alexa perdió la sonrisa. A pesar de que en realidad no sería ni su vestido ni su boda, la molestaba el hecho de que no fuera su decisión.

—Claro, no lo dudo.

Esta vez la princesa Isabel no se rio. En sus ojos Alexa pudo ver que había comprensión. Pobre chica.

—El chofer está esperándonos afuera. Vamos. Detesto llegar tarde.

La reina y las dos princesas fueron hasta la limosina en silencio. Alexa no pudo evitar sentirse un poco decepcionada al ver que el chofer no era quien había esperado.

La fiesta había sido organizada por los padres de la marquesa Sofía, así que la noche no pintaba muy bien. Alexa había decidido arreglarse más de lo normal. Tenía que imponer respeto en nombre de Elizabeth.

Se detuvieron frente a una mansión enorme y fueron recibidas con halagos y cortesías. Alexa ni siquiera se tomó la molestia de devolverle la sonrisa a Sofía. No le importaba lo que pensarán, ella no era una hipócrita.

—Qué honor tenerla aquí —dijo la mujer.

—¿Será? —contestó Alexa.

Sofía perdió la compostura por un segundo.

—Por supuesto. Espero que disfrute la velada. Lo siento —dijo mientras hacía una reverencia—, debo atender a los otros invitados. Siéntase como en su casa.

Alexa la miró alejarse. Era una mujer hermosa, eso no lo podía negar. ¿Tendría alguna historia del pasado con el príncipe? Después de lo que había escuchado, estaba casi segura de que esa debía de ser la causa por la cual su presencia le molestaba a la marquesa.

Dio un respingo cuando sintió una mano envolviendo su cintura y un aliento cálido en su cuello.

—Te ves especialmente hermosa hoy.

Se giró intentando apartarse.

—Gracias, William.

Él levantó en el aire la copa que llevaba en la mano.

—Lo mejor de todo es que eres mía.

—No soy una propiedad.

Él sonrió antes de beber.

—Casi.

El hombre tomó su barbilla en una mano y se acercó mucho a ella, tanto que la princesa pudo notar el olor a alcohol que provenía de su boca.

Alexa miró a su alrededor y al comprobar que nadie los miraba, apartó su contacto de un manotazo.

—Estás tomado.

—No tanto como para no contemplar la belleza de mi mujer.

—Deja de hablar de mí como si fuera un objeto.

—¿Cuánto tiempo llevas en Mides?

Alexa se puso nerviosa ante la pregunta, por un momento creyó que el príncipe sabía algo.

—No comprendo qué te sucede.

—¿Una semana? —Ella asintió—. ¿Y hace cuánto que no nos veíamos? Desde que te fuiste a estudiar a los Estados Unidos... Tres años o algo así, ¿no?

—¿A qué viene todo esto?

En algún lugar del salón comenzó a sonar la música y poco a poco varias parejas empezaron a bailar.

—A que ni siquiera nos hemos dado un beso. No uno de verdad.

Las alarmas de Alexa comenzaron a sonar alto y claro.

—William, creo que te has pasado de tragos y estás diciendo...

No pudo terminar de hablar, pues él tomó su boca como si tal cosa y se aseguró de sujetarla del cabello también para que no pudiera apartarse como el día en que la había besado en la playa.

Alexa sintió el beso en toda la cara. La lengua del príncipe luchaba por abrirse camino entre sus labios, con el único resultado de que le estaba llenando todo el rostro de saliva.

—Dios mío, suéltame —exclamó cuando consiguió zafarse de él.

—Soy tu prometido, es que no puedes ni siquiera darme un beso. Tengo derecho a reclamar la atención de mi mujer.

—No soy tu mujer.

—Lo serás.

Estuvo a punto de darle una patada en las pelotas y dejarle claro que ella no era mujer de nadie, mucho menos de un idiota como él; se contuvo solo porque recordó que quien estaba ahí no era Alexa Sullivan, sino la princesa Elizabeth de Alessia y, aunque le molestara, esa mujer sí le pertenecía.

—Voy a retocarme —contestó al fin—. Me has echado a perder todo el maquillaje y el peinado.

Se marchó sin esperar una respuesta, sin saber hacia dónde iba. Sacó un pañuelo de seda de su pequeña cartera y se limpió con asco la humedad que sentía alrededor de la boca.

Se detuvo en seco cuando sintió que la tomaban de la muñeca. Se giró dispuesta a poner a William en su lugar, sin embargo, con quien se encontró fue con la princesa Isabel.

—Disculpa —dijo la chica y la soltó de inmediato al ver la expresión de enojo—. No quería contrariarte.

—Oh, no —aclaró Alexa—. Discúlpame tú.

La chica sonrió con timidez, mirando hacia todas partes sin concentrarse en ningún punto en especial.

—Me preguntaba si podías acompañarme afuera.

Alexa frunció el ceño.

—¿Pasa algo?

—Es que no me gustan mucho las multitudes y el ruido. Además, esta gente no me cae bien.

Alexa sonrió con complicidad y se acercó a ella como si pretendiera contarle un secreto.

—La verdad es que a mí tampoco me gusta esto. Tu plan es lo mejor que he escuchado esta noche.

La tomó de la mano, localizó una puerta y la condujo hasta allí. Era una noche fresca de primavera. Las cortezas de los árboles se movían por el viento y los grillos cantaban. Fueron hasta una fuente y se sentaron al borde.

—Eres rara —dijo Isabel—. Quiero decir, diferente. Te comportas distinto a los demás.

—¿Eso es bueno o malo?

—Bueno. ¿Son así en Alessia?

—Me temo que allí son peores que aquí. Mmm, quizá lo aprendí en Estados Unidos... Nunca fui consciente de la libertad que tuve ahí.

—Mis padres van a enviarme a un internado en Suiza. Al principio pensaba que sería bueno salir de aquí, aunque luego busqué el lugar en internet y es como una cárcel.

Alexa la miró con atención. Era una adolescente de diecisiete años, tímida y callada.

—A veces no tenemos muchas opciones. Solo recuerda que la diferencia siempre es la actitud. Usa lo que hay a tu favor.

—No hay nada bueno aquí.

—Quizá sí. Dicen que la oscuridad es la luz que no vemos.

—¿Por qué te casas con mi hermano?

Alexa se removió incómoda.

—Porque es lo que debo hacer.

La chica sonrió con amargura.

—¿A eso te referías con la luz?

Alexa abrió la boca para contestarle, pero antes de que pudiera decir algo, apareció el príncipe.

—Es hora de la cena, ¿qué se supone que están haciendo aquí fuera? Dios mío, Isabel, deberías estar dentro haciendo vida social. ¿Acaso piensas ser un bicho raro toda la vida?

Alexa se puso de pie y dijo:

—Me sentí mal y le pedí a tu hermana que me acompañara a tomar aire.

William hizo un gesto de desprecio y se giró de vuelta a la casa, asumiendo que las mujeres lo seguirían. Alexa se giró hacia la adolescente y con gesto serio aseguró:

—Tú no eres como yo, Isabel. Ni debes serlo. Te he visto reírte de la reina en su propia cara. Nunca dejes que te silencien, ni que nadie más elija tu

destino. Alza tu voz, en nombre tuyo y en el de todas las mujeres que no pueden hacerlo.

Isabel asintió a pesar de que no había entendido muy bien. Cuando llegaron al comedor ya todos estaban sentados. La cara de reprobación de los reyes era bastante obvia, casi tanto como la sonrisa de satisfacción de Sofía.

Alexa la ignoró y se concentró en la comida. Echó un vistazo rápido a todo lo que había en la mesa. Cuando decidió ocupar el lugar de Elizabeth, lo primero que había temido era que hiciera el ridículo comiéndose algo de forma inadecuada; sin embargo, la señora Rogers y la princesa la habían preparado bien.

Una vez inició la cena, los hombres tomaron las riendas de la conversación. De vez en cuando alguien le pedía opinión, sin embargo, bastaba con que sonriera y dijera sí o no, lo que le sentaba perfecto. Al fin y al cabo, estaba mejor cuando se quedaba callada. Menos riesgo.

Hasta que de pronto la voz suave y femenina de la marquesa se inmiscuyó en el tema y dijo:

—He visto que han contratado a ese hombre, el escritor.

Alexa se llevó la copa de vino a los labios y tragó muy despacio.

—La princesa necesitaba un chofer —dijo la reina.

—Oh, por supuesto —contestó Sofía con obvio sarcasmo—. Aunque creí que había más choferes en el palacio.

—Quiero alguien que solo trabaje para mí —mintió Alexa.

—Desde luego, princesa Elizabeth. Sin embargo, permítame el atrevimiento de decirle que un escritor no es la mejor opción.

—¿Escritor? —se burló William—. Por Dios, no es más que un desocupado.

—Su madre asegura que es el autor número uno en Europa y Estados Unidos. Creo que escribe libros de suspenso.

—Bah, ahora cualquiera escribe cinco palabras y se cree Poe. Esa mujer no es más que una vulgar pueblerina que siempre ha idolatrado a su hijo.

—Yo vi su libro en el aeropuerto la última vez que fui a Francia —comentó una mujer—. Quince millones de copias vendidas en solo unos meses.

Alexa abrió los ojos como platos. Vaya, vaya.

—¿Crees que si eso fuera cierto estaría trabajando de chofer? —preguntó el príncipe.

La mujer sonrió sin saber muy bien cómo contestar, miró de un lado a

otro y por último dijo:

—Tiene razón, su alteza real. Debe ser cosa de mercadeo.

—Además, qué clase de cosas puede escribir alguien que nunca ha visto el mundo. Pura basura, se los aseguro. Literatura para gente tan ignorante y vulgar como él. Si ustedes quieren leer algo bueno, opten por los clásicos.

—Pues yo leí sus libros y no creo que escriba basura —refutó una vocecilla.

Todos se quedaron sorprendidos al ver a la princesa Isabel meterse en la conversación y contradecir a su hermano. El la miró con burla.

—Isabel es una chica tan inocente. Cuando llegue a casa le recomendaré libros de verdad.

—William, pero si jamás te he visto con un libro en la mano.

El príncipe se quedó de piedra.

—Isabel, no seas imprudente —la regañó la reina.

—¿Usted qué piensa sobre la literatura, princesa Elizabeth? —preguntó Sofia.

—Que elegir un libro es una decisión personal. Tengo mente abierta y leo lo que me llama la atención, no lo que se supone que debo leer. Hay clásicos que me han aburrido mucho más que un libro de un autor desconocido. Y también hay otros que guardo en mi memoria con especial cariño. De lo que sí estoy segura es de que si quince millones de personas gastan su dinero y su tiempo en el trabajo de alguien, por algo ha de ser. ¿Acaso no es un talento darle al público lo que pide?

—No si ese público es un ignorante —concluyó el príncipe.

Alexa lo miró con fijeza.

—¿Alguna vez has sido el número uno en algo, William? ¿Alguien en esta mesa lo ha sido? Cuéntame, me gustaría escuchar cómo es que has capturado la atención de quince millones de personas.

9

Edward miró a su hijo con atención. No comprendía por qué de un momento a otro ya no aborrecía tanto el tema de la realeza y estaba dispuesto a ser su chofer.

—Dice tu madre que conoces a esa princesa que se encuentra en el palacio.

Felipe estaba ayudándole a poner una cerca que se había caído y por donde se habían escapado varias ovejas la noche anterior. Se limpió las manos en el pantalón y luego se secó el sudor de la frente con la manga.

—Todos la conocen.

—Solo voy a decirte una cosa, no olvides que esa mujer es la futura esposa del príncipe. Tu príncipe.

—No lo olvido. William la pasea como si fuera una más de sus condecoraciones. Solo seré el chofer, papá. Te he dicho que estoy documentándome.

Edward negó, era evidente que no le creía, a pesar de ello ya había dicho lo que tenía que decir. Su hijo era un adulto.

—¿Cómo ha ido el tema de los terrenos?

—El rey quiere pagar poco y lo quiere todo.

—Enrique siempre ha sido ese tipo de personas de todo o nada.

—Igual que tú.

Edward sonrió.

—Gracias a Dios. Y esta vez lo quiero todo. Tu madre insiste en que podemos venderle una parte, ya sabes cómo es.

—Eso echaría a perder el encanto de las tierras.

Dos años atrás unos historiadores se habían presentado al pueblo para recabar información sobre la realeza de dos siglos atrás. Habían estado hablando con todo el mundo, escuchando las leyendas del lugar, leyendo en las bibliotecas y visitando el palacio y las iglesias.

Les tomó tan solo seis meses encontrar algo interesante. El territorio de los Christoph resultó ser el lugar que usó la realeza a principios del siglo XVIII para enterrar a sus muertos. Edward y Leonor Christoph eran los dueños

de un cementerio de reyes.

Al principio en el palacio se habían enfurecido, asegurando que era una completa locura afirmar semejante tontería. Entonces habían traído excavadores y arqueólogos, quienes se encargaron de corroborar la información ya que no solo encontraron restos fósiles, si no que estos estaban enterrados con joyas y diamantes.

Así que el territorio se volvió un lugar de interés histórico. El problema era que no pertenecía al rey y no había ninguna forma en que este pudiera reclamarlo.

Edward siempre se había dedicado al campo. Las ovejas y la siembra de uvas. Pero era un hombre inteligente y sabía que ese descubrimiento significaba mucho y convertía sus terrenos en una mina de oro. Apenas habían pasado cuatro meses de que los arqueólogos hubiesen dejado su tierra y ya había recibido muchas ofertas.

Sin embargo, aún seguía planteándose si era mejor vender el terreno o explotarlo. Debía admitir que las ofertas eran tentadoras y él no sentía ningún apego por la realeza y su historia, solo desprecio. Pero, fuera como fuera, tenía algo de sangre real y eso le daba un plus.

El rey Enrique había pasado de negar lo del cementerio a asegurar que era un territorio que debía pertenecer a la realeza para ser preservado y cuidado de la debida forma. Su oferta había sido la más alta de todas, a pesar de ello, el orgullo y desprecio que sentía por esa gente lo predisponían a vender.

Felipe pensaba igual. Venderlo sería como volver a ceder ante ellos. Dejarlos ganar una vez más. Volver a encontrarse bajo sus pies.

—La única forma de que venda ese terreno —dijo Edward— será por mucho, mucho dinero. Si tanto vale la historia para el rey, tendrá que pagarla. Le voy a cobrar todo lo que le robó a mi padre, hasta su deshonra.

—Esa familia es una pesadilla. Estoy casi seguro de que la princesa solo se va a casar con William porque la obligan.

—No es tu asunto.

—Sí. Estoy documentándome.

—Tengo mucha curiosidad de leer ese libro tuyo, no vaya a resultar ser una novela romántica. A veces te pareces mucho a tu madre.

Edward le quitó el martillo a Felipe y se dispuso a terminar el trabajo, pues tenía hambre y no pensaba perder más tiempo con una jodida cerca.

Felipe soltó una carcajada, luego fue a ayudarlo.

De regreso a casa, su padre se detuvo a hablar con uno de sus empleados y Felipe continuó su camino solo. El aroma a pollo horneado y especias lo recibió desde el portal. En las escaleras estaba Chester, el viejo labrador de su madre. El perro se levantó perezoso y fue a buscar un poco de cariño. Felipe estaba en ello cuando Leonor apareció con los ojos brillantes por la emoción.

—Cariño, ¡hasta que llegas! No sabes lo que ocurrió ayer en la casa del marqués.

—¿Qué pasó? —preguntó Felipe distraído con Chester.

—¡Tu amiga!

Felipe apartó los ojos del can y los puso en su madre.

—No entiendo.

—Ay, la princesa de Alessia, Felipe. Pues resulta que...

—Mamá, no es mi amiga.

Leonor puso los ojos en blanco.

—¿Acaso crees que le puedes mentir a la mujer que te llevó nueve meses en el vientre? —Sacudió la mano en el aire para callarlo y que no la volviera a interrumpir—. ¡Ella te defendió!

—No entiendo de qué hablas.

—La hija de la señora Simon estaba trabajando la noche anterior en la casa del marqués y estuvo presente en parte de la cena. Según me dijo fuiste el tema de conversación de todos.

Felipe arrugó la cara.

—Supongo que nada bueno.

—Supones bien. Vaya gente tan maleducada. ¿Cómo se atreven a menospreciar el trabajo de los otros? Claro, como ellos nacen en cuna de oro y...

—Bueno, pero qué pasó con la princesa —preguntó sin poder contenerse.

—Ah, sí. Pues que llegó un punto en que le pidieron opinión a ella y no sabes cómo puso al príncipe y a todos en su lugar. Estaban diciendo que tu escribías puras cosas para gente sin cultura, que ahora cualquiera es escritor y no sé qué más...

—¡Mamá!

Leonor arqueó la ceja.

—Vaya, vaya. Parece que te importa mucho saber qué piensa la princesa de tu trabajo. —Soltó una carcajada al ver el rostro enfurruñado de su hijo—. Te lo voy a decir. Ay, Dios, es que esa chica me cayó muy bien y ahora más.

—Felipe puso los ojos en blanco—. Ya, no me hagas caras. La cosa es que le preguntaron qué opinaba y dijo que cada quien leía lo que se le viniera en gana y que tus números hablaban por sí solos. Entonces el príncipe, bien cabezota, intentó botarle el argumento y ella ahí, frente a todos, le preguntó si él alguna vez había sido el número uno en algo, como tú.

Felipe soltó a Chester. Se acercó a su madre con una sonrisa de oreja a oreja y le dijo:

—Sabes que ese pollo con especias me encanta, ¿cierto?

No vaya a ser que se nos enfríe. —La abrazó mientras caminaban hacia la cocina—. ¿Te he dicho que eres la mejor?

—Sí, aunque no me hace ningún daño que me lo repitas.

Alexa se miró al espejo e hizo una mueca de desagrado. No entendía quién carajos había inventado un traje de montar tan inútil. No podía ser más incómodo y eso que había mandado a lavarlo dos veces, con la esperanza de que se estirara un poco.

Dios bendito, si su familia llegaba a verla así se burlarían para toda la eternidad. Su padre puede que la desheredara. Pretendía guardar en secreto la humillación. Ella, una vaquera simple y salvaje, jugando a la princesita con su traje que le cortaba la circulación de las piernas.

Aunque no la entusiasmaba verse así de ridícula, prefería eso que estar encerrada en el palacio. O la otra alternativa, salir a solas con Felipe a saber qué lugar. Ya había decidido que no le pediría que la llevara a ninguna parte. Lo mejor que podía hacer era poner distancia.

Se recogió el cabello en una trenza y salió de su habitación tarareando una vieja canción country que de pronto se le vino a la cabeza. Esta vez no cabalgaría como si tuviera miedo a los caballos, iba a hacerlo como Dios mandaba.

Se detuvo en el pasillo cuando escucho los gemidos de una mujer. Frunció el ceño sin poder creérselo. Estaba frente al despacho del rey. Se acercó un poco más a la puerta.

—Oh, sí, preciosa, tócate ahí —escuchó decir al rey.

Los ojos amenazaron con salirse de las cuencas. Parecía que los reyes tenían la llama del amor bien encendida. Se le escapó una risita y se retiró, sintiéndose como una perversa. Justo cuando daba el segundo paso, escuchó:

—¿Ponme esa corona aquí, papasito?

Alexa se quedó congelada. Esa no era la voz de la reina, sonaba rara, casi masculina.

—¿A dónde te pongo mi corona?

—Aquí. Justo aquí.

A la princesa se le escapó un grito cuando alzó la cabeza y sus ojos se cruzaron con los de Elena. Su gesto era tan serio como el de un muerto.

—Voy a cabalgar —balbuceó la chica.

—Entonces deberías estar en la caballeriza.

—Claro.

Salió prácticamente corriendo. Antes de doblar la esquina escuchó cómo se abría la puerta del despacho y luego el sonido de algo rompiéndose.

Suspiró cuando puso un pie fuera del palacio. Ese lugar era de locos. Caminó directo a la caballeriza y a lo lejos vio a Felipe metido en el auto que le habían dado para ella. Estaba escribiendo algo en un papel. Una voz en su cabeza le sugirió que lo fuera a saludar, sin embargo, la apartó con rapidez y siguió su camino.

El mozo de cuadra saltó del asiento en donde se encontraba y la saludó con una reverencia.

—¿Puedo montar al caballo negro del otro día? —le preguntó.

—Sí, su alteza real. Se llama Vikingo. Permítame un momento y lo tendré listo.

—Oh, no. Yo puedo hacerlo. Solo dime dónde están las cosas.

El hombrecillo se le quedó viendo con consternación. Después de varios segundos consiguió reaccionar:

—No tardo nada. Si gusta puede esperar afuera.

Alexa asintió en silencio, aun así, no se movió de donde estaba. Cuando el chico llegó con Vikingo, saludó al caballo con alegría y luego se subió a él sin esperar la ayuda.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al mozo.

—Julien Smith.

—Gracias, Julien. Lindo día.

Se despidió con un gesto de la mano y pasó junto al mozo a todo galope. A lo lejos pudo ver que Felipe quitaba la vista del papel que tenía en las manos y la clavaba en ella. Alzó la mano y le dijo adiós con una sonrisa.

—Ahora sí, Vikingo, vamos a trabajar esos músculos tuyos que no están ahí por nada.

Recorrió el mismo camino que el día anterior, esta vez sintiéndose tan

libre como el viento. Dejando que la brisa le azotara la cara y le enredara el cabello. Con el corazón al ritmo del galope de Vikingo volvió a sentirse ella misma.

Cerró los ojos y se imaginó en una de las colinas del Rancho Sullivan. Sintió el aroma a flores silvestres de Montana, los rayos de sol intenso calentando su piel.

Ordenó sus pensamientos y se repitió por billonésima vez que lo que estaba haciendo lo hacía por el rancho, por su familia, por ella misma.

Tres semanas más.

Solo eso.

Fue entonces cuando la inoportuna imagen de unos ojos verdes se apareció en sus pensamientos.

En tres semanas Felipe Christoph sería solo un recuerdo.

Detuvo el caballo de golpe y al abrir los ojos vio que se encontraban a dos metros de un precipicio.

Alexa miró su reflejo en el espejo con horror. No podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Pasó la mirada por la amarillenta tela que se suponía debía de ser blanca, las extravagantes flores de encaje que le cubrían desde la cintura hasta los tobillos, las enormes hombreras pasadas de moda y las mangas largas que al final se enganchaban en el dedo corazón como si estuviesen unidas a él por un anillo. Era el vestido de novia más feo del mundo.

La princesa Isabel debía de estar pensando lo mismo, pues sin ningún recato soltó:

—¡Parece una momia!

La reina Elena la fulminó con la mirada.

—Cállate, Isabel. Está claro que no tienes idea de lo que dices. Este vestido ha sido utilizado por tres reinas de Mides.

—De eso no me queda duda, se nota que es más viejo que la gripe.

La reina se acercó hacia ella hecha una furia, la tomó con fuerza por el brazo y le dijo:

—Eres una malcriada e imprudente, vete a tu habitación de una vez por todas.

En los ojos de Isabel brilló una chispa de desafío, que luego fue sustituida por una de decepción. Se zafó de su madre y antes de retirarse le dirigió a la novia una mirada de empatía.

—No creo que Isabel haya sido malcriada ni imprudente —comentó Alexa—. Simplemente dijo lo que pensaba.

Elena suspiró. Se llevó las manos al cabello, fingiendo peinarlo.

—Querida Elizabeth, decir lo que se piensa no siempre es adecuado.

—No estoy de acuerdo, lo que ella dijo es lo mismo que pienso yo. —Se puso de pie frente a ella sin inmutarse ni un ápice—. Y yo tampoco lo voy a callar. Este vestido es viejo y feo, no voy a ser el hazmerreír de Alessia y Mides por llevar semejante cosa. Si a la tatarabuela le gustaba, perfecto. Sin embargo, han pasado dos siglos, las modas son distintas ahora.

Elena abrió los ojos como platos.

—No permitiré que me hables de tal forma. Es una tradición del reino y las tradiciones están para seguirlas.

—Si tanto le gusta póngaselo usted.

Alexa abrió la puerta y llamó a la señora Rogers que estaba afuera. Por su cara de preocupación era obvio que había estado escuchando lo que sucedía adentro.

—¿Qué se le ofrece, princesa Elizabeth? —preguntó la mujer.

—Quiero que busque contactos de diseñadores de confianza. Necesito un vestido de novia.

—Pero, princesa...

—¡Es una orden!

La reina fue hasta donde estaban las dos mujeres, tomó a la princesa con la misma brusquedad con la que había tomado a su hija.

—Ni se te ocurra hacerlo —advirtió a la chica.

Alexa se soltó con la misma brusquedad que había recibido.

—A mí nadie va a decirme cómo vestirme el día de mi boda. Eligieron al novio, la fecha, el lugar, la fiesta... ¡Todo! No obstante, mi imagen no la van a manipular. Si me da la gana de ir vestida de negro, así lo voy a hacer.

La mujer negó con la cabeza al tiempo que una sonrisa irónica se dibujaba en su rostro.

—¿Acaso debo recordarte que no tienes voz? Aceptaste ser la esposa de William, por lo que también aceptaste las reglas de Mides. Esto no es Alessia y aquí no eres nadie. Mi hijo se ha rebajado a unir nuestros lazos con los de ustedes solo para salvar a un reino tonto que está en declive. Mas te vale callarte y obedecer. Desde que llegaste no has sido más que un incordio. Asume tu destino y deja de comportarte como una insolente.

Elena salió de la habitación sin mirar atrás, con paso firme y la cabeza en alto. Alexa deseó gritarle que ojalá usara esa supuesta dignidad cuando su esposo le era infiel en su propia casa.

—Será mejor que se quite el vestido, yo me encargaré de él.

—No lo voy a usar —replicó, aunque su voz ya no sonaba tan decidida como al principio.

—No, lo usará la princesa Elizabeth.

Alexa asintió con decepción. Sintiendo como si acabaran de darle una puñalada por la espalda. Se cambió tan rápido como pudo, en silencio le tendió el puñado de tela a la señora Rogers y se retiró.

—Lo dejaré tan blanco como la nieve —dijo la mujer.

Alexa la ignoró. Fue con paso rápido hasta el jardín y se dirigió en dirección al auto donde sabía que estaba Felipe. Dio unos suaves golpes a la ventanilla. No obtuvo respuesta. Frunció el ceño y se acercó para ver hacia adentro. Felipe estaba como un tronco. Entonces decidió golpear la ventanilla con más fuerza. Segundos después sonó el vidrio bajar y los ojos verdes de él se cruzaron con los suyos.

—Hola, *princesa*.

Alexa no respondió ni a su saludo ni a su sonrisa.

—Acompáñame a montar. ¡Ya!

Felipe la observó alejarse en dirección a la caballeriza. Salió del auto con parsimonia, preguntándose qué le pasaría y por qué se veía tan enojada. Caminó tras ella en silencio y con calma. Justo a medio recorrido sintió que lo observaban, echó un vistazo y se encontró con unos pequeños y suspicaces ojos en uno de los balcones. Era Isabel. Le sonrió e hizo una reverencia, ella lo saludó con la mano.

Después tuvo que apartarse porque Alexa pasó a todo galope sobre el lomo de Vikingo como si fuera huyendo de la muerte.

Felipe encontró a Alexa frente al cañón. Verla sobre el caballo con la vista del mar al fondo y el azul intenso del cielo, era casi como apreciar una pintura.

—Parece que a alguien le gusta montar a caballo —saludó.

Ella se giró para mirarlo con una sonrisa más bien triste.

—Es lo que más me gusta en la vida. Aprendí a montar antes que a caminar y hablar.

Felipe asintió. A él le gustaba, aunque no tanto como a ella.

—Se nota. Ni siquiera me diste oportunidad de alcanzarte.

—Quería sentirme libre.

La voz de ella estaba teñida con un tono de amargura, lo que a Felipe por alguna razón que no comprendía le molestaba.

—Sin embargo, me pediste que te acompañara.

—Dicen que soy impulsiva.

Él sonrió.

—Ven, quiero enseñarte algo.

La chica abrió la boca para hablar, pero ni siquiera tuvo oportunidad de emitir un susurro, pues él ya estaba adentrándose en un bosque.

Lo siguió hasta alcanzarlo.

—¿A dónde vamos?

—Te dije que te iba a enseñar Mides. Si no aprovecho ahora, ¿cuándo? A veces hasta siento que me estoy robando mi sueldo. No me has ocupado ni una sola vez. Me la paso durmiendo en ese auto.

—Será porque jamás pedí un chofer —contestó ella con ironía.

—No obstante, me necesitas.

Ella soltó una carcajada.

—No me digas.

—Todas las veces que sea necesario.

—Ah, ¿sí?

—Sí, hasta que regrese Alexa Sullivan.

La chica detuvo el galope al instante. Su cara era un poema. Felipe se acercó y colocó sus manos sobre las de ella que estaban sosteniendo las riendas.

—Voy a serte sincero, no he podido sacarte de mi mente desde el día en que te conocí. No me preguntes el porqué. He intentado aclarar esa duda muchas veces y no encuentro respuesta. Quizá fue que desapareciste cuando las chispas empezaban a saltar; tal vez fue la sorpresa de reencontrarte cuando pensaba que no volvería a verte; o puede que solo sea que me gustan las princesas... No lo sé, solo sé que fui a ese bar casi por una semana y te busqué en cada rincón como un completo idiota.

»Mírame, estoy trabajando como tu chofer, nada más porque es la única forma en que puedo verte todos los días. A pesar de que no quieres ni verme en pintura. Estoy detrás de la prometida de mi primo, nada más y nada menos que el príncipe... También dicen que soy impulsivo, solo que, a diferencia tuya, no me da miedo seguir mis impulsos.

Alexa desvió la mirada.

—No puedo...

—¿Qué?

—No puedo estar cerca de ti. Tengo mucha responsabilidad sobre mis hombros. Ni siquiera estoy aquí por mí, sólo lo hago por mi reino.

Él asintió en silencio. Soltó sus manos y siguió adentrándose en el bosque.

Alexa lo miró alejarse, antes de que desapareciera dijo:

—Yo tampoco puedo sacarte de mi mente. Soy una estúpida, lo sé.

—Felipe se detuvo, aunque no se volteó—. Ojalá te hubiera conocido en otro

lugar, en otro momento y en otras circunstancias. ¿Sabes qué haría ahora mismo si fuera Alexa Sullivan? Perdería el control. Y lo haría contigo.

Felipe por fin se giró hacia ella. Estaba sonriendo como si ella no hubiera escuchado nada de lo que ella había dicho.

—Voy a hacer que pierdas el control, *princesa*. Voy a conseguir que saques a Alexa Sullivan de la oscuridad. Olvidé decírtelo, también dicen que soy terco.

Alexa se maldijo mentalmente cuando lo siguió dentro del bosque. Apartó la voz que le chillaba que estaba haciendo su trabajo justo como le habían advertido que no lo hiciera.

Cabalgaron por al menos veinte minutos hasta que llegaron a un peñón desde el cual se apreciaban tres cataratas.

—Se llaman Las Trillizas —informó él.

Alexa estaba con la boca abierta. El paisaje parecía sacado de una postal. Allí el agua era cristalina y la brisa fresca.

—Este lugar es precioso.

—Cuando era niño solía venir aquí con mis amigos de la escuela, los vecinos o mis primos maternos. —Suspiró—. Era nuestro lugar preferido.

Ella frunció el ceño.

—No parece un lugar concurrido.

—No lo es. Antes esta era la joya turística del pueblo. El lugar en donde todo el mundo se reunía los domingos al medio día. Pero hace unos quince años el rey decidió que era parte de su propiedad y lo cerró a todos. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que vine.

Alexa quiso preguntar qué daño había hecho la gente para que el rey los privara de un lugar tan hermoso. Sin embargo, no lo hizo porque se imaginaba que en realidad no habían dado ningún motivo, él solo lo había hecho porque podía.

Felipe se bajó del caballo y fue a amarrarlo a un árbol. Ella hizo lo mismo. Mientras él intentaba ayudarla sus manos se rozaron y por un leve momento Alexa estuvo a punto de perder el control. Se apartó con rapidez.

—Ven —ordenó él.

Ella lo miró bajar por entre un puñado de plantas y árboles.

—No, estás loco. No pienso bajar.

—Te prometo que la vista es mucho mejor desde abajo.

La chica miró hacia la poza adonde caía el agua de las cataratas. Estaba al menos a cincuenta metros.

—Si bajo allí, jamás podré subir.

—*Princesa*, no pienso matarte.

Ella puso los ojos en blanco.

—Lo digo por mis zapatos.

Felipe hizo una mueca cuando le prestó atención a su atuendo. Llevaba un pantalón negro de seda, una camisa blanca de mangas largas y unos tacones que, aunque no demasiado altos eran tacones, al fin y al cabo.

—De acuerdo, entonces te llevo.

Alexa se echó hacia atrás cuando lo vio acercarse.

—¡Ni lo sueñes! Ya te dije que no pienso bajar...

—Eso está por verse.

La tomó por las piernas y se la echó al hombro como si no pesara nada.

—¡Suéltame! —chilló ella.

—Más te vale que no te muevas tanto o tendré que darte un azote —amenazó él con tono travieso.

Alexa le clavó el puño en la espalda.

—¿Acaso estás suplicando una nalgada? No hace falta que te humilles, yo lo haría de buen gusto —se burló.

Ella tuvo que contenerse para no volver a golpearlo. Por supuesto que no quería una nalgada. Claro que no. Qué va.

Felipe comenzó a bajar y Alexa tuvo que rendirse. Tan solo esperaba llegar abajo entera.

—Ya casi llegamos —avisó él.

La chica abrió los ojos con sorpresa, comprobando que era cierto. Segundos después él la dejó sobre el suelo de piedra. Tenía razón, la vista era mucho mejor desde abajo. Se le erizó la piel por el frío que hacía allí y las diminutas gotas de agua que los salpicaban desde lo alto.

—Gracias —le dijo.

Él apartó la mirada de la catarata.

—¿Por qué?

—Por enseñarme la única cosa buena que hay en este reino.

Dejándose llevar por el impulso, se lanzó sobre los brazos de él y lo abrazó con fuerza. Cerró los ojos y se dejó cautivar por el sonido del agua al caer, el aroma a fresco y la presión con la que él la tomaba por la cintura y hundía la nariz en su cabello.

—Todavía no has visto lo mejor.

Ella se apartó, mirando alrededor.

—¿Qué más tengo que ver?
—A mí bañándome desnudo.
Ella abrió los ojos como platos.
—Estás de broma, supongo.
Felipe sonrió con placer.
—Por supuesto que no. Era una tradición cuando era niño.
Alexa se alarmó.
—Bueno, pues de niño seguro que eras tierno y eso...
—¿Ahora no lo soy?
Ella arqueó una ceja.
—Eres de todo, pero tierno no es una palabra que usaría contigo.
—Ya cambiarás de opinión cuando me veas en pelotas —contestó con una carcajada mientras comenzaba a quitarse la camisa.
Ella se lanzó sobre él, intentando evitar que se desnudara.
—Oye, me estás tocando mucho. Si sigues así puedes alborotar al niño...
—¡Felipe!
—Al niño que hay dentro de mí —aclaró con falsa inocencia.
—No puedes desnudarte.
—Lo siento, pero no puedo mojar la ropa y luego coger una hipotermia.
Se deshizo de la camisa, luego se quitó los zapatos y los calcetines. Entonces arqueó una ceja y sin despegar la vista de ella, se llevó la mano al botón del pantalón. Lo desabrochó despacio, después bajó la cremallera.
—Felipe, no.
Él se encogió de hombros, luego dejó caer el pantalón.
—¿También quieres ver cómo me quito el bóxer?
Ella lo fulminó con la mirada y se giró. Segundos después escuchó un chapuzón.
—Dios, está deliciosa —exclamó él—. Date prisa, no tenemos mucho tiempo.
—Me obligaste a bajar, no me obligarás a meterme.
—Anda, sé que te mueres de ganas. ¿De qué sirve venir hasta aquí si ni siquiera te vas a mojar los pies?
—Puedo mojarme los pies.
—Y después el resto del cuerpo.
Se quitó los zapatos, luego le echó un vistazo rápido para asegurarse de que él no estaba mostrando ninguna parte tentadora de su cuerpo. Suspiró cuando vio que lo único que se le veían eran los hombros y la cabeza. Podía

con eso.

Se acercó a la orilla y mojó sus pies. Casi se le escapa un gemido. Maldito Felipe, cómo podía saber que en efecto deseaba entrar al agua. Era fresca como la del río del rancho a mediados de primavera. Ella también solía ir al río de niña.

—Solo será un ratito —argumentó él—. Ni siquiera me acercaré a ti.

—No pienso volver a llegar mojada al palacio.

—Justo por eso hay que desnudarse. El cabello se te secará con la cabalgata.

Alexa resopló, más para sí misma que para él.

—Si te me acercas, te ahogo —lo advirtió.

Después lo obligó a girarse para que no la viera desnudarse. ¿Qué más daba? No dejaría que se le acercara y nadie podía verlos. Solo serían unos cuantos minutos. Para desestresarse.

Se lanzó al agua en dirección al extremo opuesto en el que se encontraba Felipe. Sacó la cabeza a la superficie con una suave sacudida para apartarse el cabello. Sí, el agua estaba deliciosa.

—Te ves preciosa.

—No intentes seducirme, Felipe Christoph.

Él rio.

—Es eso justo lo que hago.

Estuvieron allí más de lo que habían pensado. Alexa le preguntó por sus libros y le dijo que quería leerlos. Él ni siquiera quiso decirle cuál era su seudónimo. Prefirió hablar sobre su trabajo en la revista y el hecho de que estaba en el pueblo porque necesitaba pensar en su nuevo proyecto.

—Será mejor que regresemos —advirtió él cuando vio que el sol no estaba tan alto como al principio.

—Demonios, sí —contestó ella al darse cuenta de que se había distraído con la plática.

Nadó hasta la orilla y sin ser consciente de lo que hacía se puso de pie. El frío en la piel le recordó que no llevaba nada encima.

Felipe tragó con dificultad sin poder apartar los ojos del cuerpo de ella. Solo le podía ver la espalda y un poco del trasero, pero eso fue suficiente para que lo dejara descolocado.

Alexa inmediatamente volvió a meterse al agua.

—Dios mío, no me veas, no me veas —gritó.

—No vi nada —tartamudeó él.

Alexa sentía la cara arder.

—Mira hacia otro lado mientras salgo.

Él se aclaró la garganta.

—Será mejor que salga yo primero, no sé si pueda contener las ganas de mirar.

Sin decir más salió del agua. Alexa frunció el ceño cuando pasó frente a ella y vio que él no se había quitado el bóxer.

—¡No estás desnudo! —lo acusó.

Él se detuvo, sin mirarla contestó:

—Ah, es que lo del desnudo era una broma.

—¡Te voy a matar!

Elizabeth miró su reflejo en el espejo. Sintió un cosquilleo en las cejas al ver cómo iban creciendo poco a poco pequeños vellos.

Aunque había pasado más de una semana, le costaba acostumbrarse a su nuevo aspecto. Ni siquiera cuando había estado enferma se había permitido andar sin maquillaje o sin peinarse. Mucho menos andar por la casa en ropa interior o en sandalias.

En la pared junto al espejo estaba un calendario en el que iba marcando una equis sobre cada día. Esperando a que llegara la fecha enmarcada por un círculo rojo enorme.

Había contratado a Alexa para que la suplantara mientras ella se hacía a la idea de lo que le esperaba. Sin embargo, con el tiempo había descubierto que se había engañado a sí misma. Solo estaba intentando alargar su destino el mayor tiempo posible.

A veces se descubría deseando que Alexa cometiera un error y todo se fuera al demonio. Pasaba las noches llorando, imaginándose como la reina de Alessia, al lado de un hombre que no conocía y que no significaba nada para ella. Siendo un títere, la moneda de un contrato que había hecho su padre con Mides.

Tomó el teléfono y con pesar hizo la llamada que tanto tiempo había estado postergando.

—Soy la princesa Elizabeth —informó cuando le contestaron—. Comuníqueme con su majestad, por favor.

Después de unos minutos, escuchó que una voz ronca y débil la saludaba.

—Querida, he estado esperando tu llamada. Me dijo la señora Rogers que haz estado un poco atareada.

—Mides es un reino agitado —mintió.

Su padre no sabía nada sobre Alexa y no debía saberlo. Si se llegaba a enterar de que ella estaba poniendo en riesgo el futuro de Alessia, se moría de la impresión.

—¿Cuándo va a llamar el príncipe William para ofrecer sus respetos?

Elizabeth arrugó la cara.

—Será mejor que olvides tal cosa, padre, el príncipe es un hombre ocupado. Mejor dime cómo está tu salud.

—Peor. Dice el médico que no sabe cómo mis pulmones han resistido tanto. A veces pienso que lo mejor es que me muera de una vez por todas.

—¡Padre!

—Es lo mejor, Elizabeth. Así podría descansar en paz y reunirme al fin con tu madre. Sin embargo, no podré morir en paz hasta que no te vea casada y con un futuro más alentador para Mides. No sabes cuánto me gustaría poder estar en tu boda...

—Lo sé —contestó con voz quebrada.

—Sabes que es tu deber, ¿cierto? Lamento mucho que tengas que verte en esta situación tan repentina, pero somos gente con muchas responsabilidades. Sobre nuestra sangre corre el peso de llevar un reino. Sé que no estás contenta, no obstante, esta no será la prueba más dura.

—Qué alentador —contestó al borde de las lágrimas.

—No me hables así.

—¿Cómo quieres que le hable al hombre que me está atando a un hombre despreciable?

—El príncipe William es un hombre digno con un rango...

—¡Es un idiota!

—¡Elizabeth!

Un súbito ataque de tos interrumpió al rey.

—No es justo que yo tenga que cargar con el reino que tú destruiste...

—Ya veo que era cierto lo que decían de ti.

—¿Qué decían de mí?

—Que ir a los Estados Unidos no te convendría.

Ella soltó una carcajada empañada de lágrimas.

—Yo soy infeliz desde que tengo memoria.

—Mira, voy a hacer como si no hubieras dicho semejante sandez. Te voy a recordar que has crecido rodeada de lujos y halagos. Has conocido el mundo entero, has tenido la mejor educación y...

—Y nada de eso me ha hecho feliz. No lo entiendes, estás tan arraigado a esa vida que ni siquiera te das cuenta que yo no tengo esas ambiciones. No quiero ser una princesa, mucho menos una reina. Quiero una vida normal.

—Basta ya, Elizabeth. Nunca has dado ningún problema, ni siquiera cuando eras una adolescente, y ahora te pones a hacer estos reclamos. ¿A qué

viene todo esto?

—A que siempre tuve la inútil esperanza de que un día todo fuera a cambiar. Cuando me fui de Alessia creí que mis sueños estaban más cerca de hacerse realidad, pero de pronto me entero que debo dejar mis estudios y mi vida para cumplir los de alguien más. Por supuesto, solo fui una ilusa.

—Tus reproches no vienen al caso. Siempre has sabido cuál es tu lugar y cuáles son tus deberes.

—¿Y mis derechos?

Elizabeth se dejó caer en el suelo, le resultaba imposible contener el llanto. Nunca había alzado la voz y tal vez ese había sido el peor error de su vida.

—No comprendo tu necedad. Está claro que las mujeres se vuelven histéricas con las bodas. Pídele un té a la señora Rogers, te hará bueno...

—Tú no tienes ni idea de lo que es ser mujer, si lo supieras, no me harías esto. Ojalá hubieras tenido un hijo hombre para que se hiciera cargo de todos tus errores. ¡Él no tendría que casarse con nadie para que lo respetaran! No te preocupes por no estar en mi boda, no te voy a extrañar en absoluto.

Sin esperar respuesta cortó la llamada. Se limpió las lágrimas con fuerza mientras intentaba recuperar el aliento. Luego recordó la enfermedad de su padre, entonces el llanto apareció de nuevo. Más amargo. Más incontenible.

Alexa se despertó con un fuerte dolor en las piernas y el trasero. Se maldijo a darse cuenta de que se debía a la cabalgata del día anterior. Definitivamente era la vergüenza de la familia. Solo le faltaba que se le olvidara cómo poner la silla de montar.

Miró la hora. Eran las seis de la mañana. Si hubiese estado en el rancho habría ido por Diablo para dar un paseo matinal y cargarse de energía para el día, pero allí la cosa era distinta. Fue hasta el balcón y vio que el sol ya se había asomado.

Decidió que iría a sentarse a la playa antes de que el sol fuera demasiado fuerte. A esa hora Felipe no andaría por allí, así que no corría ningún peligro. Se metió al baño, encendió el reproductor de música que había allí y decidió poner música alegre que la relajara.

Al ritmo de Bruno Mars comenzó a ducharse. Se movió por el inmenso baño jugando con los distintos tipos de chorro y temperatura. Tomó la botella del champú y la utilizó como micrófono mientras destrozaba las notas más

agudas de la canción. Sacudió el cabello de atrás hacia adelante y justo al hacer ese movimiento un poco de champú le entró en los ojos.

—Mierda —soltó frotándose los ojos con desesperación.

Aguzó el oído cuando escuchó movimiento en su habitación. Estiró la mano en busca de la llave del agua, preguntándose qué hacía ahí la señora Rogers. Era muy temprano.

Lo descubrió al salir de la ducha.

—Pero qué le ha sucedido a sus ojos —chilló la mujer al verla.

—Ah, me entró un poco de champú.

—Dios mío, hay que arreglarlo.

Alexa la miró sin comprender nada.

—Tan solo es champú, se pasará en un rato.

—Hoy tiene una cita con una de las revistas más importantes de Europa.

La chica, que estaba secándose el cabello con una toalla, se quedó de piedra.

—¿Qué?!

—Lo siento, yo tampoco lo sabía. El príncipe William me lo acaba de informar.

—Maldito príncipe del carajo.

—Debe darse prisa. Necesita estar impecable. Todo el mundo estará pendiente de usted. En la cama le dejé el atuendo de hoy, incluidos accesorios y zapatos. Usted encárguese de eso y yo voy a ir a buscar gotas para los ojos.

Alexa vio a la mujer esfumarse como si su vida estuviera en peligro. Suspiró resignada. Treinta minutos después tenía los ojos perfectos y la señora Rogers le hacía los últimos retoques al cabello.

Llevaba un vestido tubo color salmón y unos tacones de punta color piel, igual que la cartera. Además, de su cuello y orejas prendían unos pequeños diamantes. Mirándose al espejo se sintió mayor de lo que realmente era.

—Luce estupenda —dijo la señora Rogers al estudiarla con atención—. Recuerde modular su voz. Trate de hablar lo menos posible sin parecer desagradable. Mucha gente que sí la conoce de toda la vida, estará viendo el programa.

—Genial, seré descubierta.

—La televisión engorda a la gente.

Alexa la fulminó con la mirada.

—¡No estoy gorda!

—No quise decir eso —alegó la mujer con las mejillas teñidas de

rojo—. Me refería a que siempre se puede usar la excusa de que en televisión la gente cambia un poco.

—Pues lo hubiera dicho así entonces.

—Ya le pedí disculpas —regañó—. Además, el físico no es el mayor problema. Ustedes se parecen demasiado. Para encontrar las diferencias habría que estar atento a ellas y nadie lo estará porque no hay motivos. Lo que me preocupa más son sus respuestas. Eso sí podría llamar la atención.

—No la voy a cagar, tranquila.

—Dios mío, dejé de usar ese vocabulario.

Alexa tomó la cartera, se miró por última vez en el espejo mientras se daba porras mentalmente y luego salió de la habitación junto a la señora Rogers. La mujer iba explicándole cómo sería el itinerario. La entrevista solo sería el principio, luego había una carrera de caballos y después un almuerzo.

—¡Los odio! —gritó Isabel desde algún punto del palacio—. ¡Los odio con toda mi alma!

Alexa se detuvo de inmediato, mirando en todas las direcciones en busca del lugar desde donde provenía la voz.

—Vamos —advirtió la señora Rogers—. Este no es nuestro asunto.

Alexa continuó caminando, entonces se escuchó la voz de la reina.

—¡Eres una completa pesadilla, maldita la hora en la que llegaste a este palacio!

—No hace falta que me digas cuánto lamentas mi presencia —contestó la adolescente—. Para mí siempre ha sido obvio el desprecio que me tienen todos aquí. Justo por eso voy a largar me apenas pueda.

—Cállate y deja de amenazarme. Eres la princesa de Mides y te vas a comportar como tal, te guste o no te guste. Nunca podrás largarte. ¿Acaso pretendes vivir como una muerta de hambre?

—Prefiero cualquier cosa antes que vivir con ustedes. Incluso puedo vender mi cuerpo para sobrevivir, al fin y al cabo para eso es para lo único que sirven las mujeres, ¿no?

Alexa localizó las voces y se acercó a la puerta a pesar de los susurros de la señora Rogers pidiéndole que no se metiera en los problemas de los demás. Estaban muy cerca de la puerta cuando se escuchó el ruido de un cristal rompiéndose y luego un golpe fuerte que sonó como una bofetada.

—Le ha pegado —susurró Alexa.

—Vámonos de aquí ya —replicó la señora Rogers tomándola por el codo.

El sonido de otro golpe llegó hasta ellas. Después otro y otro.

Alexa se movió decidida a entrar a la habitación, pero la mujer no se lo permitió.

—Suélteme.

—No. Alexa —dijo mencionando su verdadero nombre por primera vez—, no eres el ángel vengador de nadie. Ni la princesa Elizabeth ni la princesa Isabel pueden ser salvadas de su destino. No viniste aquí para ayudar a nadie. Los problemas de esta familia son cosa de ellos.

Alexa le dirigió una mirada desprecio.

—¿A la princesa Elizabeth también la golpeaban por querer ser quien su corazón le decía?

La señora Rogers la soltó y con gesto serio argumentó:

—La princesa Elizabeth jamás le ha hablado así a su padre.

—Ajá, por eso ahora está comprometida con un imbécil.

Dejó el lugar hecha una furia, sintiendo como si hubiese traicionado a alguien. Dios bendito, dónde se había ido a meter. ¿De verdad el dinero que recibía pagaba todo lo que estaba soportando? No le extrañaba que la princesa quisiera enviar a otra en su lugar.

Se mantuvo seria todo el camino hacia el hotel donde sería la entrevista y continuó igual cuando la misma empezó.

—¿Princesa Elizabeth? —la llamó la entrevistadora por tercera vez al ver que la chica no le prestaba atención.

Alexa reaccionó al sentir un discreto jalón por debajo de la mesa.

—Disculpe —dijo—. Estoy un poco despistada con todo esto de la boda. ¿Qué me decía?

—Oh, claro. No es para menos. Le comentaba qué debe ser increíble su experiencia. Todas las mujeres hemos soñado alguna vez con encontrar a un apuesto príncipe y tener una boda maravillosa como todas unas princesas. Pero mientras para la gran mayoría es solo una ilusión, un sueño de niñas, para usted es toda una realidad.

—Bueno, la verdad es que las personas a veces tenemos ambiciones muy estúpidas... Las cosas no siempre son lo que parecen.

La marquesa Sofía sonrió con esmero al príncipe William, luego envolvió su brazo en el de él mientras caminaban por el jardín del palacio.

—¿Es ese el escritor? —preguntó señalando el auto en donde se encontraba Felipe.

William hizo una mueca de desagrado.

—Sí. No comprendo la insistencia en mi padre de tenerlo aquí. No es bueno para nosotros permitir que ese tipo de gente se meta en nuestro propio hogar.

—Tienes razón. Además, la princesa Elizabeth puede usar a cualquiera de los otros choferes.

—Se supone que confía en él.

Sofía se detuvo en mitad del jardín.

—¿Cómo puede confiar en alguien que no conoce?

—Le salvó la vida en la playa. Se estaba ahogando y él la sacó...

—Oh, qué cosa tan curiosa que la princesa estuviese en la playa con ese sujeto. ¿No te parece? Es cierto que es un hombre apuesto, pero no te llega ni a los tobillos.

William la fulminó con la mirada.

—Ella no paseaba con él. Elizabeth ni siquiera ha salido del palacio más que para cabalgar o pasear por la playa. No viene al caso tu comentario.

—Perdóname, William. Es que como aquella noche fue tan vehemente en defenderlo...

—Calla o conseguirás que me moleste. Estás hablando de mi prometida.

La mujer asintió. Quizá se le había pasado un poco la mano, ya volvería a atacar más tarde.

—De acuerdo, cambiemos de tema. —Se mordió el labio con inocencia—. Me cuesta tanto creer que en solo unas pocas semanas serás un hombre casado. Vaya... Aún recuerdo cuando éramos niños y jugábamos a que nos casábamos.

William sonrió de lado, mirándola con una chispa de diversión en los ojos.

—Yo recuerdo otras cosas... Lo que hacíamos de adolescentes...

—¡Oh, príncipe William!

Ella fingió asegurarse de que nadie los escuchaba, cosa que la verdad le importaba muy poco.

—¿Recuerdas eso también?

—Si sigue va a conseguir que me acalore.

—Es un día fresco, Sofía.

—Sí, pero tú consigues calentar hasta el día más frío del invierno.

La expresión del príncipe se volvió indescifrable. Clavó los ojos en los labios rojos de ella.

—Me impresionas —dijo al fin.

—Será mejor que volvamos a cambiar de tema —contestó ella con inocencia mientras se abanicaba el rostro con la mano.

—No quise incomodarla —se disculpó él.

—Oh, no es eso. —Sonrió con coquetería—. Es que temo decir más imprudencias de las que ya he dicho. No quisiera verme envuelta en algún problema...

—¿Qué clase de problema?

—No lo sé. De cualquier modo, eres un hombre comprometido y tu novia puede andar por aquí y mal entender cualquier situación.

William asintió. Caminaron el resto del trayecto en silencio, hasta llegar a la puerta principal del palacio.

—Mi matrimonio es un acto premeditado, meramente político.

La marquesa asintió.

—Lo imaginé. Eres un hombre tan joven que tiene tanto por ver y por probar...

—Pienso igual que tú.

Ambos se quedaron frente a frente, sin darse cuenta que tenían un par de ojos sobre ellos. Felipe se encontraba en el auto con las gafas de sol a la mitad del puente de la nariz para poder ver la escena sin ningún obstáculo.

—¿Aceptarías si te invito a tomar el té? —preguntó William.

—Será un placer.

Se sonrieron, luego él colocó su mano a mitad de la espalda de ella, puede que un poco más debajo de lo que se consideraba educado, y la condujo dentro del palacio.

Felipe se recolocó las gafas. Se preguntaba qué carajos hacía una mujer como Elizabeth con ese idiota de William. No le extrañaba que le gustara a la

marquesa, era igual que él.

Volvió a tomar el bolígrafo que se le había caído de las manos al ver a la pareja y se concentró en los papeles que tenía al frente. Tenía diez hojas llenas de ideas. Después de todo, sí que le estaban sirviendo esos días para motivarse con el nuevo libro. Al principio, lo de documentarse en el palacio había sido una excusa, no obstante había terminado haciendo justo eso.

¿Un crimen real? ¿Por qué no?

Ya que la princesa no daba nada de trabajo, se había dedicado a hablar con los guardas, mozos de cuadra y con cualquier empleado que se cruzara en su camino. La de cosas que se escuchaban en un palacio. Había tomado nota de cada cosa interesante que llegaba a sus oídos, incluso aunque ni siquiera se la estuvieran comentando a él, y había llegado a la conclusión de que podía ser buen material para un libro.

Alexa estaba apunto de bajar las escaleras cuando escuchó las voces de la marquesa Sofía y el príncipe William.

—Oh, eres tan divertido —decía ella.

—Ese ni siquiera es mi mejor chiste —contestó él.

La falsa princesa puso los ojos en blanco e hizo las típicas muecas que se hacen cuando se imita a alguien. Con rapidez se apartó de las escaleras para que no la vieran. Esperó hasta que los oyó desaparecer, entonces bajó con sigilo y fue hacia la biblioteca. Leer era lo único que la había entretenido los últimos días.

Al llegar al lugar se encontró con la princesa Isabel sentada sobre unos almohadones y recostada contra la puerta que daba al balcón, perdida entre las páginas de un libro.

—Hola —saludó a la adolescente que dio un salto.

—Hola. Me asustaste.

—Lo siento. Venía a buscar algo para leer. —Isabel asintió—. ¿Qué lees?

La princesa le mostró el libro que llevaba en las manos. *Orgullo y prejuicio*.

—Es mi libro preferido —explicó Isabel—. Siempre que no encuentro una nueva lectura, vuelvo a él. Lo he leído como diez veces y cada una de ellas me ha parecido como si fuera la primera.

—¿Te importa si me siento a tu lado?

—Claro que no.

La princesa Isabel reacomodó los almohadones, dejándole uno a Alexa.

—Es la magia de Jane Austen. Ella sabía cómo escribir. Es una lástima que muriera a la edad que lo hizo. Aún tenía mucho por dar.

—Cuando la lees sientes que estás leyendo algo contemporáneo. Me encanta la forma en la que esboza a sus personajes femeninos, mujeres fieles a sus ideales, sin miedo.

Alexa guardó silencio un momento. La señora Rogers le había dicho que ella no estaba allí para salvar a nadie de su destino, aun así, no pensaba quedarse cruzada de brazos. Si podía aportar algo bueno, lo haría.

—Te escuché pelear con la reina ayer.

El gesto de Isabel cambió de inmediato. Se volvió frío y distante.

—Es imposible no discutir con ella. Todos en esta casa son insufribles.

—Tú no.

La adolescente la miró con atención.

—Tú tampoco. Sin embargo, te vas a unir a mi hermano.

—Yo soy tonta de remate. Pero eso no impide que vea el fuego que hay dentro de ti. Jamás alcé la voz a mi padre y heme aquí. Asumiendo un futuro que no deseo. Dejando que los demás elijan por mí. En cambio tú eres lo suficientemente valiente para alzar tu voz sin importar las consecuencias.

—No hago más que gritar y lloriquear. Al final ellos siempre ganan.

—¿Te agreden? —soltó Alexa sin inmutarse.

Isabel tragó con dificultad. Se puso de pie y con una sonrisa nerviosa anunció:

—Debo irme.

Alexa también se puso de pie, la tomó del brazo y con gesto serio señaló:

—No dejes que apaguen tus sueños, no seas como yo. Allá afuera hay una parte del mundo que sí vale la pena.

—Temo que jamás conoceré esa parte del mundo. Mis padres tienen razón, puedo gritar y patalear, pero llevo sangre real en mis venas y eso tiene un peso que, me guste o no, tengo que cargar. Puedo huir y, al final, siempre alguien va a encontrarme y dirá «allí está el deshonor de Mides».

—No tienes por qué ser un desastre. Tener una voz no significa ser una vergüenza. Tienes un poder que la mayoría de mujeres no posee. Tú puedes hacer que esto cambie, puedes demostrarle al mundo que ser una mujer en la realeza es más que encargarse de actos de beneficencia y verte perfecta en cada momento.

—¿Me lo dices tú?

—Mira, Elizabeth es una princesa sumisa y tonta. ¡Tú no! ¿Quieres ver el mundo como lo ve cualquier persona fuera de este palacio? ¿Quieres dejar la tiara? ¿Quieres ser normal aunque sea por un momento?

Isabel frunció el ceño. No entendía muy bien lo que estaba sucediendo.

—¿De qué hablas?

—De perder el control.

—¿Qué me estás proponiendo?

—Dejar que tu sangre real se vaya al infierno y convertirte en una jodida plebe.

Isabel se quedó boquiabierta al escuchar a Alexa.

—Si mis padres se enteran...

—Déjame todo a mí.

Alexa sonrió de oreja a oreja.

Fue hacia una de las estanterías, tomó el primer libro que vio, luego se dirigió a la puerta y antes de salir dijo:

—Invéntate un *alter ego*. Que no sea Alexa Sullivan, esa soy yo.

Alexa se colocó las gafas más grandes que encontró en el armario de la princesa y se vistió lo más sencillo posible. Después salió del palacio a hurtadillas y una vez afuera se coló en el auto donde estaba Felipe esperándola.

Había tenido una semana muy ajetreada, escuchando todo lo que su suegra tenía planeado para la boda y acompañando al príncipe a cuanto evento o entrevista se le ocurriera con el fin de que la prensa pensara que eran dos almas gemelas.

No sabía qué era peor, si lidiar con la madre o con el hijo. Había descubierto que William solía pasarse con el alcohol y cuando lo hacía debía ponerse a buen recaudo de él, pues le daba por ponerse cariñoso. Cada vez que se inclinaba para besarla le daba ganas de darle una patada en las pelotas.

—¿Un mal día? —preguntó Felipe al verla distinta.

—No, solo es que quiero pasar desapercibida.

Él arrancó el auto de un solo toque y tomó el camino que llevaba a la salida.

—¿Adónde vamos?

—A algún lugar donde vendan pelucas y ropa?

El hombre apartó la vista del camino y la clavó en ella. Alexa se ajustó las gafas, ignorando la mirada interrogante de él.

—Necesito que me ayudes con algo —dijo al fin, cuando pasaron el portón que separaba al palacio del resto del pueblo.

—Algo me dice que esto no me va a gustar.

—Quiero que perdamos el control.

Esta vez Felipe no solo apartó la vista del camino, sino que detuvo el auto.

—¿Tú y yo?

—Mmm sí. Y la princesa Isabel.

—Oh, no. Espera un momento, ¿de qué estás hablando?

—¡Es tu prima, debes ayudarla!

—Ni siquiera le he hablado nunca.

—Felipe, ella está atrapada en ese maldito palacio como una prisionera. Estoy casi segura de que su madre la agrede. Jamás la han dejado ser libre. No tiene amigos, no conoce gente que no se mueva en este mundillo y tiene un montón de sueños que si sigue aquí jamás cumplirá.

—Suenan tan a ti —soltó él.

—Puede que un poco. Solo que ella aún tiene salvación y yo no.

—Eres una mujer adulta, no tienes porqué...

Alexa lo cayó con un gesto de desdén.

—No se trata de mí. Le prometí llevarla afuera y enseñarle más de lo que conoce.

—Estás loca. Si los reyes se enteran...

—¡No se van a enterar porque tú nos vas a ayudar!

—Lo bueno es que nunca te permites ser impulsiva, quién sabe cómo sería si lo hicieras más a menudo.

Él negó con la cabeza y volvió a poner el motor en marcha.

—Te prometo que hemos planeado todo muy bien. Nadie se dará cuenta. Solo será una noche.

—¿Esto es solo por ella?

Alexa se hundió en el asiento.

—No quiero que dentro de unos años sea ella quien se encuentre en mi lugar.

—Más te vale que encuentres una peluca rubia como la de aquella noche en la ciudad, de lo contrario no valdrá la pena ayudarte.

Alexa emitió un grito de emoción y se abalanzó sobre él para darle un abrazo rápido.

—¿Quién diría que los hombres guapos tienen buen corazón?!

Felipe soltó una carcajada.

—Así que te parezco guapo... Ya decía yo que eso de que se te saliera la baba cuando me mirabas tenía que significar algo.

Ella le dio un manotazo, pero también se unió a sus risas.

A pesar de que era verano y en el centro del pueblo hacía un calor del demonio, Alexa decidió que usar una bufanda era de lo más sutil y funcionaba para pasar desapercibida. Felipe la había llevado a las tiendas más alejadas del pueblo. Él se había encargado de elegir la ropa, pero Alexa fue quien eligió las pelucas. Tenían que parecer lo más reales posibles. Después de todo se estaba volviendo una experta en mentir sobre su identidad.

Cuando estuvo dentro del auto sonrió encantada de la vida. Isabel se iba

a volver loca cuando llegara al palacio y le dijera que ya tenía todo listo para que saliera a explorar el mundo. Era una chica de diecisiete años que ni siquiera tenía idea de qué significaba la palabra diversión.

Felipe no esperó ninguna indicación de la chica. Se limitó a arrancar el auto y adentrarse en una de las calles de adoquín. Alexa frunció el ceño cuando se percató de que iban por un camino distinto al que habían tomado para llegar.

—¿Qué estás haciendo?

—Hace calor y quiero un helado.

—Claro que no. El sol está apunto de esconderse y necesitamos volver.

—Me obligas a acompañarte en tus locuras y ni siquiera me merezco un helado... Vaya, eres muy egoísta, *princesa*.

—No te obligué.

—Pues yo me siento obligado. Por si aún no te has detenido a pensarlo, lo que vamos a hacer es un delito y se llama secuestro. La princesa es una menor de edad.

Alexa tragó con dificultad. Por supuesto que no se había detenido a pensarlo. Delito podía ser su segundo nombre, tal como estaba comportándose.

—De acuerdo. Ve por el helado y yo te espero en el auto.

—Los dos vamos a ir por ese helado. No discutas.

Alexa se adelantó en el asiento para observar mejor las calles. Conforme más avanzaban, más bonitas se volvían estas.

—Felipe, el pueblo es precioso.

Las aceras estaban decoradas con hermosos arbustos enanos y las tiendas eran coloridas.

—Mira, es allí —avisó él señalando el local que se encontraba a unos metros de donde estaban.

Evidentemente era una heladería. Había un cartel con dibujos en tiza que lo dejaba bien claro y unas cuantas sillas y mesas en la acera.

—Es la heladería de mi madre.

Alexa se giró hacia él sorprendida.

—Oh, me hubieras dicho eso desde el principio.

Él sintió una punzada en el pecho. Por alguna razón el comentario de la chica le había generado una emoción que hasta el momento desconocía. De hecho, ni siquiera sabía por qué la había llevado hasta allí.

Aparcó el auto a un lado de la calle. Cuando fue a abrirle la puerta se

encontró con que ella ya estaba afuera, cubierta con la bufanda y las gafas. No pudo evitar sonreír ante su disfraz.

Dentro el local estaba lleno. Alexa bajó la mirada, maldiciéndose porque con los olores que le llegaban se moría por ver cómo era todo. Él la tomó de la mano y fue hasta el fondo.

—Oh, cielo, ¿qué haces aquí? —preguntó Leonor.

—Hemos decidido dar un paseo.

La mujer observó las manos de su hijo entrelazadas con las de una mujer y luego subió la mirada hasta llegar al rostro prácticamente cubierto. A pesar de que no le podía ver la cara por completo, ese color de cabello lo conocía muy bien.

Abrió la boca para exclamar algo, sin embargo, Felipe la detuvo con un fuerte abrazo en el que le susurró al oído que la princesa no podía ser reconocida.

—Hola, linda —dijo a Alexa.

—Hola. Me ha dicho Felipe que usted hace los mejores helados.

La mujer sonrió satisfecha.

—Tú solo dime un sabor y veremos si piensas lo mismo.

Alexa se volteó hacia él y dijo:

—Sorpréndeme. Elige tú el sabor.

—¿Estás segura?

La chica asintió.

—Dos del diecisiete —indicó él a su madre.

La mujer soltó una risa por lo bajo.

—Tengo un reservado libre. Pueden ir a sentarse allá. No es el más bonito, pero funcionará.

Felipe indicó a la chica dónde estaban los reservados y fueron hacia ahí.

—¿De qué sabor es el diecisiete?

—Ya lo verás. Antes cuéntame exactamente qué es lo que planeas para Isabel.

—Salir de fiesta. Una noche normal para una adolescente normal. Que baile, que ría, incluso que coquettee con algún chico.

—¿Era eso lo que hacías aquella noche?

—Sí.

—¿Podré volver a ver a Alexa Sullivan?

La chica suspiró profundo, Felipe se preguntó qué estaría pasando por la cabeza de ella en ese mismo instante.

—Quizá, pero tienes prohibido acercarte demasiado a ella.

—Tengo prohibido acercarme a la princesa Elizabeth de Alessia, no obstante, no pienso dejar escapar a su *alter ego*. Si la sacas a pasear, corres con el riesgo de que yo quiera reclamar lo que quedó pendiente.

Antes de que Alexa pudiera dar una respuesta, Leonor apareció con dos copas gigantes de helado. La chica abrió los ojos como platos al ver lo que parecía más una obra de arte que un postre.

—Toma, muchacha —dijo Leonor sirviendo frente a ella la copa—. Es el favorito de Felipe, se llama Beso frente al mar, es el número diecisiete del menú. Es de vainilla, pero tiene coco. Además de todas estas frutas.

Alexa observó que llevaba fresa, kiwi y piña en el fondo de la copa.

—¿Por qué Beso frente al mar?

Leonor sonrió. Tenemos una leyenda. Se dice que, si se viene en pareja y se pide este helado, te dan ganas de ir a dar un paseo por el malecón... y pues ya te imaginarás el resto.

Alexa se sonrojó y evadió los ojos verdes de Felipe. Dios bendito, de donde venía las leyendas eran como una religión. El vaquero solitario, el lobo de luna llena, la novia de primavera... Su padre le había contado esas leyendas desde muy pequeña y ella se las había creído todas. Esperaba que la del jodido helado fuera una total mentira. Felipe había elegido ese helado con toda la intención.

Tomó la pequeña cuchara que había en el plato junto a la copa y la hundió en la bola de helado. Muy despacio llevó el dulce a su paladar. Cerró los ojos mientras se concentraba en la explosión de sabor. El helado era cremoso, el sabor del coco estaba en una medida exacta para que se pudiera evocar al mar cuando se degustaba.

—Está delicioso.

Abrió los ojos y se encontró con Felipe mirándole los labios.

—Por eso es mi preferido —balbuceó el hombre.

—Me alegra que le guste —dijo Leonor.

—Háblame de tú —pidió Alexa, poniendo su mano sobre la de la mujer.

Leonor asintió, luego se alejó para dejarlos a solas.

El helado de Felipe ya estaba un poco derretido para cuando pudo hacer funcionar su cerebro y recordar cómo se comía. Esa mujer le robaba el aliento y lo hacía sentir cosas que jamás había sentido con nadie más. Estaba seguro de que le había dado taquicardia cuando la vio llevar el helado a sus labios, cerrar los ojos y gemir de placer.

—Ahora sí —avisó Felipe cuando vio que ella dio el último bocado al helado—, es hora de ir a pasear por el malecón.

—Estás de broma, ¿no?

—Por supuesto que no.

La tomó de las manos y la obligó a ponerse de pie.

—Felipe, si doy un paso, estallo.

—Pues si no lo das mi madre va a pensar que su helado ha perdido el poder del beso.

—Dijiste pasear, no besar.

—Una cosa lleva a la otra, *princesa*.

Alexa puso los ojos en blanco. A regañadientes lo siguió. La calle que daba al malecón estaba a dos cuadras. Felipe iba contándole sobre las diferentes tiendas de la calle y el restaurante de comida española de la esquina.

Cuando estuvieron a punto de llegar, Alexa olvidó la sensación de llenura y cruzó la calle hasta el malecón casi corriendo. La brisa del mar sacudió su bufanda cubriéndole el rostro por completo. Felipe se acercó hasta ella y le retiró la prenda junto con las gafas. Se quedaron mirando fijamente por unos segundos, hasta que ella rompió el contacto.

El sol estaba a punto de rozar el horizonte. Ella suspiró ante la escena. Varias parejas caminaban de la mano, los niños jugaban en bicicleta y los jóvenes posaban frente a la cámara de sus móviles intentando capturar la belleza del lugar.

—Es impresionante. ¿Sabes?, el palacio es un lugar repleto de lujos y aún así no puede competir con esto. Lo mejor del palacio es asomarse por el balcón y ver la luna llena reflejándose en el mar. O las cataratas. No tiene nada que ver con la opulencia.

—La belleza nunca tiene que ver con ello.

—He sido una estúpida. Ojalá te hubiera escuchado cuando me decías que saliera a pasear contigo para conocer más del lugar...

—Todavía hay tiempo.

Ella suspiró con resignación.

—No el suficiente. En menos de dos semanas voy a...

Felipe actuó por impulso. Sabía lo que ella iba a decir y no quería recordarlo, menos en ese momento.

La calló posando sus labios sobre los de ella. Primero el contacto fue suave, entonces Alexa no se alejó y decidió reclamar sus labios. La tomó por

la cintura, acercó tanto sus cuerpos que ni siquiera la brisa podía colarse entre ellos. Ella envolvió su cuello con sus manos y hundió sus dedos en el cabello de él, haciendo que el beso se tornara más intenso.

Felipe disfrutó del sabor de sus labios, de su aroma a flores en primavera y de la suavidad de su piel contra la suya. A su alrededor todo se silenció, solo existían ellos dos.

Alexa sintió como si el suelo se estuviera tambaleando bajo sus pies. Lo abrazó con más fuerza y guardó en su memoria cada sensación. Se llevaría consigo ese recuerdo. Sabía que cuando volviera a su vida le sería muy difícil olvidar a Felipe. Se apartó despacio.

Apoyó la frente sobre el pecho de él. Felipe acarició su espalda mientras hundía la nariz en su cabello.

—Ay, *princesa*...

—Shhh. No digas nada, solo disfrutemos del momento.

Permanecieron abrazados en silencio hasta que el sol desapareció, entonces volvieron a la heladería para despedirse de Leonor.

Cuando llegaron al palacio ya era de noche. Alexa recogió las bolsas con las pelucas y la ropa nueva, luego le sonrió y dijo:

—Gracias.

—A ti.

—Buenas noches.

Él abrió el compartimento del auto y sacó algo antes de despedirse.

—Toma.

Alexa tomó la bolsa de papel que él le ofrecía.

—¿Qué es?

—Una sorpresa. Ábrela cuando estés a solas. Buenas noches.

Alexa se quedó plantada en el suelo mirándolo desaparecer.

—Hola, su alteza real —dijo una voz tras Alexa.

El buen humor que tenía se esfumó.

—Hola, marquesa.

—Vaya, ¿no es un poco tarde para estar afuera de casa con un hombre que no es su prometido?

Alexa caminó hasta ponerse frente a ella y contestó:

—Me parece raro su comentario, tomando en cuenta que usted no está en la suya y se pasa el día entero visitando al prometido de otra... ¿No le parece?

Alexa se despertó tarde al día siguiente. Sentía la cabeza palparle y tenía el rostro hinchado. No había podido dormir casi nada, pues cuando llegó a su habitación y abrió la bolsa de papel que Felipe le había dado, se había encontrado con su último libro.

Al ver el seudónimo se había sorprendido. Conocía su trabajo, ya había leído dos libros de él. Ese en especial no, porque los últimos meses apenas y había tenido tiempo para nada; a pesar de ello, estaba segura de tenerlo en su lista de deseos de Amazon.

Ni siquiera había sacado tiempo para cambiarse de ropa. Fue abrir el libro y de inmediato perderse entre las páginas escritas por ese hombre de ojos verdes que la inquietaba tanto. No se detuvo hasta que no llegó a la última página en donde encontró un mensaje.

«Gracias por creer en mi trabajo, princesa.»

Sonrió al descubrirlo. Felipe se había asegurado de que ella solo pudiera verlo si terminaba de leer el libro por completo. Antes de irse a dormir, había contemplado los primeros rayos de sol colarse por el balcón y le había enviado un mensaje de texto:

«Gracias a ti por obsequiarme tu trabajo. Estuvo genial, Doyle Larson.»

Luego se acostó a dormir. Sin desmaquillarse ni cobijarse, vencida por el cansancio de la tarde anterior y la noche en vela. Recordando un beso frente al mar y abrazando con fuerza la almohada al sentir el perfume de Felipe impregnado en su ropa.

Horas después su sueño había sido interrumpido por la señora Rogers que había puesto el grito en el cielo al ver el estado en el que se encontraba. Al final había tenido que levantarse a regañadientes para prepararse para un almuerzo en casa de uno de los amigos de William.

Apenas y había tenido oportunidad de hablar con Isabel, pero cuando lo hizo, los ojos de la chica brillaron como dos estrellas resplandecientes en mitad de un cielo oscuro. Estaba tan ansiosa y contenta que no podía disimularlo.

Esperar todas las horas que restaban iban a resultar toda una tortura para

la joven princesa. Sin embargo, no tenía más opción que ser paciente. Había tenido suerte de que justo esa noche Alexa estuviera completamente libre y podían salir sin riesgo de ser descubiertas.

Tuvieron que esperar a que el palacio quedara en total silencio. Luego Isabel había ido hasta la habitación de Alexa y ahí se habían maquillado y colocado las pelucas. La ropa tuvo que esperar hasta más tarde, ya que debían llegar hasta la colindancia de la propiedad de los Christoph a caballo. Allí las esperaba Felipe.

Habían ido hasta las caballerizas con el corazón a mil. Afortunadamente, el lugar se encontraba lejos del puesto de los guardas de seguridad y Felipe había averiguado la hora en que hacían las rondas nocturnas para que ellas no tuvieran riesgo de encontrarse con ellos.

Alexa había preparado los caballos con menos dificultad de la que le había tomado ponerse la bendita peluca. Isabel se había quedado muy sorprendida al ver cómo la otra chica hacía todo con la misma naturalidad que los mozos de cuadra.

Salieron de allí a pie, conduciendo en silencio y muy despacio a los caballos hasta alejarse lo suficiente como para poder montarlos sin que el ruido alertara a nadie. Isabel no era muy amante de montar, sin embargo, con tal de conocer la libertad no le había importado en absoluto. Necesitaron media hora para llegar hasta el punto en donde Felipe las estaba esperando.

Las propiedades estaban separadas por un muro alto. Cuando llegaron, Felipe estaba sentado en él.

Alexa se quedó estudiándolo con atención.

—¿Cómo se supone que vamos a cruzar hasta el otro lado? —preguntó.

Felipe agitó una cuerda que ella no había visto antes.

—Espero que sean buenas escalando.

Por supuesto, no eran buenas en absoluto. Les había costado uno que otro raspón y unas cuantas palabrotas que incluso Isabel se había permitido utilizar como toda una chica normal que no tenía que seguir ningún jodido protocolo.

Del otro lado tuvieron que caminar unos diez minutos hasta llegar al auto. Felipe se puso al volante mientras ellas se metían en la parte de atrás y recuperaban el aliento.

—Aún están a tiempo de arrepentirse —argumentó Felipe al encender el motor.

Isabel y Alexa se miraron con complicidad.

—¿Después de todo el trabajo que nos ha llevado llegar hasta aquí?

—dijo Isabel—. ¡Mmm, no!

Alexa colocó su mano sobre la de ella como muestra de apoyo.

—Esta noche va a ser una pasada —advirtió la falsa princesa.

Felipe sonrió cuando sus miradas se cruzaron en el retrovisor. La chica no se veía como el día en que la había conocido, ya que iba muy maquillada; pero a pesar de eso, se parecía más a esa desconocida del bar que a la princesa de Alessia, por lo que él estaba encantado de la vida.

—¿Quieren presentarse, chicas?

Isabel se adelantó en el asiento y extendió la mano hacia él.

—Yo soy Megan Galawey y vengo de la ciudad.

Alexa soltó un silbido entre risas al ver cómo la chica se tomaba el papel en serio. De la adolescente callada y tímida no quedaba nada en absoluto.

—Y yo soy Alexa Sullivan.

Felipe la miró con complicidad a través del retrovisor.

—Tanto tiempo, Alexa —susurró él.

La mujer suspiró sin apartar la mirada del retrovisor. Isabel fue muy consciente de que había algo ahí que Alexa no le había contado, pero se hizo la que no se daba cuenta. Cuando se encerraba en su habitación y se sentaba cerca del balcón podía ver a los demás sin que ellos supieran que lo hacía.

En más de una ocasión había atrapado a Alexa y Felipe discutiendo de forma sospechosa. Le intrigaba mucho saber qué pasaba entre ellos, no obstante, jamás los había visto en una escena comprometedor. Y aunque fuera así no podía culpar a la mujer. Su primo era todo lo que su hermano jamás sería.

William no merecía a su prometida. A veces ella parecía tan viva que Isabel se preguntaba cómo era que una mujer con ese fuego en la sangre podía soportar al príncipe y dejarse atar a él para el resto de la vida. Ella era toda una incógnita.

Las dos mujeres hicieron una mueca cuando vieron el lugar frente al cual se estaba aparcando Felipe.

—¿Qué se supone que es esto? —preguntó Alexa sin poder contenerse.

—Me dijiste que buscara un lugar donde Isabel pudiera sentirse como alguien normal. Este es el bar más antiguo del pueblo. No perteneces aquí si nunca pones un pie en él. No es tan malo como parece.

Alexa frunció el ceño. El lugar parecía justo uno que no se debía pisar ni por error, si es que te importaba tu vida. Afuera había un montón de motos pandilleras y jóvenes con cigarros entre los labios y botellas de cerveza en la

mano.

—Se ve genial —comentó Isabel con la voz teñida de ansiedad.

—Compórtate justo como nunca te comportas —recomendó Alexa a Isabel—. Dios mío, si esta gente se da cuenta que eres una princesa...

—Tú también lo eres.

—Sí, claro... Lo que pasa es que yo no soy su princesa, no me conocen tanto...

—Bueno, vamos —anunció Felipe—. Todo va a salir genial y nadie va a terminar en la cárcel... Espero.

Alexa lo fulminó con la mirada.

Cuando se bajaron del auto todos los ojos fueron puestos sobre las chicas. A Alexa se le dificultó tragar. Felipe le había conseguido una microminifalda, sabía que lo había hecho con toda la intención, ya que la de Isabel era bastante más recatada.

Apenas se escuchó el primer silbido, Felipe se puso en medio de ambas, entrelazando su mano con la de Alexa y abrazando a Isabel.

—Hombre, deja algo para los demás —gritó alguien.

Isabel soltó una risita por el comentario. Cuando cruzó la puerta del bar el corazón se le detuvo. A todo volumen sonaba *Confident* de Demi Lovato. El lugar estaba lleno de humo por todas partes. Olía a cerveza, tabaco y comida rápida. Luces de colores giraban desde el techo.

Una ola de adrenalina subió desde su estómago a su garganta. Las piernas comenzaron a temblarle. Por primera vez en su vida era libre. Por un momento sintió que se le empañaban los ojos, entonces Felipe se inclinó para indicarle hacia dónde ir.

Caminaron hacia una mesa que había en la parte más oscura del local.

—Está reservada para nosotros —las informó—. Suele llenarse mucho el fin de semana.

Alexa estaba estudiando a las personas allí dentro. Había todo tipo de gente. De todas las edades y de todas las clases sociales. Felipe les preguntó casi gritando qué querían de tomar.

—Una Coca-Cola —contestó Isabel.

La otra chica la miró con una mueca de extrañeza.

—Olvida la Coca-Cola —dijo Alexa a Felipe—. Trae cervezas, preferiblemente locales.

—¿Cervezas? —preguntó Isabel, sorprendida.

—Sí, señorita. No te vas a emborrachar por eso. La segunda ronda será

de Coca-Cola.

La chica asintió. Tenía el corazón a mil. Felipe regresó unos minutos después con tres cervezas. Alexa cató la bebida como si fuera un vino de cien años.

—¡Ey, me gusta! —anunció.

Isabel hizo lo propio, solo que a diferencia de la otra mujer, arrugó la cara. Dios santo, qué clase de pócima era esa. Estaba amarga como la hiel y ácida como un limón.

—Creo que prefiero las gaseosas —decidió la joven princesa.

Felipe y Alexa soltaron una carcajada al ver las muecas de ella, luego los tres brindaron con sus respectivas botellas.

—¡Por la libertad! —gritaron al unísono.

En el bar comenzó a sonar música más movida. Alexa no tenía ni idea de qué ritmo era o en qué idioma estaban cantando, pero se puso de pie y tomó a sus dos compañeros de las manos.

—Vamos a bailar.

No dejó que dijeran ni una sílaba. Los obligó a levantarse del asiento y los llevó al centro del lugar, donde un puñado de gente contoneaba las caderas.

Alexa se soltó siguiendo el ritmo. Felipe soltó una risotada al ver cómo la chica quebraba su cuerpo de un lado a otro. Isabel no tenía ni idea de cómo bailar eso. Al principio apenas y se movía, parecía un robot. Uno al que hacía falta echarle aceite, encima de todo.

Alexa negó con la cabeza, se inclinó hacia ella y dijo:

—Mira, solo imagina que eres una cucaracha a la que le acaban de rociar veneno.

La cara de Isabel era un poema.

—¡Qué demonios! —exclamó Felipe ante el consejo, estaba seguro de que Isabel ni siquiera conocía una cucaracha. Se inclinó hacia la adolescente—. Piensa que estás flotando sobre el mar y las olas te mueven al compás de la música. Presta atención al ritmo, deja que tus caderas lo sigan. Derecha, izquierda.

Isabel cerró los ojos e hizo lo que Felipe le había dicho. Al principio solo era izquierda—derecha, luego puso una mano en alto, echó la cabeza hacia atrás y no escuchó otra cosa que la música. Sintió en el vello de sus brazos el retumbar de las ondas de sonido altas y fuertes. Cuando abrió los ojos sintió como si hubiese bailado toda su vida. Frente a ella vio a otras chicas jóvenes, comenzó a imitar sus movimientos.

Alexa se quedó boquiabierta cuando la vio bajar hasta el suelo y levantarse haciendo un movimiento de trasero un tanto provocador. Volvió a acercarse a ella.

—¡Ey, imagina que te rociaron menos veneno! ¿De acuerdo?

Felipe se partió de la risa. Estaba a punto de decir algo cuando alguien le

tocó el hombro.

Se quedó de piedra cuando se giró y vio a Julien, el mozo de cuadra. El joven lo saludó estrechándole la mano.

—No te había visto —dijo el chico—. Parece que la estás pasando muy bien.

—Sí. Normal.

—Te veo bien acompañado.

—Ajá. Vine con mi novia y una amiga.

El joven asintió. Felipe se quedó clavado en el suelo. No sabía qué hacer, hasta que Alexa se coló entre él y Julien.

—Hola, soy Alexa —dijo—. Ella es mi amiga Megan.

Isabel levantó la mano para saludar más por inercia que por otra cosa.

—Mucho gusto. Soy Julien. Trabajo con Felipe en el palacio.

—Oh, qué bien. Acompáñanos a bailar.

El joven dudó por un momento, luego se unió a ellos.

—¿Estás loca? —dijo Isabel al oído de Alexa.

—Actúa normal, como si no estuvieras escondiendo que eres una princesa. No va a reconocernos. A menos que los nervios te delaten.

Comenzaron bailando en una especie de círculo, sin embargo, conforme más tiempo pasaba, se dividieron en dos parejas.

—¿Te gusta vivir al límite? —dijo Felipe al oído de Alexa mientras unía sus caderas a las de ella.

—El que nada debe, nada teme.

—Solo que tú sí debes.

—Pero Julien no tiene porqué saberlo. Actúa como inocente y serás inocente.

—Empiezas a darme un poco de miedo —bromeó él.

Ella se colgó de su cuello con una expresión juguetona.

—Deberías de tenerlo.

—Parece que la chica se está divirtiendo.

—Te dije que sería una buena idea.

Bailaron dos canciones más, luego decidieron que querían descansar un poco. Estaba claro que ya no eran unos adolescentes y no tenían el aguante de los otros.

Alexa contempló a Isabel y Julien hablándose al oído e intercambiando risitas mientras Felipe iba por algo de tomar.

—Ahora sí, *Alexa*, cuéntame de ti —dijo Felipe sonriendo cuando se

sentó frente a ella y le ofreció la bebida.

Alexa sintió un escalofrío recorrerle toda la espalda con el solo hecho de escuchar su nombre en la voz de él. Tomó aire, luego contestó.

Por primera vez no tuvo que mentir. Le dijo que provenía de un pueblo de Montana. Que era toda una vaquera y que trabajaba en el rancho de su familia encargándose casi al completo de los caballos, que sus padres eran terapeutas y que el centro de rehabilitación ecuestre era el legado familiar que tanto amaban.

Felipe se vio tan envuelto por la historia que ella le contó que ni siquiera se dio cuenta de todas las preguntas que le estaba haciendo sobre el centro y el rancho. La pasión que escuchaba en su voz y veía en su rostro al hablar lo habían cautivado por completo y lo habían hecho olvidar que Alexa Sullivan solo era la otra personalidad que usaba la princesa Elizabeth.

—Vaya. Me gustaría conocer el rancho Sullivan —contestó cuando ella terminó de contarle sobre el lugar.

—Te encantaría.

—Solo hay una cosa que no me agrada.

Alexa frunció el entrecejo.

—¿Qué?

—Que Alexa vive demasiado lejos...

Ella desvió la mirada. Isabel y Julien ya no estaban bailando.

—Sí. Es probable que esta sea la última vez que veas a Alexa.

—Entonces hagamos que sea memorable.

Él se acercó para besarla, Alexa se apartó.

—Felipe, Isabel podría vernos. Sabes que esto es una locura...

—Isabel está demasiado ocupada disfrutando de su libertad.

Eso era cierto. La adolescente estaba sentada en la barra del bar charlando a carcajadas con Julien y el barman como si eso fuera algo de lo más común en su vida.

Felipe colocó su mano en un lado del rostro de Alexa y paseó el dedo pulgar por sus labios.

—¿Qué me has hecho, Alexa Sullivan? No consigo sacarte de mi cabeza.

Ella sintió que se le encogía el corazón. Por un momento se permitió pensar que todo lo que estaba sucediendo era real. Que Felipe sabía la verdad, que era consciente de que Alexa no era su *alter ego* si no alguien que en verdad existía. Alguien que podía caer en sus brazos sin temor a las consecuencias.

Sin embargo, sabía que todo era una fantasía. Aunque su nombre real en los labios de él sonaba malditamente bien, era consciente de que para él no era más que un personaje producto de su imaginación. Resultaba irónico que cuando por fin mostraba su verdadero yo, él pensara que fingía.

Alejó esos pensamientos inquietantes uniendo sus labios en un beso. Qué más daba. Ya había metido la pata hasta el fondo, lo mejor que podía hacer era disfrutar mientras pudiera.

Felipe puso su otra mano en la parte baja de la cintura de la chica, mientras inhalaba su aroma y tomaba su boca como si se le fuera la vida en ello.

Él se separó solo para susurrar en su oído.

—No tienes ni idea de lo que siento cuando te veo caminar del brazo de William o cuando alguien menciona sobre la boda.

—Felipe...

Él hundió la nariz en su cuello y luego lo besó despacio, casi como si fuera un acto de devoción. Alexa se estremeció en sus brazos.

—Esa no eres tú —continuó—. Nunca podrás ser feliz a su lado. William apagará la chispa que hay en ti. —Se puso a la altura de sus ojos y la miró fijamente—. A veces me dan ganas de darle un puñetazo y tomarte en brazos para llevarte lo más lejos posible.

—No hablemos de él, por favor...

—No te cases.

—Debo hacerlo...

—No puedo asegurarte ser el mejor hombre para ti, ni siquiera tengo idea de cómo podríamos tener una relación... Pero estoy seguro de que no vas a ser feliz con William.

—Felipe, yo no puedo...

—No te cases —repitió.

En sus ojos había súplica y también esperanza. Alexa se vio sobrepasada por todo lo que estaba sintiendo en ese momento. Deseaba refugiarse en sus brazos y jamás volver al palacio.

—Tengo que confesarte algo —soltó sin reparo—. Yo no soy la p...

Las palabras de la chica fueron ahogadas por el grito de un juramento y el sonido de cristales rompiéndose. La pareja se sobresaltó ante el ruido y se giraron hacia el lugar desde donde provenía el alboroto.

Un grupo de hombres parecía estar enfrentándose justo en la barra del bar. Pronto se escucharon gritos de mujeres, silbidos y sillas cayendo al suelo.

Alexa se separó de Felipe cuando fue consciente de que estaba presenciando una pelea de borrachos en un bar de mala muerte. Se puso de pie y buscó a Isabel entre el gentío sin ser capaz de encontrarla.

—La princesa —chilló a Felipe.

—Quédate aquí, iré por ella.

Felipe se metió entre el tumulto. Fue lo último que Alexa vio, pues de pronto saltaron unas chispas en el techo y el lugar quedó en completa oscuridad. A Alexa el corazón se le quería salir del pecho. Lo único que podía escuchar era gritos, el ruido de objetos rompiéndose y juramentos. Se maldijo por no recordar si el lugar tenía una salida de emergencia, a pesar de que temía que no era así.

No sabía si buscar la salida o quedarse donde estaba. Al final cuando comenzó a sentir personas corriendo a su lado como locos decidió que era mejor quedarse adentro. Ni de broma pensaba morir asfixiada por una masa de gente.

De pronto sonó un balazo. Después otro y finalmente un tercero. Con el último el alboroto se calmó. Apenas y se escuchaban un montón de respiraciones agitadas.

Las luces parpadearon por un segundo, luego se volvieron a encender. El lugar estaba hecho un desastre. Había un puñado de hombres y mujeres en una especie de torre humana sobre el suelo.

Alexa soltó una maldición cuando vio a Felipe aplastado por un hombre de al menos ciento veinte kilos. Esperaba que Isabel no estuviera allí.

En la barra, un hombre diminuto con una escopeta en las manos comenzó a regañar a todos y poner orden en el lugar. Alexa corrió hasta Felipe y lo ayudó a levantarse.

—¿Dónde está Isa... Megan?

Felipe sacudió la cabeza, intentando acomodar sus ideas.

—Guapa, ni siquiera sé dónde estoy yo...

Alexa puso los ojos en blanco. Miró hacia todas partes con desesperación, al no encontrarla decidió ir afuera. Felipe la siguió aun confundido por el golpe que le habían dado en la cabeza.

La chica miró a la princesa justo sobre el capó del auto de Felipe, estuvo a punto de echarse a llorar del alivio.

—Dios mío, qué susto me has dado —dijo abrazándola y revisando que estuviera en perfectas condiciones.

—Julien me sacó apenas empezó la pelea.

—Gracias —dijo Alexa al chico.

—¡Felipe! —aulló Isabel cuando lo vio con la camiseta cubierta de sangre—. ¿Qué te ha pasado?

Alexa se giró hacia él para ver a que se debía la reacción de la princesa. Un hilo de sangre le bajaba desde la sien hasta el cuello.

—Será mejor que vayamos a mi apartamento —sugirió Julien.

Alexa rebuscó en los bolsillos del pantalón de Felipe hasta encontrar las llaves, se las dio al muchacho y fueron al apartamento del chico. Alexa se encargó de curarle la herida. Al final no resultó tan aparatosa como se veía. Solo era un pequeño corte.

El ama de llaves llevó a Felipe hasta el salón donde las visitas del rey esperaban para ser atendidas. Abrió la puerta de la habitación, le indicó que pasara adelante y se retiró en silencio. Felipe le agradeció. Una vez dentro se encontró con la marquesa Sofia que ni siquiera intentó disimular la sorpresa al verlo ahí.

La saludó con educación. Puede que la mujer no le agradara, pero su madre había educado a un caballero. En lugar de tomar asiento, fue hacia el gran ventanal y miró las vistas.

—Eres un hombre inteligente —masculló la mujer.

Felipe se giró para mirarla sin comprender a qué se debía el comentario.

—No entiendo de qué me hablas.

Ella se puso de pie y fue hasta donde estaba él.

—Conozco a la gente como tú.

—Pensé que no te rebajabas a relacionarte con los de mi mundillo.

La marquesa resopló molesta.

—Por supuesto que no. Sin embargo, sé cómo son los de tu calaña.

—No tengo idea de a qué se refiere y, la verdad, no me interesa.

—Te has ido metiendo en el palacio poco a poco. Me pregunto cuál será tu próximo paso... ¿Acostarte con la prometida del príncipe?

Felipe se puso tenso al escuchar el tono y la forma en que la mujer se refería a la princesa Elizabeth.

—No pienso permitir que hable así de mí, mucho menos de la princesa Elizabeth.

—Vaya, vaya, si hasta la defiendes. —Asintió para sí misma—. He visto cómo los miras. No sabes disimular tu molestia cuando ella y William están juntos.

—No me digas, mira que yo he notado eso mismo en ti. Le tienes envidia a la princesa.

Sofia perdió la sonrisa insolente que tenía dibujada en el rostro. El ataque de él la había tomado por sorpresa.

—Eres un insolente.

—Y tú una víbora.

—No pienso permitir que me hables como lo estás haciendo. William se va a enterar de tu ofensa.

—¿En serio? Dile que lo espero cuando guste. No soy un hombre al que le simpaticen las amenazas, ni tampoco un cobarde. Si quieres puedes mandarme al príncipe y hasta al perro de la casa, no me intimidan.

La puerta se abrió de pronto. El rey entró con una gran sonrisa en la cara. Apenas y saludó a la mujer, en cambio con Felipe se comportó como si fuera alguien tan importante como él.

Antes de que se fueran hacia la oficina, Felipe se despidió de la marquesa con una sonrisa insolente que dejaba bien claro que le importaba muy poco.

—Estimado señor Christoph, espero que se encuentre a gusto trabajando bajo las órdenes de la princesa Elizabeth. Me encantaría poder ofrecerle algo mejor que un empleo de chofer...

—No se preocupe. Estoy muy bien ahí. El salario es bueno.

—Me alegra escuchar eso. ¿Desea algo de tomar?

Felipe negó. Se había presentado ahí porque el hombre había mandado a llamarlo. Mientras se dirigía al lugar, pensó que se había tardado, sabía bien cuál era el motivo de la reunión.

—¿Puedo llamarte Felipe?

El joven estuvo a punto de soltar una carcajada. El rey era un verdadero manipulador. Sabía cómo ganarse a la gente.

—Claro, su majestad.

—Oh, llámame por mi nombre también. Soy tu tío abuelo, por el amor de Dios.

—De acuerdo, tío.

El rey perdió el semblante alegre por un segundo.

—Bueno. Vamos al meollo de este asunto. Te he hecho presentarte aquí porque creo que ha pasado el tiempo suficiente para que me digas qué han decidido tú y tu familia sobre los terrenos.

—Como comprenderás, es un tema delicado que merece pensarse a fondo. Tenemos opiniones divididas, por lo que está resultando complicado tomar una decisión que nos deje contentos a todos.

Felipe no pensaba irse del palacio hasta que la princesa no renunciara a casarse con William. Desde la escapada al bar, tres noches atrás, había decidido que iba a luchar por ella hasta el final.

Ella le había dejado claro que cancelar el matrimonio era imposible y le había contado a detalle sobre la presión de su padre y el reino de Alessia, pero él no podía entender nada. Lo único que tenía claro es que esa mujer se le había metido en lo más profundo del pecho y no podía dejar que echara a perder su vida al lado de ese idiota del príncipe.

—Quizá si hablo en persona con tus padres.

—No creo que sea oportuno. Mi padre guarda cierto resentimiento hacia la realeza. No puede olvidar que su padre murió como un pordiosero en las calles del pueblo.

El rey desvió la mirada.

—De acuerdo, no hay prisa —cambió la conversación—. Sé que esas tierras están muy seguras en las manos de unos Christoph. Pueden tomarse más tiempo para pensarlo. Además, les voy a dar una nueva razón para que lo analicen mejor.

—Soy todo oídos.

—Doblo la oferta. Estoy dispuesto a pagar más por esas tierras.

El hombre tomó un papel y una pluma, escribió algo en él, luego se lo tendió a Felipe. Este miró la cifra que estaba ahí escrita. Se quedó estupefacto. Por esa cantidad su padre podía hacer a un lado el orgullo. Se garantizaría una vida muy cómoda junto a su madre sin tener que volver a preocuparse por el dinero jamás.

—Hablaré con mis padres. Les comentaré tu nueva oferta.

—¿Cuándo crees que tengas una respuesta?

—No lo sé. En cuanto la tenga, te lo haré saber. Es una suma interesante.

Felipe silbó entre dientes cuando salió de la oficina, casi podía sentir el trozo de papel quemándole en el bolsillo del pantalón. Estaba ansioso por saber qué haría Edward cuando viera la nueva oferta. ¿Sería suficiente? Tenía algunas dudas.

Caminó unos cuantos metros, hasta llegar a un cruce de pasillos. Miró de derecha a izquierda, confundido. Ambas direcciones eran idénticas. No tenía ni idea de hacia dónde ir. Se encogió de hombros y giró hacia la derecha. Todas las puertas parecían iguales.

Decidió que su única opción era abrirlas una a una hasta encontrar la correcta que diera al salón principal, desde ahí sí sabía como salir. Al primer intento se dio cuenta que estaba del lado equivocado del palacio, pues era obvio que esa era una de las habitaciones principales.

A pesar de que era inmensa e imponente, no fue eso lo que lo dejó

congelado con la mano inmóvil sobre el pestillo, sino los ruidos que provenían desde dentro. La cama estaba desierta, a pesar de que era obvio que había alguien teniendo sexo en esa habitación. Escuchó los jadeos masculinos y los gemidos de una mujer.

Era William. El corazón dejó de latirle cuando por un breve instante creyó que la mujer que escuchaba era la princesa. Aguzó el oído y entonces se dio cuenta de que no era ella. Sintió alivio, aunque por otra parte, deseaba entrar y sacar a golpes a William.

—Sofía, eres una caja llena de sorpresas.

Las palabras del príncipe le dieron arcadas. Cerró con un portazo para que la pareja se diera cuenta de que alguien los había escuchado y luego se fue por el pasillo que se desviaba a la izquierda. Al tercer intento encontró la puerta del salón. Salió del palacio con la sangre hirviéndole.

Justo cuando se dirigía al auto, se encontró con las princesas.

—Felipe —llamó Isabel—, ¿nos acompañas a practicar tiro al blanco? Dice Elizabeth que nunca lo ha hecho. ¿Puedes creerlo?

Miró a la princesa Elizabeth. Sintió una patada en el estómago cuando la vio sonreírle y encogerse de hombros. El viento agitó su cabello, despeinando varios mechones. Era tan hermosa que le resultaba incomprensible entender qué demonios hacía William.

No podía dejar que ella se casara con él. Si tenía que secuestrarla el mismo día de la boda lo haría, no le importaban las consecuencias. Sobre su cadáver iba a dejar que William la destruyera.

Compuso su mejor sonrisa para las princesas y preguntó:

—¿Acaso no practican el tiro al blanco en Alessia?

—Lo mío es la equitación —contestó Alexa.

—¿Qué tal eres tú, Isabel?

La adolescente arrugó la cara.

—Creo que jamás le he dado a la diana. Soy la decepción de la familia.

—Es porque no has tenido un buen maestro. Pero ya verás que cuando yo te enseñe lo harás mejor que todos en este palacio.

—¡Genial!

Los tres caminaron hacia el campo en el que William solía practicar el deporte. Felipe les explicó la importancia de conocer la dirección e intensidad del viento, qué postura debían tomar frente a la diana, cómo colocar la flecha y de qué forma tomar el arco.

La primera en intentarlo fue Isabel. Felipe se colocó tras ella, como si

fuera a abrazarla por la espalda, puso sus manos sobre las de la joven y las situó en la posición correcta. Le pidió que buscara el ángulo más oportuno según el viento.

Isabel suspiró nerviosa. Estrechó los ojos mirando con atención el objetivo, carraspeó y finalmente lanzó la flecha.

—Uff —exclamó Felipe.

—¡Maldita sea!

Alexa soltó una carcajada. La flecha ni siquiera había dado a la diana.

—Inténtalo otra vez —sugirió Felipe.

Isabel volvió a hacerlo, esta vez tuvo más suerte. Lanzó un grito de victoria como si le hubiera dado al centro.

—Ves, ya estás mejorando —dijo Felipe.

—Elizabeth, inténtalo tú —pidió Isabel.

Alexa tomó el arco y la flecha. Al igual que con Isabel, Felipe se colocó tras ella y guio sus manos a la posición correcta. Justo cuando estaban así William apareció.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Elizabeth?

Isabel puso los ojos en blanco. Elizabeth perdió la postura y bajó el arco.

—Estoy aprendiendo a tirar al arco.

William miró la diana y la flecha que había en ella, casi al borde. Se burló, pensando que era un tiro de su prometida.

—¿Quieres saber como se tira? —preguntó con prepotencia.

—William, no hace falta que...

—Dame eso.

Le arrebató el arco de las manos, se aseguró de que la flecha estuviera bien y se puso en posición.

Mientras tanto, Felipe no podía ni controlar su respiración. Tuvo que obligarse a no tomar a su primo por el cuello y darle un puñetazo en la cara. Deseaba con todas sus fuerzas arrastrarlo por el suelo hasta que suplicara perdón a la princesa.

Alexa miró el espectáculo de macho alfa que hacía William sin ningún interés. No era más que un presumido e insufrible. El hombre tardó casi una eternidad en lanzar la flecha. Aunque deseó que se equivocara, este no lo hizo. La diana estaba temblando por la intensidad del tiro y en el centro estaba la flecha clavada hasta la mitad.

William alzó un puño como señal de victoria.

—Así se hace —le dijo—. Cuando quieras aprender solo dime. No

encontrarás un mejor tirador que yo.

—Gracias, eres tan amable —contestó con sarcasmo.

Al príncipe no le gustó su tono. Empujó el arco contra Felipe para que este lo sujetara, luego fue hasta ella y la tomó del brazo.

—Vamos, necesito hablar contigo.

Alexa ni chistó. Había aprendido que lo mejor era seguirle la corriente, para eso le pagaban, para tenerlo contento. Antes de irse le lanzó una mirada de disculpa a Felipe.

El chofer se quedó mirando la flecha del príncipe con impotencia al tiempo que escuchaba cómo los pasos de ella se alejaban. Tomó una nueva flecha, la colocó con rapidez y casi al instante hizo su tiro.

El silbido de la flecha atravesando el aire hizo que Alexa se detuviera. Justo cuando se giraba escuchó el sonido de madera astillándose. Clavó los ojos en la diana y se quedó boquiabierta al ver que Felipe había puesto su flecha sobre la del príncipe y la había partido por la mitad.

William también fue consciente de lo que había sucedido. El gesto de desprecio que le había dirigido a su primo no había sido ni la mitad de hostil de lo que había sido el de Felipe.

Alexa tomó la caja que le dio la reina con desgana. Era el vestido que usaría el día del ensayo de la boda. Habían estado toda la mañana con la planeadora de bodas y esta les había dado el itinerario.

Abrió la caja, apartó el papel blanco y se encontró con la prenda de color crema que debía usar ese día.

«No», se corrigió. Quien lo usaría sería su verdadera dueña. Para entonces ella habría terminado con su trabajo y estaría volando a su país. Sintió una punzada en el corazón.

—Anda, Elizabeth, mira el vestido.

Lo sacó, lo extendió frente a ella y con ironía sonrió. Era precioso.

—Es mucho más bonito que el de la boda.

—Dios, deja la necedad aunque solo sea por un momento. En ensayo de la boda es una ceremonia mucho más relajada.

—Incluso aunque fuera más feo que el vestido de novia, tendría que ponérmelo, ¿no? Qué más da...

La reina la fulminó con la mirada.

—Ve a probártelo. Quiero ver cómo te queda. Aunque no sea tan importante como el otro, debe verse perfecto.

Alexa no espero más indicaciones, fue hacia el probador que la reina había ordenado poner en el salón y se cambió. La tela era tan suave como la caricia de una pluma.

Se miró en el espejo con cierta admiración. El vestido tenía unos delicados tirantes que enmarcaban un escote bordeado con pequeñísimos cristales, tan diminutos que parecía polvo de hadas. Era de un corte sirena y la espalda estaba casi descubierta por completo.

Debía admitir que el vestido le quedaba perfecto. El diseñador había ido desde Londres hasta Mides solo para tomarle las medidas una semana atrás y ahí estaba el resultado. Si el hombre llegaba a darse cuenta de que le había tomado las medidas a una mujer que no usaría su vestido cuando la prensa tomara las fotos, le daría un infarto.

Salió del probador despacio. La reina estaba de espaldas a ella, cuando

se giró su expresión fue de asombro.

—¡Te ves prodigiosa! —Rodeó a la joven, admirando cada uno de los finos detalles de la prenda—. Ahora ponte los zapatos. Con ese escote en la espalda un recogido alto te quedará perfecto. Dios mío, la prensa va a tener mucho material.

Alexa se sentó en el sofá, cogió la caja de zapatos y se los colocó. Eran del mismo color del vestido y sabía que eran diseñados exclusivamente para ella.

—Son bonitos, sí —afirmó Elena—; pero no tanto como para que opaquen el vestido. Como debe de ser.

La mujer tomó a Alexa de una mano y la llevó hasta un espejo, la colocó frente a él para después coger su cabello y hacerse a la idea de cómo se vería un recogido alto.

—Es definitivo —continuó—. Llevarás un recogido y un maquillaje natural.

Alexa asintió. Unos golpes las interrumpieron.

—Adelante —indicó la reina.

—Su majestad —dijo el ama de llaves—, tiene una llamada telefónica.

—Te dije que estaría ocupada.

La empleada bajó la mirada como si se avergonzara.

—Sí, su majestad, pero es una llamada importante.

—¿Quién llama?

La mujer no contestó, sin embargo, le dirigió una mirada muy significativa. Era obvio que se trataba de algo delicado. La reina suspiró y salió de la habitación sin siquiera disculparse con la princesa.

La señora Rogers se coló en el salón una vez el ama de llaves desapareció detrás de Elena.

—¡Se ve preciosa! —exclamó.

Alexa dio giro.

—Al menos Elizabeth va a verse bonita el día del ensayo.

—Calle, le he dicho que no debe referirse a ella como si no fuera usted —murmuró.

Alexa hizo una mueca.

—¿Escuchaste lo que pasó con la reina?

—Por supuesto que no.

—¡Te conozco, Amanda! No creas que no me he dado cuenta que espías a través de las puertas.

La mujer se puso roja como un tomate.

—No me conoce, ni siquiera sabe mi nombre.

—¡Porque no has querido decírmelo! Dos meses conviviendo juntas y aún no confías en mí.

—Lo hago por precaución.

Alguien volvió a llamar a la puerta. La señora Rogers se llevó el dedo índice a los labios para indicarle a la chica que guardara silencio. Fue hasta la puerta y al abrirla se encontró con Felipe.

—¿Qué se le ofrece, señor Christoph?

—Necesito hablar con la princesa.

—Me temo que este no es ni el momento ni el lugar. Ella se encuentra ocupada con asuntos de la boda.

—Señora Rogers, ¿le han dicho que hoy luce radiante?

La mujer lo fulminó con la mirada.

—Será mejor que se retire. No creo que sea correcto que esté aquí.

—Por favor, déjeme hablar con ella, es urgente.

Alexa estaba justo detrás de la puerta, preguntándose qué tenía que decirle él. No se movió porque la mano que la señora Rogers tenía oculta detrás de la puerta era una obvia señal de alto.

—Ya hablará con ella en otra oportunidad.

—¿Está ahí?

—Señor, por favor no me obligue a cerrarle la puerta en la cara.

—Perdóneme por lo que voy a hacer, pero es una emergencia.

Alexa no supo qué fue lo siguiente que pasó, solo que en cuestión de un parpadeo tuvo a Felipe frente a ella y a la señora Rogers fuera de la habitación aporreando la puerta con fuerza.

Felipe se quedó mudo al verla. El cerebro dejó de funcionarle por al menos un minuto y cuando consiguió hacerlo volver a la vida otra vez no fue muy brillante que digamos.

—Te—te ves... Vaya... Hermosa... Magnífica... Preciosa...

El corazón de Alexa dio un salto olímpico por la emoción. Luego sonó un nuevo golpe en la puerta y cayó en la realidad.

—¿Qué debes decirme?

—Ahí afuera hay un montón de gente descargando mesas, luces y cuanta cosa habida y por haber.

Ella hizo una mueca.

—¿Y?

—¡Pues que es para tu boda!

—Sí, lo sé. La fiesta será en los jardines del palacio.

—No vas a casarte, *princesa*.

Alexa le dio la espalda.

—Felipe, ya hemos hablado de esto.

—Esta vez no lo digo por mí. Bueno, no es la razón principal.

Ella volvió a darle la cara.

—¿De qué hablas?

—William no es un hombre honorable.

Alexa sonrió con amargura.

—¿Acaso crees que no lo sé?

Felipe fue hasta ella, la tomó por los hombros y mirándola fijamente dijo:

—¿También sabes que se acuesta con la marquesa en este mismo palacio?

Alexa se quedó pálida ante la noticia, se zafó de él.

—¿Por qué dices eso?

—Porque yo mismo los descubrí.

Felipe procedió a contarle a la chica lo que había sucedido el día en que se había reunido con el rey. Además agregó las cosas que había visto antes. Remarcó el hecho de que la marquesa visitaba el palacio casi todos los días y que justo cuando no lo hacía era cuando el príncipe pasaba todo el día afuera.

—¿Cómo pretendes que un hombre que ni siquiera te respeta a ti va a respetar a tu reino?

La cabeza de Alexa estaba a punto de estallarle. Estaba tan enojada que sentía como si la traición se la hubieran hecho a ella. Esos dos le estaban viendo la cara y en sus propias narices.

—Detén esto ahora, Elizabeth. No te quieres casar. Ni siquiera sientes nada por él. Tarde o temprano se destapará la verdadera personalidad de William y sabes que al final será él quien salga con la cara limpia y tú tendrás que asumir toda su mierda.

—¡Basta, Felipe! —gritó, desahogando el enojo que sentía con él—. No tienes ni idea de todo lo que estoy pasando y el peso que cargo sobre mis hombros. Piensas que es tan simple como decir que no y ya. ¡No tienes una maldita idea!

—¿Basta? Elizabeth, estoy intentando abrirte los ojos. Te enojas conmigo, mientras a él le sonríes como una hipócrita.

Las palabras de Felipe se le clavaron como puñaladas, sobre todo porque sabía que tenía razón y estaba siendo injusta.

—Debes irte.

—¿No me vas a escuchar?

—Creo que ya escuché lo suficiente.

Él negó con decepción. En sus ojos no solo había rabia, también había dolor.

—Ojalá nunca tengas que arrepentirte de lo que estás haciendo —le dijo mientras se dirigía a la puerta.

Alexa fue hasta él y lo tomó del brazo, obligándolo a mirarla a los ojos.

—Voy a arreglar esto.

—No hay una jodida manera en que puedas hacerlo si no es cancelando la boda.

Alexa lo miró marcharse furioso y dolido. Se sintió tal mal que ni siquiera escuchó todo lo que le estaba diciendo la señora Rogers. Corrió hasta el probador, se quitó el vestido. Después salió, se lo arrojó a la mujer en las manos junto con los zapatos.

—Tengo algo que hacer —anunció.

La señora Rogers había estado escuchando todo lo que había dicho Felipe a la chica, así que no dudó en detenerla. Se atravesó en la puerta.

—¡No voy a permitir que haga ninguna locura!

—Quítate de mi camino si es que aprecias en algo a la princesa.

Alexa estaba tan furiosa que si la mujer no se apartaba, ella misma iba a encargarse de hacerlo.

La señora Rogers fue perdiendo la firmeza de su postura, desvió la mirada y se apartó despacio.

—¿Qué le digo a la reina?

—¡Dígale que puede irse a la mierda junto con su hijo y su maldita boda!

La chica abrió la puerta con fuerza.

Alexa subió las escaleras corriendo, no tenía ni la menor idea de en dónde se encontraba el príncipe, pero fue directo a su habitación. Apenas abrió la puerta el perfume empalagoso de Sofía se coló en sus fosas nasales.

La habitación estaba vacía. Se acercó hasta la pared en la que William tenía todas sus condecoraciones, trofeos y títulos. Observó un arco con detalles en oro colgado justo en el centro de todo. Lo bajó de ahí sin ningún cuidado y luego lo golpeó contra la estructura de la cama que sostenía el dosel.

No se detuvo hasta no verlo destruido. Después siguió con el resto de objetos que se le cruzaron en el camino. Cuando no encontró nada más en qué

desahogarse se sentó en la cama, simplemente a esperarlo.

Pocos minutos más tarde escuchó el ruido de la cerradura. Fue hasta la puerta. El susto que se llevó William al encontrarse con unos ojos furiosos fue grande.

—¿Qué haces aquí?

La puerta estaba semiabierta.

—Eres un hijo de puta. Te juro por lo que más quieras, si es que quieres algo, que si vuelves a meter a una mujer en tu cama, iré por ti y te cortaré las pelotas. No pienses ni por un minuto que voy a dejar que me veas la cara de estúpida. —Salió de la habitación—. Y dile a esa zorra que si la vuelvo a ver por aquí la sacaré del pelo. Hablo en serio, William, no me desafies o conseguirás meter a tu reino y familia en un buen escándalo.

Se fue sin mirar atrás. Casi sonrió cuando escuchó un grito desgarrador desde dentro de la habitación.

Felipe estaba recostado al asiento del auto. Tenía los ojos cerrados y música puesta, aunque ni siquiera le prestaba atención. Ese día había sido un dolor de cabeza. Frente a él habían preparado toda la decoración de la boda.

Se le había revuelto el estómago cuando vio a la pareja de novios caminar junto a la reina, revisando que todo estuviera perfecto.

Por más que intentaba no podía comprender que la princesa fuera partícipe de esa falsa. El día anterior le había dicho como su futuro esposo se burlaba en su cara y ella estaba ahí junto a él como si nada.

Alguien golpeó la ventanilla del auto. Abrió los ojos de mal humor y se cruzó con una de las empleadas del palacio.

—Señor Christoph, la princesa Elizabeth solicita su ayuda.

Frunció el ceño al tiempo que se enderezaba en el asiento.

—¿Ayuda?

—Sí. Lo ocupa en la biblioteca.

Felipe salió del auto confundido. Conforme se acercaba al palacio el corazón se le aceleraba más. No quería ilusionarse cómo un tonto, pero le era imposible.

La encontró mirando por el ventanal del balcón. Ella se giró bruscamente cuando lo vio aparecer.

—¿Necesitas ayuda?

—Sí. Necesito que me alcances aquel libro.

Alexa señaló el libro más alto de la biblioteca. Se encontraba justo en una esquina a unos tres metros de altura.

—¿Es en serio?

—Sí. Yo no puedo alcanzarlo por mí misma.

—Pues yo tampoco.

—Por favor...

El bufó, sin embargo, le hizo el favor. Escaló con dificultad por los estantes de la biblioteca, hasta que consiguió hacerse con el libro, después saltó al suelo y miró cuál era el título.

—¿Lees en latín?

Alexa abrió los ojos de par en par.

—¿Está en latín? —Se aventuró hacia él y tomó el libro para comprobar lo que le había dicho—. Maldición. Bueno, no importa.

Felipe estaba serio como un monje.

—¿Estás burlándote de mí?

—¡Claro que no! Pero necesitamos una coartada.

La chica fue hasta la puerta, sacó la cabeza y se aseguró de que no hubiera nadie cerca. Mientras tanto Felipe la miraba cada vez más confundido.

—No me interesa el libro —explicó cuando regresó—. Solo lo necesito para justificar el hecho de que estás aquí conmigo. Por si alguien aparece. En realidad lo que quiero es que hablemos. Sé que no lo entiendes y que estás enojado.

—¿Cómo podría no estarlo?

—Lo sé, lo sé. Tú tienes toda la razón, lo admito. Tan solo confía en mí.

—¿Qué quieres decir con eso?

Alexa dejó el libro en uno de los sofás. Comenzó a dar vueltas en círculos sin saber cómo explicarse.

—No puedo decírtelo ahora, pero necesito que confíes en mí. ¿Acaso piensas que prefiero estar con William que contigo? No es así, te lo podría jurar. Felipe, siento algo por ti. No sé exactamente qué, solo sé que jamás lo había sentido con alguien más y que me gustaría darle una oportunidad a esto y ver adónde nos lleva.

En los ojos de Felipe brilló una chispa de esperanza. Se acercó hasta ella y tomó su rostro en sus manos.

—¿Vas a cancelar la boda?

La mirada de Alexa se tornó más oscura.

—No puedo hacer eso.

Felipe la soltó al instante.

—Entonces no entiendo qué sentido tiene que me digas esto.

—Por favor, confía en mí.

—No puedo. Si no cancelas la boda, está claro que es porque lo prefieres a él.

Alexa se llevó una mano a la cabeza. No sabía qué hacer. Deseaba decirle la verdad, no obstante, no estaba segura de la reacción de él y no podía poner en riesgo el futuro de la verdadera Elizabeth. Así que debía guardar el secreto al menos hasta que la princesa tomara su lugar y estuviera segura de que no afectaría a nadie.

La chica se sentó con brusquedad en el sofá, al hacerlo algo sonó bajo ella. Por un momento pensó que había sido el libro, aunque pronto descubrió que no. Se puso en pie de un salto y encontró debajo del cojín, muy bien escondido, un ordenador portátil.

—Lo que me faltaba —exclamó.

Cogió el aparato con cuidado, lo puso sobre el sofá y lo abrió para asegurarse de no haber roto la pantalla. ¿A quién se le ocurrió dejar un computador escondido en un sofá?

La pantalla estaba intacta. Suspiró de alivio. Pasó la mano sobre ella para confirmar que tampoco la había desmontado o algo así y descubrió que esta debía ser táctil, pues se activó con el toque.

El computador estaba desbloqueado. Sus ojos se quedaron congelados sobre la imagen que estaba abierta en el aparato.

Felipe se acercó tan sorprendido como ella.

—¿Marion? —dijo.

—¿La conoces?

—Todo Mides la conoce. Es una mujer transgénero.

Alexa no conseguía hacer funcionar su cerebro. Por qué había en la biblioteca del palacio un ordenador con una foto de una mujer transgénero que solo llevaba encima una corona. Pasó la foto y se encontró con más de la misma persona, todas con poses sugerentes y muy poco dejado a la imaginación. Felipe le arrebató el aparato para estudiar las fotos.

—Son en la oficina del rey —informó.

La chica se quedó de piedra. Miró la foto de nuevo.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. Estuve ahí hace tres días.

Alexa recordó el fragmento de conversación erótica que había escuchado. Y la mirada del ama de llaves a la reina cuándo esta las había interrumpido mientras se probaba el vestido para el ensayo de la boda.

—¿Por qué dices que todo Mides la conoce?

—Porque hace unos cinco años estuvo envuelta en un escándalo.

—¿Qué clase de escándalo?

—Fue la primera mujer con esas características en entrar al parlamento. Alguien filtró el dato a la prensa y se armó tremendo revuelo. Este es un país muy arraigado a la religión, la mayoría de personas no ve con buenos ojos su cambio de género. Muchos piensan que no es honorable y no merecía representar al país.

»Debido a que el tema fue tan polémico, la prensa no se cansó hasta desmenuzarlo a fondo. Se comprobó que la mujer ni siquiera cumplía con los requisitos para su puesto y que llevaba una vida de lujos y despilfarro. El escrutinio público no perdonó nada. Fue destituida casi de inmediato.

—Dios —susurró Alexa, su cerebro iba a mil.

—¿Qué pasa?

—Esta mujer es la amante del rey. Los escuché en una ocasión. Tiene que ser ella. Recuerdo muy bien que tenía una voz un poco masculina, estoy casi segura.

—Sí, su voz es masculina, eso le ha valido muchas burlas. Es hermosa, destaca entre un grupo de mujeres, pero su voz no es femenina en absoluto.

Si llegaba a saberse que el rey mantenía una relación clandestina con una mujer transgénero y que había usado su poder para ponerla en un cargo político para el cual no cumplía los requisitos, sería un escándalo.

Alexa cerró el ordenador y volvió a colocarlo en donde lo había encontrado.

—Será mejor que salgamos de aquí.

—¿Qué te pasa?

La chica negó con la cabeza.

—Nada. Es solo que no dejo de sorprenderme respecto a cuántos secretos oscuros puede haber en un palacio.

—No deberías de sorprenderte tanto. Tú también te criaste en uno y eres parte de esos secretos. ¿Acaso no ocultas cosas también?

Ella le dirigió una mirada severa.

—Todos tenemos nuestros secretos y cometemos errores, sin embargo, los míos no son ni de lejos tan graves. No le hago daño a nadie, al menos.

Felipe negó.

—Quizá sí, quizá sí, *princesa*. Sí vieras más allá de ti misma te darías cuenta.

—Lo que dices no es justo.

—Lo que haces conmigo tampoco. Por un lado dices que sientes algo por mí y por otro planeas la boda con William. No pienso ser tu amante, Elizabeth, ni el títere con el que te diviertas cuando el príncipe te ponga de mal humor. ¡Yo no soy como la marquesa! Lo que siento por ti es sincero, no se trata de un juego ni de un pasatiempo.

—¿Eso es lo que piensas de mí? Crees que solo te utilizo para entretenerme... Vaya.

—Me atengo a las acciones y no a las palabras. Ayer comprobé que estás dispuesta a casarte con William sin importar nada.

—No tienes ni idea de quién soy realmente. Será mejor que dejemos esto aquí. Al fin y al cabo desde el principio ambos sabíamos que era una locura. Voy a casarme con el príncipe y tal como lo dijiste ya lo he elegido a él.

Felipe asintió, luego se fue dejando el lugar en un silencio sepulcral.

Alexa sintió un dolor en el pecho, se obligó a contener las lágrimas que amenazaban con derramarse de sus ojos.

Aunque había una vocecilla que le decía que no fuera tonta, que lo mejor era haber terminado lo que tenía con Felipe, ella se sentía como si hubiera cometido el peor error.

Criticaba a Elizabeth porque dejaba que los demás eligieran su vida, sin embargo, ahora ella vivía atrapada en una en la que no tenía libertad para tomar sus propias decisiones. Y todo por algo tan banal como el dinero.

Tres días más.

Solo eso.

Dentro de tres días se olvidaría de Mides y de todo lo que había vivido ahí. Se obligaría a enterrar todos los recuerdos que tenía de ese lugar.

Olvidaría los ojos verdes de Felipe, el sabor de sus besos y su sonrisa insolente.

Volvería a ponerse las botas de Alexa Sullivan y se concentraría en su familia y su trabajo. Solo debía aguantar un poco más. Sí había sido capaz de soportar más de tres semanas, conseguiría hacer lo mismo con lo que faltaba.

Alexa se asomó por el balcón con una leve esperanza. Sin embargo, se apartó cuando vio que Felipe tampoco había ido ese día. Era definitivo, había dejado el trabajo. No se había presentado el día anterior ni ese tampoco, por lo visto.

Aunque sabía que era lo mejor, le dolía. En el fondo seguía pensando que su historia con Felipe no tenía por qué acabar todavía. Maldición, no quería que acabara nunca.

Sonaron dos toques en la puerta, luego apareció la señora Rogers.

—Tenemos un problema —anunció con cara de circunstancias.

—¿Qué pasa?

—La princesa...

Alexa tomó a la mujer de los hombros y la llevó hasta la cama, obligándola a tomar asiento a su lado.

—¿Qué quiere decir?

—No toma el teléfono.

—Puede ser que esté ocupada. Me imagino que este debe ser un día ajetreado...

—No hablo con ella desde hace tres días.

Alexa se puso de pie como si le hubieran puesto un cohete en el trasero. Su trabajo solo era fingir ser la princesa, quien se ponía al día con Elizabeth y planeaba todos los movimientos, además de comunicarse con Alessia era la señora Rogers. La mujer no podía estar diciéndole eso justo a un día del intercambio.

—Explíquese mejor, porque no entiendo nada.

Los ojos de la señora Rogers se llenaron de lágrimas y su perfecta compostura quedó en el olvido.

—La princesa no me toma el teléfono desde hace tres días. He estado llamándola cada que puedo y no tengo respuesta. Se supone que hoy debía hospedarse en un pequeño hostel de un pueblo vecino, sería ahí donde harían el intercambio. Pero no tengo noticias de ella.

—Ay, Dios mío, esto no puede estar pasando —chilló Alexa al borde de

la histeria—. ¿A qué hora debía llegar al hostal?

—Al medio día.

La chica miró el reloj. Faltaba menos de una hora.

—Deme la dirección.

—¿Qué va a hacer?

—Ir a buscarla. Espero que esto solo sea que está cagada de miedo y no que me va a dejar sola en este problema. Se lo dije muy bien, si no se presenta yo me largo. A partir de mañana vuelvo a ser Alexa.

—¿Cómo va a ir? Nadie puede verlas juntas...

—El auto que usaba Felipe está afuera, supongo que puedo utilizarlo, ¿no?

—Déjeme ir con usted.

Alexa suspiró.

—De acuerdo, vamos. No vaya a ser que quiera cometer un crimen y no haya nadie que me detenga.

La chica fue en busca de su neceser y la peluca que había usado el día en que se escapó con Isabel. En el pasillo las mujeres se cruzaron con Elena y la planeadora de bodas.

—Oh, justo iba a buscarte, necesito que vengas conmigo... —dijo la reina.

—Lo siento, voy de salida.

La detuvo en seco, tomándola por el codo.

—¿A dónde crees que vas?

Alexa puso los ojos en las uñas que la mujer le estaba clavando en el brazo.

—Suélteme. Este es mi día libre. ¿Acaso nunca ha escuchado sobre las despedidas de solteras?

La mujer abrió la boca con sorpresa cuando Alexa se sacudió de su agarre.

—Elizabeth de Alessia, no te voy a permitir que me ofendas en mi propia casa...

Alexa la encaró sin temor a nada.

—Permites ofensas peores que las mías.

La reina ahogó un grito y la chica siguió su camino con la señora Rogers, pisándole los talones. Afortunadamente las llaves estaban en el auto y no tuvieron que preocuparse por eso. Lo malo era que tenían otra dificultad. En Alessia se conducía del lado izquierdo. Algo nuevo para la falsa princesa.

—¿Qué tan lejos está ese pueblo?

—Ocho kilómetros.

Alexa asintió mientras la señora Rogers buscaba la dirección exacta. Al final fue la señora Rogers quien tuvo que tomar la dirección del auto, pues Alexa no dejaba de confundirse.

Cuando llegaron al hostel Alexa no parecía la princesa. Se había hecho un delineado al mejor estilo de Amy Winehouse, unas cejas negras como la noche que parecían dos bloques y unos labios color rosa chicle. Además se había amarrado la camisa a la altura de la cintura, había abierto los botones mostrando el sujetador y se había remangado la falda. Parecía más una prostituta que cualquier otra cosa.

La chica tomó el teléfono una vez más y marcó a la princesa. Lanzó un juramento cuando saltó el contestador. Maldita sea, todo el dinero de Alessia no pagaría el infierno que estaba resultando su trabajo.

Alexa suspiró de alivio cuando la recepcionista le confirmó que en efecto había un huésped con el nombre de Alexa Sullivan, se hicieron pasar por la madre y la hermana.

Cuando Elizabeth abrió la puerta las dejó mudas de la impresión. No solo era el aspecto y el olor, era su estado en general.

La princesa se lanzó a los brazos de la señora Rogers y se echó a llorar como si tan solo fuera una niña.

—Lucy, te he extrañado mucho —dijo entre hipidos.

—Mi niña, me tenías preocupada. ¿Por qué no has contestado mis llamadas?

Alexa se sintió como una intrusa ante la escena. La señora Rogers abrazaba a Elizabeth como una madre a una hija.

—No estoy preparada...

—Será mejor que vayamos adentro y hablemos.

Elizabeth tardó en calmarse. La señora Rogers tuvo que obligarla a que se diera una ducha, cuando salió le dio un té y la peinó mientras la chica explicaba lo infeliz que se sentía.

—No tienes que hacerlo —dijo Alexa a Elizabeth.

—Es mi deber.

—Tengo información que podría...

—Si ni siquiera puedo dar el primer paso —interrumpió—, cómo voy a poder reinar? Mi padre tiene razón—aseguró cambiando su semblante—, esta solo será la primera decisión difícil. Creo que ya me siento mejor. Luci,

prométeme que siempre estarás a mi lado y me acompañarás en cada decisión que tome.

—Por supuesto que sí —contestó la señora Rogers.

—Lo lograste, Alexa —dijo.

La chica asintió con tristeza, si Elizabeth insistía, ella no podía cambiar su forma de pensar.

—¿Cómo vamos a intercambiarnos? Mañana será un día ajetreado. ¿Cómo voy a salir del palacio?

Elizabeth y la señora Rogers se miraron con preocupación.

—No tenemos ni idea.

Alexa abrió la boca con sorpresa.

—Estamos a un día del ensayo de la boda, no pueden decirme que no hay un plan.

—La culpa es mía —admitió Elizabeth—. No contesté la llamada y por eso no pudimos planear algo.

—Bueno, entonces yo les voy a decir lo que vamos a hacer. —Las mujeres la observaron con atención—. Yo me quedo aquí y tú regresas.

La expresión de pánico que atravesó el rostro de Elizabeth no pasó desapercibida para Alexa.

—El trato era hacer el intercambio mañana.

—Las circunstancias no lo permiten —dijo tajante.

—¿No quieres regresar al palacio?

Alexa asintió, sin embargo, sabía que eso no era totalmente cierto. Una parte de ella deseaba volver. Quería despedirse de Isabel, de Vikingo y de Julien. Por no decir que lo que más quería en la vida era volver a ver a Felipe y decirle que ella era libre y no se iba a casar con nadie.

Los engranajes del cerebro de Elizabeth estaban trabajando a su máxima potencia.

—¿Dónde se supone que están ustedes ahora? —preguntó.

—Nadie lo sabe —dijo Alexa—. Salimos sin dar explicaciones.

—Perfecto —contestó asintió.

Alexa frunció el ceño.

—¿Qué estás tramando?

—Siento mucho lo que voy a decirte, Alexa, pero regresarás al palacio.

—Oh, no.

—El trato fue para mañana.

—El trato no me importa. Ni siquiera te voy a pedir que me pagues la

última parte del dinero. Renuncio. Solo dame mis cosas y me iré.

—Escúchame. ¡Te necesito!

—Ya te ayudé bastante.

—Ahora es como si la impostora fuera yo. Tú conoces el palacio, al príncipe... todo. Yo no tengo ni idea.

—La señora Rogers te ayudará.

—Ella no puede. Aunque para mí es como una madre, ellos no la ven así, lo sabes muy bien. ¿Acaso crees que la dejarán estar en el ensayo de la boda o en la boda? Por supuesto que no. Justo cuando más la voy a necesitar no va a poder estar a mi lado.

—¿Hasta ahora se te ocurre? —recriminó.

—Quédate.

—Te dije muy bien que no iba a casarme en tu nombre ni...

—Yo tomaré mi lugar. Yo voy a ser quien me case.

Alexa clavó los ojos en la señora Rogers, intentando encontrar una respuesta lógica en ella, sin embargo, la mujer se veía igual de confundida.

—No tengo ni idea de lo que estás sugiriendo.

—Si nadie sabe dónde estoy, inventaremos que fui al aeropuerto por ti. Entrarás al palacio como una amiga.

—Eso es muy riesgoso —se aventuró la señora Rogers—. Además, no hay ningún invitado tuyo.

—Pues lo habrá.

—Estás loca de remate —sentenció Alexa—. Lo digo en serio, necesitas que te revisen. ¡Hemos cometido un delito! Si nos ven juntas pasaremos años en la cárcel.

—Mírate. Tal como luces ahora no te pareces ni a ti ni a mí.

—¿Acaso crees que me van a dejar entrar al palacio así?

—Alexa, te necesito —repitió—. Si te haces pasar por una amiga, podrás estar conmigo en todo momento y rescatarme por si cometo un error.

—No.

—No quisiera ser desagradable contigo, pero no me dejas más opción. Tu contrato termina hasta mañana. Además, si cometo un error también acabaremos en la cárcel.

—¡No vas a manipularme!

—Lámalo como quieras, no tienes más opción.

—Transfiere el dinero a la cuenta del centro de rehabilitación ya.

—¿Qué quieres decir?

—Iré al palacio y haré lo que pidas, pero primero voy a asegurarme de que mi familia tendrá la última parte del dinero. Si acabo en la cárcel, lo que probablemente pasará, gracias a tus brillantes ideas, al menos que ellos no se vean arrastrados por esta mierda.

—De acuerdo.

—Tenemos que volver a transformarte —dijo la señora Rogers a Alexa—. Dios mío, solo espero que no estemos cavando nuestra propia tumba.

Alexa no emitió ni un susurro. Asumió su estupidez. Ella no huía de sus problemas. Nunca. No era como Elizabeth. Había sido tan tonta como para tomar la identidad de otra mujer y firmar un contrato; así que se haría responsable de ello...

Había decidido ponerse la tiara de la princesa Elizabeth sin que nadie la obligara.

Mientras las otras dos mujeres decidían qué hacer con ella, rogó en silencio que todo saliera bien.

Para cuando regresaron al palacio ya había anochecido. Ahora Alexa se llamaba Ariana Miller; tenía un puñado de arrugas, los ojos y el cabello negros, un marcado acento del Oeste, gafas y un embarazo de seis meses.

Cuando la vieron entrar al palacio se sintió peor que nunca. Después de todo era tan falsa como todos ellos. Aunque se molestaron por el atrevimiento de la princesa Elizabeth, tuvieron que aceptar a la invitada.

La princesa los había amenazado con cancelar la boda y había asegurado que así la prensa no se preguntaría por qué no había allegados suyos en la boda.

Alexa había deseado gritarle a todos que eran unos idiotas. Vivían tan concentrados en ellos mismos que no se habían dado cuenta de que estaban hablando con una mujer distinta a la que habían estado viendo casi por un mes.

Felipe se había jurado no volver a poner un pie en el palacio. Se había repetido hasta el cansancio que era una tontería presentarse al ensayo de la boda. Había repasado mentalmente todos los motivos por los cuales ni siquiera debía pensar en la princesa. Pero, por supuesto, había hecho justo lo contrario.

Tomó una copa y se la bebió de un solo golpe. Ya habían repasado el itinerario, lo que seguía a continuación era una pequeña recepción con los allegados más cercanos en donde los reyes darían su discurso falso e hipócrita.

Estaba alejado de los invitados, había temido acercarse. No estaba seguro de poder controlarse. Había pasado toda la noche anterior pensando cómo podría robarse a Elizabeth. Al final se había tenido que obligar a renunciar a la idea.

Vio que William y Elizabeth subían a una pequeña tarima con una copa de champán en la mano. Se le revolvió el estómago al notar que ella estaba sonriendo. Se acercó más para poder escuchar lo que decía el hombre a los invitados.

—Es todo un placer tenerlos aquí y que sean cómplices de este paso tan importante que vamos a dar la princesa Elizabeth y yo. Nos honran con su presencia. Solo quiero agradecerles y decirle a esta maravillosa mujer —dijo señalando a la princesa— que me hace el hombre más feliz del mundo. No solo es hermosa y encantadora, sino que es inteligente y educada, sé que será una reina sabia para Alessia y una madre amorosa con nuestros hijos.

El rostro de la princesa se mostró enternecido. Felipe se puso tenso al verlo, jamás le había visto esa expresión. Apretó los puños con fuerza, de pronto le dieron ganas de arrastrar a William hasta la playa y lanzar su cuerpo al mar.

Elizabeth carraspeó, entonces comenzó su discurso:

—Oh, príncipe William, vas a conseguir que arruine mi maquillaje. —Se abanicó el rostro al tiempo que se mordía el labio, como si así pudiera sobrellevar la emoción que sentía—. Yo también quiero agradecerles a todos

ustedes —agregó dirigiéndose al público—. Mañana será un día inolvidable. El día con el que todas las mujeres soñamos. Soy una mujer afortunada, estos días en Mides han sido únicos y especiales. Me he sentido como en un hogar. Quiero agradecerles a los reyes su hospitalidad. Por supuesto también quiero agradecer a William. Espero que este sea el inicio de un amor eterno, que juntos llevemos en alto el nombre de nuestros reinos.

Felipe sintió un nudo en la garganta. No podía creer lo que estaba escuchando y viendo. ¿Cómo no lo había notado antes? Elizabeth era igual que ellos.

El público estalló en aplausos. Después pasaron los reyes con otros discursos tan detestables como los anteriores. Estaba tan furioso que en más de una ocasión quiso arrojar la copa vacía que tenía en la mano y gritarles a la cara unas cuantas verdades. Sin embargo, al final prefirió tomar otra copa y quitar el asco que sentía con el sabor del fino alcohol.

—Ahora —anunció una mujer que debía ser la organizadora de la boda—, vamos a escuchar unas palabras de los mejores amigos de los novios.

Felipe frunció el entrecejo al ver que una pareja subía a la tarima. ¿Quién demonios era esa mujer? Ni siquiera prestó atención al discurso que dio el amigo de William, porque estaba concentrado en ella.

No podía creer que incluso hubieran contratado a alguien para que fingiera ser la amiga de Elizabeth y dijera unas bonitas palabras. Por Dios. ¿Una mujer embarazada?

—No te parece que Elizabeth está de lo más rara —dijo una voz a su lado, era Isabel.

—Parece que se ha tomado la boda en serio.

—Pensé que estaría más apagada... No sé, en algún momento hasta llegué a pensar que odiaba a William. Pero mírala, está colgada de él como si en verdad estuviese feliz por la boda. Desde ayer que llegó su amiga, ni me ha vuelto a ver...

—¿Amiga? ¿No es un montaje?

—No, porque mi madre se puso furiosa cuando Elizabeth apareció con esa mujer. La organizadora de bodas casi se desmaya cuando supo que debía de conseguir dos vestidos de gala para una mujer embarazada.

—¿Quién es?

—Una compañera de la universidad. Es estadounidense.

Era el turno de hablar de Alexa. Esta pasó al frente con la cabeza baja.

—Querida Elizabeth —dijo— eres una mujer llena de sueños —continuó

Alexa—, que merece ser tratada literalmente como una princesa. Sobre tus hombros cargas un reino que sé vas a sacar adelante con sabiduría y responsabilidad. Te he visto poner a Alessia antes que a ti misma. En este tiempo que he tenido la oportunidad de compartir contigo, he llegado ha conocerte como si estuviese bajo tu piel. Conozco los anhelos de tu corazón, tus ideales, tus sueños. Y también tus sentimientos hacia el príncipe.

Por primera vez Alexa apartó la mirada de Elizabeth, la clavó en los ojos del príncipe y con un tono más vehemente continuó:

—Príncipe William, espero que se aun buen hombre con la princesa. Ella no solo se merece a un marido que tenga un traje lleno de condecoraciones, no, ella merece a un esposo bueno, responsable y fiel. Alguien que la apoye, que conozca su valor. No a alguien que la haga sentir inferior ni mucho menos alguien que le falte al respeto...

—Uff, se nota que no lo conoce —susurró Isabel.

Felipe ni siquiera la escuchó, estaba concentrado en las palabras de la mujer. Por primera vez alguien le parecía honesto.

—Una vez me dijeron que el matrimonio en la realeza era solo una cuestión política —prosiguió Alexa—, pues yo creo que esa persona estaba equivocada, eso no es un matrimonio. Me imagino que ustedes estarán de acuerdo conmigo, Elizabeth y William, pues esa chispa de amor que brilla en sus ojos es tan resplandeciente que he temido quedarme ciega.

Felipe arqueó una ceja, acaso el tono de la mujer se había vuelto sarcástico. No tuvo oportunidad de comprobarlo, pues William interrumpió a la embarazada con un fuerte aplauso, fue hasta ella y la abrazó.

—Somos dos almas gemelas —dijo—. ¿Qué tal si brindamos, estimados invitados?

William empujó con discreción a la mujer y tendió la mano a Elizabeth. Se miraron a los ojos cuando él exclamó:

—¡Por nuestro amor sincero!

Tomó la cintura de ella, enredo su otro brazo con el de la princesa y entrelazados dieron un sorbo al champán, para finalmente besarla en la boca con el aplauso de los invitados de fondo.

—Creo que voy a vomitar —dijo Isabel.

Felipe agarró la copa y la estrelló contra el suelo antes de irse en dirección a las caballerizas.

Alexa sintió que se le encogía el corazón cuando vio la reacción de Felipe. Había intentado no buscarlo con la mirada, pero era una tarea

imposible. A cada instante se descubría mirándolo a hurtadillas.

Le había advertido a Elizabeth que no se acercara ni a él ni a Isabel, pues temía que ellos se dieran cuenta de que era una persona distinta. Sin embargo, Felipe se había creído todo, era obvio por su expresión. Había sido una tonta por pensar que él la reconocería.

El rey vio a Felipe alejarse. Se disculpó con los invitados y tomó la misma dirección que el joven. Le molestaba que esa familia se estuviera tomando tanto tiempo para vender los terrenos. Por Dios, si les estaba ofreciendo una cifra de dinero irresistible. Esos muertos de hambre podrían vivir diez vidas sin trabajar. Si hasta parecía que no eran unos vulgares pobretones.

—Felipe —saludó—, parece que no te agradan mucho las fiestas.

—Esta no. Es algo aburrida.

El rey se puso serio.

—Quizá sea porque la gente como tú está acostumbrada a cosas más vulgares.

Felipe soltó una carcajada.

—¿La gente como yo? Pero si soy un Christoph, por mis venas corre la misma sangre tuya.

—Será mejor que hablemos de negocios. Creo que ese tema nos interesa más.

—Pues... si tú lo dices.

—Me parece que he dado mucho tiempo a tus padres para que tomen una decisión. La verdad creí que con el aumento en la oferta actuarían más rápido.

—Oh, sí. La decisión ya está tomada. Su aumento fue un factor definitivo. Había olvidado decírtelo.

Una chispa de emoción alumbró en los ojos del rey.

—Felipe, por el amor a Cristo, ¿cómo pudiste olvidar decírmelo?

—Soy un poco despistado.

—Y cuándo puedo reunirme con ellos. Solo dime una fecha y los invitaré a un almuerzo en el palacio, después podemos firmar la sesión de tierra y finiquitar el negocio.

—Yo no dije que fueran a vender.

El rey se quedó de piedra.

—¿Acaso estás jugando conmigo?

—Claro que no, le dije que la decisión estaba tomada, sin embargo, tu no me has dado tiempo a decirte cuál fue esa decisión.

Enrique controló el enojo que sentía, ante todo debía ser prudente. La impulsividad era una característica de la gente estúpida y él no lo era.

—¿Qué dijeron tus padres?

—¿De verdad quieres saberlo?

—No voy a permitir que te burles de mí, no quisiera tener que recordarte que soy tu rey y merezco todo tu respeto.

—No me burlo, solo te advertía.

—Basta ya, dime de una maldita vez qué dijeron. ¿Quieren más dinero? Oh, no me extrañaría de gentuza como ustedes...

Felipe fue hasta el hombre, se puso de pie frente a él, tan cerca que casi podía sentir su respiración, mirándolo a los ojos exclamó:

—Dice mi padre que tú y tu dinero pueden irse al infierno. Prefiere morir de hambre que darte un gusto.

—Lárgate de mi palacio.

Felipe rio.

—Será un placer. No sabe cuánto he disfrutado de su hipocresía estos días. Ha terminado lamiéndome los huevos a cambio de unas tierras. Quién lo diría, el mismísimo rey de Mides se ha rebajado ante un plebeyo.

Enrique apretó sus manos sobre el cuello del joven, sin embargo, la amenaza no le duro mucho tiempo. Felipe se lo quitó de encima como si no fuera más que un bicho molesto.

—No vuelva a ponerme una mano encima o le juro que no responderé.

Se dio la vuelta dispuesto a largarse, a pesar de que le había dado una lección al rey no se sentía ni feliz ni satisfecho. Se permitió ser débil una vez más, echó un vistazo a la zona en donde se llevaba a cabo la reunión. Se quedó congelado cuando vio a la princesa detrás de un arbusto discutiendo con la mujer embarazada. Era obvio que estaban teniendo una conversación acalorada. Entonces la amiga la apuntó con el dedo, agregó algo más y se fue con paso firme.

«Ahora o nunca», susurró una voz en su cabeza.

Respiró profundo. Desvió su camino sin importarle las consecuencias que tendría lo que iba a hacer. Si esa era la última esperanza que le quedaba, se aferraría a ella.

La encontró de espaldas, así que le tapó la boca, la alzó y se la llevó de ahí hacia uno de los jardines secundarios. La mujer pataleó e intentó zafarse,

pero él no se lo permitió.

—No puedo creer que hayas dicho lo que dijiste en el discurso —reclamó—. Tan solo han pasado tres días sin verte y cuando regreso pareces otra persona. ¿Dónde está la mujer que me robó el corazón? ¿También fingías cuando nos besamos en el malecón? ¿Era mentira eso de que sentías algo por mí? Dímelo. Quiero que me digas a la cara toda la verdad.

Quitó su mano de la boca de ella y la giró. Cuando sus miradas se cruzaron se quedó bloqueado. Algo estaba mal, no encajaba. Estrechó los ojos intentando encontrar qué era eso que lo tenía tan confundido.

—¿Quién demonios eres?

La alerta que vio en el rostro de ella le confirmó lo que su cerebro estaba diciéndole a gritos: esa no era Elizabeth.

La princesa se llevó las manos a la boca.

—Por favor, no digas nada —susurró al tiempo que lo tomaba del brazo y lo llevaba más lejos—. Todo tiene una explicación.

—¿Dónde está la princesa?

Se detuvieron a un costado del palacio. Elizabeth estaba tan nerviosa que no se percató de que muy cerca de ellos había un ventanal.

—¡Yo soy la princesa!

—Por supuesto que no. No soy imbécil, la conozco perfectamente...

—Estás equivocado. —Se llevó una mano a la cabeza con desesperación—. A quien conoces es a otra mujer. A Alexa Sullivan.

Felipe se llevó las manos a la cabeza también, sentía como si le fuera a explotar.

—¡Qué demonios!

—Ella se hizo pasar por mí este mes... mientras yo resolvía cosas...

—No puedes estarme hablando en serio.

—Si alguien se entera de esto va a ser un escándalo.

—Quizá debieron pensarlo antes.

—Por favor, no nos delates. Nadie más se ha dado cuenta...

—¿Dónde está ella?

Elizabeth se mordió el labio.

—Por favor...

—¡¿Dónde está?!

A pesar de que Elizabeth no contestó verbalmente, le dio la respuesta que quería al mirar sobre su hombro en dirección al jardín.

Felipe se alejó a paso rápido, fue hasta donde estaban los invitados y

localizó a Alexa casi al instante. La prominencia de su vientre no es que la ayudara mucho a pasar desapercibida.

La chica no lo había visto, pero sintió su presencia. De inmediato supo que él ya conocía la verdad. Al voltearse y encontrarse con él pudo ver por su expresión que no estaba equivocada.

—Acompáñame.

El corazón le cayó a los pies. Lo siguió en silencio. Fueron hasta donde se encontraban estacionados los autos de los invitados.

—¿Quién carajos eres?

Ella arrugó la cara con tristeza.

—Alexa Sullivan.

—No —contestó él negando—. No tengo ni idea de con quién hablo. ¿Cuántas personalidades tienes?

—Felipe, déjame explicarte...

—Intenté salvarte, bueno la verdad es que ya ni sé a quién salvaba, de un hombre que te estaba viendo la cara, mientras tú hacías lo mismo conmigo... Qué imbécil.

—No fue así.

—¡Me mentiste!

—No podía decirte la verdad. Te dije que esperaras a la boda, pensaba contarte todo.

—¿Y mientras tanto seguir engañándome como a un tonto?

Alexa tomó su rostro entre sus manos.

—Tuve una razón importante para hacerme pasar por la princesa. Sé que fue una estupidez y que no debí hacerlo, pero al principio no pareció tan malo.

—Eres tan falsa como ellos...

—Por favor, déjame explicártelo.

—No hay nada que decir. No tengo ni idea de quién eres. ¿Cuál personalidad usarás para volver a enredarme?

—Siempre fui yo misma contigo. Todo lo que pasamos juntos fue real. Lo que siento es real.

Él se separó, en su rostro se notaba la decepción que sentía.

—Mírate. Estás fingiendo un jodido embarazo.

—Intenté decirte la verdad. El día de la escapada estuve a punto de hacerlo, pero entonces comenzó la pelea y...

—Tuviste tantas oportunidades para hacerlo.

—Lo sé. Sin embargo, no podía. El futuro de la princesa podía verse

perjudicado y yo estaba aquí justo para evitar eso.

—La princesa, tú y todos los demás pueden irse al demonio.

Caminó hacia su auto. Alexa lo siguió hasta alcanzarlo e interponerse en su camino.

—¡Me enamoré de ti! Sabía que no debía y aún así lo hice. Arriesgué todo por un sentimiento que no pude ignorar.

Él sonrió incrédulo.

—No, lo que hiciste fue jugar conmigo. Te hiciste pasar por una princesa de cuento y no resultaste ser otra cosa que una princesa puro cuento.

A la chica se le escapó una lágrima, pero la limpió con rapidez.

—Si eso es lo que piensas de mí está bien. Supongo que me lo merezco.

Se apartó a un lado. Él continuó hacia el auto, lo encendió y se marchó dejando tan solo una nube de polvo y un corazón destrozado.

Sofía se escondió cuando vio pasar a la princesa Elizabeth al otro lado del ventanal. Estaba atónita, no podía creer lo que había escuchado. La información que tenía valía oro, debía ser inteligente y pensar qué iba a hacer con ella.

Había entrado al palacio en busca de un baño y justo cuando se disponía a regresar a la fiesta había visto pasar a la princesa con el chófer. Se había asomado al ventanal, lo había abierto un poco y entonces había escuchado todo lo que habían dicho.

Podía acabar con el compromiso con tan solo abrir la boca. No conocía los motivos por los que la princesa había enviado a otra mujer en su lugar, sin embargo, eso no tenía ninguna importancia.

Sonrió al pensar que si usaba bien sus cartas podría tener al príncipe William. Casarse con él le traería muchos beneficios. Había soñado con tal cosa desde la primera vez que se habían acostado. Luego él se había ido a viajar por el mundo y cuando regresó era novio de una princesa.

Habían pasado tres años de eso. Desgraciadamente ella en ese entonces había estado en una relación con un importante empresario francés y no había podido retomar su aventura con William. Hasta que el francés la dejó por otra.

Regresar a la cama de William había sido de lo más sencillo, el problema había radicado en que la princesa ya no era una novia lejana sino que estaba en Mides y tenían una fecha para la boda.

No obstante, esa princesa había resultado no ser una princesa. Pobres estúpidas, casi habían conseguido su objetivo.

Casi.

La marquesa se repasó en el espejo, acomodó su cabello, alisó su vestido y finalmente salió a la fiesta con paso confiado como si se tratase de la pasarela más importante de su vida. Caminó directo hacia Elena.

—Su majestad —llamó—, necesito hablar con usted.

—Marquesa, tendrá que disculparme. Cómo comprenderá no puedo abandonar a mis invitados.

—Lo sé, mas me temo que este es un asunto que amerita atención

inmediata.

Elena accedió debido a la seriedad con la que le hablaba la mujer.

—Vamos adentro.

La reina decidió usar la oficina del rey.

—Me tiene usted muy confundida. ¿Qué asunto puede ser tan importante?

—Siento mucho lo que voy a decirle, su majestad, sin embargo, es algo que no podría callar. Cómo bien sabe, ustedes son personas que estimo y aprecio. Con el príncipe tengo una gran amistad desde que somos niños...

—¿Qué es lo que sucede? —la cortó Elena.

—Se trata de la princesa Elizabeth.

—Podría ser más exacta, marquesa.

Sofía suspiró con teatralidad.

—La mujer que ha estado en el palacio haciéndose llamar princesa de Alessia es una impostora.

Elena abrió los ojos como platos.

—Lo que está diciendo es absurdo —contestó tajante.

—También pensé lo mismo cuando me di cuenta, no obstante, es la pura verdad y puede comprobarlo fácilmente. Ahora mismo en el jardín se encuentran las dos mujeres que han ocupado el lugar de Elizabeth de Alessia, una de ella es realmente quien dice ser y la otra es quien fingió serlo antes de que la verdadera llegara.

—¿Cómo está tan segura de lo que dice, marquesa Sofía?

La mujer empezó a explicar cómo se había enterado. Declaró a la reina todo lo que había escuchado desde el ventanal y después comenzó a sacar conjeturas sobre la repentina aparición de esa amiga de la princesa que jamás había sido mencionada antes.

Elena estaba contrariada, enojada y ofendida. Lo que esas mujeres les habían hecho era un insulto imperdonable. Se habían burlado de todo Mides. No había forma en que esa situación no terminara en un escándalo.

Cómo iban a defenderse ante la prensa cuando se supiera que habían sido engañados durante un mes por una impostora. Habían metido a una desconocida a su mesa, la habían presentado a todo el mundo y el príncipe incluso se había comprometido con ella.

Deseaba con todas sus fuerzas ir en busca de las dos insolentes en ese preciso instante, pero el palacio estaba lleno de invitados. Personas importantes que no debían presenciar semejante bochorno.

Por lo que se vio obligada a regresar a la fiesta con su mejor cara y

esperar hasta que esta terminara para confrontar a esas mentirosas. Le resultaba imposible no mirarlas con furia. Las dos pagarían muy caro la ofensa que habían hecho a la familia.

Ahora comprendía muchas cosas. Las horas se hicieron eternas. El último invitado casi consiguió sacarla de quicio, pues no quería marcharse a pesar de que todos los demás ya se habían ido.

Apenas se cerraron las puertas escuchó la voz de Elizabeth decir:

—Ha sido un día agotador y mañana lo será aún más. Así que me disculpo, voy a descansar.

Elena fue hasta la mujer, la tomó por un brazo y la zarandeó con fuerza.

—Tú, no vas a ningún lado. ¡Nadie se va a mover de aquí!

Alexa se puso en alerta, a pesar de que no tenía ni idea de lo que sucedía, era obvio que no podía ser algo bueno. La sonrisa triunfal de la marquesa fue clara. Las había descubierto. Las manos comenzaron a temblarle, la respiración se le aceleró. Estaban perdidas. Después de todo el plan había salido mal.

—Dios mío —lloriqueó Elena—, Enrique, estas dos mujeres nos han ultrajado —exclamó apuntando hacia la princesa y su supuesta amiga—. Nos han estado engañando todo el tiempo.

El rey aún no se había repuesto de la ofensa de Felipe, así que si humor no era el mejor para lidiar con más tonterías.

—¿De qué hablas?

—Esa mujer —gritó refiriéndose a Alexa— se presentó aquí haciéndose pasar por la princesa de Alessia.

Todos se quedaron en silencio.

—¿Qué clase de tontería es esa? —exclamó William.

Isabel estudió a Alexa, luego a Elizabeth. Mirando la culpabilidad de sus rostros se dio cuenta de que las palabras de su madre eran ciertas.

—La marquesa Sofía fue quien las descubrió.

—¿Qué fue lo que descubriste? —preguntó el rey, furioso.

Una vez más la marquesa se dispuso a contar todo lo que había presenciado unas horas antes, agregando alguna que otra ocurrencia con la intención de provocar más furia en la familia real.

Fue hasta donde se encontraba Alexa y comentó:

—Esta mujer no es más que una farsante, usurpadora de identidades. —Golpeó su vientre con fuerza—. ¡Está fingiendo ser una mujer embarazada! Lávenle la cara y les aseguro que se encontrarán con un rostro bien distinto.

Alexa se lanzó hacia ella, no le iba a permitir a nadie que la golpeará. Total, ya más jodida no podía estar, sin embargo, la marquesa fue rápida y cuando la vio abalanzarse cogió su peluca y se la arrebató con fuerza.

El príncipe apartó a Alexa de Sofía. La chica se revolvió como una fiera salvaje y del otro lado Elizabeth gritaba cosas ininteligibles.

Inmovilizó a Alexa gracias a la ventaja que le daba su contextura y altura, no obstante no le resultó tan fácil como había creído que sería.

La empujó con fuerza contra la pared.

—Destruiste mi habitación.

Alexa le escupió en la cara.

—Lo haría de nuevo sin arrepentirme.

William resopló como un animal furioso y volvió a lanzarla contra la pared, esta vez consiguiendo que ella se golpeará la cabeza con fuerza.

—Déjala, William —aconsejó su padre, separándolo de la chica—. No ensucies tus manos con esta escoria. Dejemos que sea la policía quién se encargue de ellas.

—¿La policía? —chilló Elizabeth.

—No creerás que después de lo que han hecho van a salir ilesas, ¿cierto?

—Nadie tiene por qué enterarse de lo que sucedió. ¡Para ustedes también será un escándalo que esto se sepa!

—No pretendas amenazarme.

—Solo digo la verdad.

—No pienso dejar que mi hijo se una a alguien como tú. Encima de que tu reino está por debajo del nuestro, aquí no admitimos la burla y la traición.

—Ni aunque estuviera loco me casaría contigo —vociferó William—. Yo mismo me encargaré de que paguen con creces lo que han hecho.

El príncipe fue hasta el teléfono. Alexa se lanzó hacia él a pesar de que el golpe que le había dado la había dejado un poco mareada y le arrebató el aparato de las manos.

—No harás nada —amenazó con una seguridad en la voz que no sentía en absoluto—. Ninguno de los que está aquí hará nada contra nosotras.

—¡No eres nadie para decirme lo que debo hacer!

—No somos las únicas que escondemos secretos.

Elizabeth frunció el ceño, la expresión de todos era indescifrable.

—Solo intenta manipularlos —dijo Sofía.

—Cállate, no eres más que una arrastrada lamebotas. ¿William no te dijo que descubrí que se acostaban aquí mismo? La excelentísima marquesa Sofía

se revolcaba con su príncipe, un hombre a menos de un mes de casarse, en el palacio de la realeza.

La reina jadeó por la sorpresa mientras que la acusada se ponía roja como un tomate.

—Y tú —continuó Alexa apuntando a Elena con el teléfono— agredes a tu hija. No solo la maltratas psicológicamente sino que también de forma física. Incluso te cuesta controlarte frente a los demás. Este tiempo que he pasado aquí los he estudiado a todos con atención —mintió—. Conozco sus secretos. Tengo audios, videos, imágenes... Sus secretos están documentados y puedo sacarlos a la luz con tan solo un tronar de dedos.

La altanería y seguridad con que habían empezado la confrontación había sido sustituida por la preocupación.

—Elizabeth y yo podríamos hundir este reino para siempre si quisiéramos. Puede que Alessia no tenga la fortaleza de Mides, pero la princesa es una mujer con poder y reputación.

—Estás demente —acusó el rey—. Nadie creería tus mentiras.

Alexa soltó una carcajada histérica.

—Tú eres el peor de todos. Lo que digo no son mentiras. Cada uno sabe muy bien que es cierto. Además, tengo con qué probar lo que digo. El material es claro y conciso. Tanto mis abogados como los de la princesa tienen la orden de que si nos pasa algo o les damos el mandato, deben difundir el material a todos los principales periódicos del mundo.

—Las cosas de las que nos acusas no son tan graves como falsificar la identidad de un miembro de la realeza.

—Rey Enrique, yo que tú no me atrevería a decir tanto.

El hombre soltó una carcajada.

—Una miserable y estúpida mujer como tú no va a conseguir intimidarme.

Alexa sonrió.

—¿En serio? Y qué tal si le digo que fue grabado en la biblioteca teniendo cibersexo con una persona muy controversial de Mides... O si le cuento que instalé un programa que capturaba todo lo que sucedía en su ordenador... El rey de Mides amante de una mujer transgénero... Ese sería un buen titular para los periódicos, ¿no le parece?

El hombre perdió todo el color de la cara.

—Eso es un delito.

—Lo sé. Soy consciente de que tendría que asumir consecuencias, sin

embargo, no son ni la mitad de graves que las de todos ustedes. Mi reputación no importa, no obstante la de ustedes es la del reino entero. ¿Cómo quedarán ante el mundo? Imagínense lo que sucedería. Mides se vendría abajo, los problemas de Alessia no serían nada en comparación con los suyos.

Sí dos meses atrás alguien le hubiera dicho a Alexa que se iba a convertir en una experta del engaño, se habría reído a carcajadas. Y si alguien le hubiera dicho que iba a amenazar a toda una familia real, lo habría mandado al psicólogo.

Aun así, estaba haciendo justo eso. Ni siquiera sabía en qué momento su cerebro había armado toda esa historia. Las palabras habían salido de su boca con la naturalidad con que daba el saludo de buenos días.

Colocó el teléfono en su base.

—Ahí está el teléfono. Hagan lo que crean necesario.

—¡Padre! —exclamó William.

El rey no apartó los ojos de Alexa. Era claro que ahora era él quien deseaba estamparla contra la pared.

—¡Las quiero fuera de mi palacio ya! Más les vale que nunca vuelvan a cruzarse en mi camino —vociferó Enrique—. Márchense de Mides en cuanto puedas antes de que me arrepienta.

La señora Rogers bajó las escaleras corriendo, había presenciado todo el espectáculo a hurtadillas.

—Vámonos de aquí —ordenó a Elizabeth y Alexa.

La princesa asintió y la siguió hasta la puerta. Alexa hizo lo mismo, solo que se detuvo frente a Isabel.

—Perdóname por haberte mentido y por todo lo que he causado... Quiero que recuerdes que tienes una llama justo ahí. —Apuntó su corazón—. No dejes que otros la apaguen.

Isabel asintió.

Alexa alcanzó a las otras dos mujeres en silencio. Ninguna dijo nada. Sus cerebros estaban demasiado ocupados intentando descifrar si lo que acababa de pasar era una pesadilla o la realidad.

Alexa sonrió cuando terminó de leer el correo que había llegado al centro de rehabilitación.

La princesa Isabel había tenido que hacer una búsqueda exhaustiva hasta dar con ella y lo había conseguido.

El mensaje era largo. Primero la saludaba y le comentaba lo contenta que estaba de por fin ponerse en contacto, le decía que esperaba no se hubiera olvidado todavía de ella y que a pesar de todo lo ocurrido la apreciaba mucho.

Isabel era la única que podía comprender con total certeza el actuar de la princesa Elizabeth, ya que ella de seguro habrían hecho lo mismo si se hubiese tenido que casar con William. Y aunque no sabía muy bien las razones que había tenido Alexa, ella iba a juzgarla por la forma en que se había comportado con ella y cómo se había sentido a su lado.

Alexa había sentido un nudo en la garganta cuando la joven princesa le había expresado que deseaba seguir manteniéndose en contacto y conservar la amistad que habían alimentado.

Habían pasado dos semanas del día del ensayo de la boda. Alexa había regresado a los Estados Unidos dos días después con el corazón hecho un nudo de emociones y la sensación de fracaso.

En el aeropuerto la princesa Elizabeth no había dejado de agradecerle todo e incluso le había ofrecido más dinero, pero Alexa no había aceptado nada. Solo quería regresar a casa y olvidarse de Mides para siempre.

Cosa que había resultado imposible. Algunas noches se había dormido hasta tarde recordando a Felipe. Lo bien que se sentía estar entre sus brazos, oír sus carcajadas o sus pobres excusas, mirarse en el reflejo de sus ojos verdes, perderse en el sabor de sus labios...

En otras ocasiones había conseguido dormirse de inmediato, solo para despertarse a mitad de la noche con el corazón a mil debido a una pesadilla en la cual la policía llegaba a buscarla por haber fingido su identidad.

Había intentado olvidar todo lo pasado, repetirse que estaba bien y que era hora de seguir adelante, aunque su cerebro la traicionara y la hiciera

recordar todo de forma tan viva como si hubiese sido el día anterior.

Incluso había ido a la librería a buscar todos los libros de Felipe en un arranque de ansiedad. Se los había leído como si tan solo fueran un boletín de noticias.

Lo único bueno de todo había sido que el rancho por fin estaba libre de deudas. De hecho, aunque ella había rechazado una retribución extra por parte de la princesa, esta la había hecho de igual manera. Con ese dinero se estaban haciendo mejoras en el lugar.

En su familia solo su madre sabía bien todo lo que había ocurrido en Mides. Era ella quien la había abrazado mientras le contaba en el mundo tan oscuro en el que se había metido y como habían logrado contagiar parte de esa oscuridad a su corazón.

Isabel también le había comentado que en el palacio las cosas andaban muy raras. Sus padres se la pasaban discutiendo y William había decidido tomarse unas vacaciones. A pesar de todo su madre no le había vuelto a poner una mano encima. Pronto entraría al instituto en Suiza y aunque no le hacía demasiada ilusión, pensaba vivir la experiencia de la mejor manera.

Alexa estaba segura de que Isabel no era como Elizabeth y que la chica algún día rompería el protocolo y crearía sus propias normas. Ella no necesitaría que alguien más le salvara el trasero.

Respecto a Elizabeth no sabía mucho, solo que había regresado a su país y había asumido el mando de este sin un marido a su lado. A pesar del escándalo que había ocasionado el rompimiento con el príncipe, ella había dado la cara y había comenzado a meterse en el papel de una monarca, preparándose para cuando su padre no estuviera y preparando a Alessia para su destino: ella.

Felipe le dio un fuerte manotazo a la mesa cuando terminó de leer el último capítulo de la novela que estaba escribiendo. Era pura basura.

Se puso de pie con enojo y apagó el computador. Cada vez le resultaba más difícil escribir. Se sentía como todo un novato.

Cuando no estaba sentado tecleando, su cerebro se llenaba de nuevas ideas, comenzaba a planear escenas, personajes, lugares... Pero cuando se sentaba a plasmarlos en letras el cerebro se le abotargaba y no conseguía hacer nada en absoluto. A lo mucho unas cuántas páginas que al final eliminaba porque no eran más que tonterías sin sentido.

Cada vez que miraba la pantalla recordaba a Alexa. No podía sacarse de la cabeza la última conversación que habían tenido, la tristeza de sus ojos cuando se apartó para dejarlo irse y el dolor amargo que ella le había ocasionado con su traición.

Cuando se supo del rompimiento del compromiso Todo Mides había quedado en suspenso. Teorías habían ido y venido. Incluso él se había preguntado qué era realmente lo que había pasado.

Al principio había podido apartar el dolor de lo sucedido con la noticia de que una empresa inversionista de Europa quería crear una sociedad con su padre para construir un museo en Mides. La oferta no tenía nada que ver con la del rey, pero era jugosa.

Además, Edward tendría la ventaja de que seguiría siendo el dueño legal de al menos la mitad de las tierras, podría seguir dedicándose a las ovejas y las uvas como tanto le gustaba sin tener que molestarse en pensar en el dinero o preocuparse si había una cosecha mala.

Y Leonor podría ampliar su heladería y darse los gustos que siempre había deseado. Con el primer pago tenían planeado ir a tomarse unas largas vacaciones por toda Europa.

Mientras tanto él continuaría encerrado en su solitario departamento de la ciudad intentando encontrar la inspiración. Hasta escribir un artículo para la revista se había convertido en una hazaña.

Se miró en el espejo. Tenía que afeitarse con urgencia, no lo había hecho hacía tiempo y parecía un ermitaño. Justo estaba tomando la cuchilla de afeitar cuando su estómago emitió un ruido tan profundo y salvaje como los sentimientos que él tenía. Dejó el objeto en el mismo lugar en donde lo había encontrado y se fue a la cocina.

Se preguntaba dónde estaría Alexa, qué estaría haciendo. Había momentos en que se atormentaba tratando de recordar absolutamente todo lo que habían vivido solo para desglosar cada fragmento de conversación y analizar cuáles de sus palabras habían sido ciertas y cuáles un total montaje. Al final siempre llegaba a la misma conclusión: no tenía ni idea de quién era ella y no podía discernir entre la verdad y la mentira porque no la conocía.

Abrió el refrigerador y arrugó la cara por el olor pestilente a queso rancio. Aparte de eso no había mucho más. Una manzana a la que ya comenzaba a arrugársele la piel y un par de cervezas. Tomó una de las botellas, esperaba que eso fuera suficiente para su estómago. No tenía ninguna intención de salir a comprar comida a ningún maldito lugar.

La princesa Elizabeth bajó del auto con delicadeza. Echó un vistazo al edificio que tenía frente a sí y suspiró. Una vez más estaba pisando Mides, solo que en esta ocasión esperaba no cometer ningún error.

Envolvió su rostro lo mejor que pudo con una bufanda y entró al lugar. Sabía muy bien hacia el número de edificio al que se dirigía, así que no le tomó demasiado tiempo llegar hasta ahí.

Dio unos suaves golpes a la puerta. Se le aceleró el corazón cuando escuchó el ruido de la cerradura. Los ojos verdes y cansados de Felipe la miraron con sorpresa.

—¿Princesa Elizabeth?

—Sí, señor Christoph. Vengo a hablar con usted.

—No creo que haya nada de lo que hablar. Pensé que tenía suficiente con todo el escándalo que dejó a su paso.

—Pues no.

La mujer no esperó a ser invitada, ya que sabía que jamás sucedería tal cosa. Así que se armó de valor y se coló en el apartamento. Últimamente se estaba volviendo un poco rebelde, lo que le encantaba, aunque solo fuera con tonterías como esa.

Arrugó la nariz al sentir el olor del lugar. Parecía más la cueva de un oso en invierno, que el sitio en el que vivía un escritor famoso con sangre real en las venas.

—Como verá no me encuentro tan bien como usted —aclaró Felipe al ver la mueca de ella.

—¿Es por Alexa? —preguntó Elizabeth con emoción.

Felipe soltó una carcajada.

—Por supuesto que no. Es así como vivimos los escritores, entre soledad y alcohol.

Elizabeth caminó alrededor del lugar prestando atención a todo lo que miraba. Se inclinó sobre el computador que había en el salón y vio que había un documento abierto que se llamaba «Borrador», tan solo tenía cinco páginas escritas.

Sobre el suelo había un montón de bolas de papel esparcidas por toda la habitación.

—Parece que ese estilo no le va mucho. Por lo que veo la escritura no está fluyendo.

—Solo son conjeturas tuyas.

Ella sonrió con incredulidad.

—En fin, no vengo a hablar de su trabajo.

—¿A qué viene entonces?

—A hablar de Alexa Sullivan.

Felipe se sentó en el sofá con una pose despreocupada que era una clara insolencia ante cualquier persona fuera o no de la realeza.

—No es un tema que me interese para serle honesto. Tengo mejores cosas que hacer. Lamento que haya perdido su tiempo al venir hasta acá, princesa Elizabeth, pero la verdad es que fue una necesidad de su parte.

—No pienso irme hasta que me escuche.

—Qué tenga un excelente día.

Felipe se puso de pie y fue hasta la puerta para abrirla.

—Alexa no es la mujer que usted piensa.

—Eso ya lo sé. Desde luego que no es quien creí.

—Ella aceptó hacerse pasar por mí porque yo la busqué y contraté para eso.

—Lo que la convierte en una mujer a quien no le importa romper las leyes con tal de ganar dinero.

—Señor Christoph, no todas las personas tienen por motor el dinero. Pensé que usted sabría eso.

Ese era un buen punto para la princesa.

—Cometer un acto ilegal no justifica...

—No lo sé. A este punto no me atrevería a juzgar los actos de nadie, sin saber primero los motivos. He estado estas dos semanas dándole vueltas a todo lo que pasó. Pensando en cómo podía compensar todo lo que Alexa hizo por mí.

—Con dinero. ¡Bingo!

La mujer puso los ojos en blanco. Felipe la miró con desprecio. A pesar de que era muy parecida a la princesa que él había conocido al principio, ante sus ojos era más que evidente que no era la misma. No podía creer cómo habían engañado a los demás. El brillo de sus ojos, la sonrisa, la voz. Todo las delataba.

—Eso hice. Pagué a Alexa mucho más de lo que le ofrecí al principio. A pesar de que ella no me lo pidió. Y ¿sabe qué? Seguí sintiéndome en deuda con ella. Porque esa mujer que prácticamente es una desconocida me había dado el regalo más grande que había recibido jamás. Mi libertad. Entonces, ¿cómo podía yo agradecer con algo tan nimio como el dinero? No. No era ni de lejos suficiente pago.

Elizabeth fue hasta donde se encontraba Felipe y lo obligó a cerrar la puerta.

—Mi libertad solo podía ser pagada con algo así de grande y valioso. Algo tan costoso que nadie pudiera pagar...

—¿Y qué es eso?

—El amor.

Felipe frunció el entrecejo.

—Nada de lo que dice tiene sentido.

—La señora Rogers fue quien me ayudó a comprender esto. Ella me contó todo lo que había pasado entre ustedes, incluso se atrevió a asegurar que se habían enamorado. Dijo haberlo escuchado suplicarle a ella que no se casara...

—Nadie se puede enamorar de una mentira, mucho menos en tan poco tiempo.

Elizabeth sonrió.

—No se engañe, señor Christoph, ni intente engañarme a mí. Vi el dolor con el que Alexa se subió al avión que la llevaba a su país, vi los manchones de maquillaje producto de las lágrimas y fui testigo de la última mirada que echó a la sala de abordaje como si una gran parte de ella no estuviera preparada para dejar Mides.

A Felipe comenzaron a temblarle las manos.

—¿La envió ella?

—No he sabido nada de Alexa desde ese día. Se lo repito, estoy aquí porque reconciliarlos es la única forma en que voy a sentir que no le debo nada. Será mejor que tomemos asiento y escuche todo lo que debo decirle.

La princesa Elizabeth comenzó a relatarle a Felipe cómo había contratado a alguien para que encontrara a una mujer en los Estados Unidos que se pareciera a ella. Le había tomado tan solo diez días que el experto localizara a Alexa gracias a una foto en internet. Además de a ella, había localizado a otras tres mujeres, pero Alexa era la que se parecía más, por lo tanto la primera en la lista.

Sabía todo sobre la vida de la chica incluso antes de tener el primer contacto a través de un correo electrónico. Conocía la delicada situación de su familia y el rancho, por lo que no dudó en ofrecerle una suma de dinero imposible de rechazar.

—Alexa no hizo este trabajo por ella, lo hizo por su familia, por el centro de rehabilitación. Tome —indicó tendiendo una carpeta a Felipe—. Ahí puede

encontrar la dirección y nombre del rancho. Si busca en internet descubrirá que el trabajo que hacen con la sociedad es impresionante. Tanto que pronto un porcentaje de las donaciones de Alessia irán ahí. El cuarenta y cinco por ciento de pacientes rehabilitados en ese centro son niños de escasos recursos a los que no se les cobra ni un centavo. Y Alexa es parte importante de ello.

»Ella no es terapeuta, pero es quien se encarga de comprar caballos salvajes al gobierno, los que de no ser vendidos se asesinan por sobrepoblación, los entrena hasta convertirlos en animales sociales y seguros, los pone a disposición del rancho para que se trabaje con ellos y el resto los vende para obtener fondos que puedan patrocinar a los pacientes de bajos recursos. El trabajo de toda la familia Sullivan es admirable.

Felipe se llevó las manos a la cabeza intentando ayudar a su cerebro a procesar todo lo que estaba escuchando.

Había sido un completo idiota.

Alexa estaba subiéndose a su caballo cuando escuchó que este relinchaba un tanto agitado. Miró hacia donde observaba el animal y se encontró con unos ojos verdes que día a día se obligaba a apartar de su mente. La sorpresa de ver a Felipe ahí fue tanta que olvidó sujetarse de la silla de montar y pasó recto, cayendo al otro lado del caballo.

Felipe corrió hasta ella.

—¿Estás bien? —preguntó ayudándola a ponerse de pie.

La chica se soltó de él como si hubiese sido un fantasma quien la estaba tocando.

—¿Qué haces aquí?

—Quiero hablar contigo.

El rostro de ella estaba teñido por la sospecha y la desconfianza.

—La última vez que nos vimos no quisiste hacerlo.

—Estaba dolido. Me comporté como un idiota —admitió.

—¿Vienes a disculparte?

—Vengo para decirte que ya sé toda la verdad.

Alexa quedó confundida ante las palabras de él. Tomó las riendas de Diablo, lo llevó hasta el establo, le quitó la silla de montar y lo liberó.

Felipe mientras tanto la siguió en silencio. Prestando atención al lugar. Por lo que podía ver era una propiedad grande. A lo lejos vio a una mujer paseando a un niño sobre un caballo blanco.

Imaginó que debía ser la madre de ella, pues aún a la distancia era obvio su parecido. Alexa no llevaba ni una gota de maquillaje encima, tenía la piel quemada por el sol, el cabello despeinado e iba vestida casi como un hombre.

Él la había visto con vestidos costosos y adornada por joyas de valor incalculable, sin embargo, era así como estaba justo en ese momento como le parecía perfecta. Por fin podía verla en su mundo, sin tener que fingir nada.

—¿Cuál es la verdad según tú? —preguntó ella.

—La princesa Elizabeth fue a buscarme y me contó todo. Se que lo hiciste por el rancho.

Ella asintió. Estaba seria y parecía triste, a Felipe eso le molestó. Quería

verla sonreír como antes.

—No debí hacer lo que hice —admitió la chica.

—Lo que hacen aquí es admirable. Visité la página de internet. Vaya, su trabajo es digno de exaltar.

—No lo hacemos con esa intención.

—Lo sé, pero es bueno saber que hay personas como ustedes que trabajan duro por un mundo mejor.

Una expresión de incredulidad atravesó el rostro de la chica.

—¿Ahora me admiras?

—Alexa —dijo él tomando su mano—, no entendí lo que hiciste cuando me enteré porque lo único que pasaba por mi mente era que te había visto ser tres mujeres diferentes en tan solo un mes. ¿Qué querías que pensara?

Ella sintió un escalofrío al sentir su piel contra la suya una vez más.

—Entiendo que te enojaras. Yo también lo habría hecho, maldita sea. Lo que no acepto es que no me dieras la oportunidad de explicarme... Estabas en tu derecho, sí. Pero, ¿es que nunca sentiste lo mismo que yo cuando estuvimos juntos? ¿Nunca sentiste esa conexión? Merecía al menos el beneficio de la duda.

—Estaba ciego por el enojo.

—Qué mas da. Lo hecho, hecho está.

—No vine hasta aquí solo para decirte que sabía la verdad.

Alexa negó, desviando la mirada hacia el campo donde Diablo corría tan libre como una brisa de verano.

—No sé qué intenciones tengas, Felipe. Pero lo mejor es que olvidemos todo lo que pasó y sigamos adelante con las vidas que teníamos tres meses atrás.

—¿No has pensado en mí ni un solo momento?

Alexa sintió un nudo en la garganta.

—No.

—¿No has imaginado cómo habría sido si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias.

—Ni se me había ocurrido.

—¿No me has extrañado?

—No eres tan importante, Felipe Christoph.

Cada vez que ella daba una nueva respuesta su voz sonaba menos convincente.

—¿Te estás haciendo la difícil?

Lo fulminó con la mirada.

—¿Viste el rótulo de la entrada que decía que nos reservábamos el derecho de admisión?

Felipe soltó una carcajada. Por primera vez en mucho tiempo reía y era por ella. Alexa era todo lo que había estado haciendo falta en su vida.

—Mientes, *princesa*.

—¡No soy una princesa!

—Para mí sí.

El corazón de Alexa se aceleró como todo un tonto. Siempre la traicionaban sus estúpidos sentimientos.

—¡Dijiste que era una princesa puro cuento!

—Eso no lo pienso discutir.

—Lo del letrero iba en serio...

Felipe se colocó frente a ella.

—Te estás convirtiendo en toda una embustera, Alexa Sullivan.

Ella abrió la boca para protestar, sin embargo, lo único que pudo hacer fue saborear los labios de Felipe. Él no necesitó forzar nada, sus cuerpos se acoplaron de la misma forma en que lo habían hecho antes.

Sus pieles se erizaron ante todas las sensaciones que los estaban envolviendo. Alexa colocó su mano abierta sobre el pecho de él, buscando su corazón para ver si latía tan fuera de control como el de ella. En efecto, así era.

—Eres un tonto, Felipe.

—Y tú eres una mentirosa, *princesa*.

Alexa sonrió, aunque tenía los ojos aguados.

—Perdóname por haberte mentido.

—Si no lo hubieras hecho, tal vez hoy no estaríamos aquí. Al menos tenemos una historia de amor peculiar para contarle a nuestros hijos...

Ella soltó una risotada que resonó alta y clara.

—¿Hijos?

—Sí. A mi me gustaría unos ocho.

Ella le dio un manotazo.

—¡Estás loco!

—Felipe segundo, Felipe tercero...

—Ni lo sueñes.

Envolvió su cuello y lo besó otra vez. Dios, estar en sus brazos se sentía tan bien. Esperaba que ese no fuera un sueño.

—Te amo —le dijo a él cuando se apartó de sus labios.

—Yo también te amo. —Miró por encima del hombro de ella—. ¿Ese hombre de sombrero que me ve como si quisiera darme un tiro es tu padre?

Alexa se giró para mirar a quién se refería él.

—No, él es el mejor amigo de papá. Cuando veas a un hombre directamente con la escopeta en la mano, sabrás que ese es mi padre. —Felipe tragó con dificultad. Alexa no pudo contener la risa—. Ja, ja, ja. Claro que es mi padre.

—Dios mío, ¿acaso eres una mentirosa patológica?

—Tendré que ir al psicólogo para averiguarlo —contestó, poniéndose de puntillas para darle un beso rápido—. Ven, voy a presentarte a mi familia. Te advierto que todos están locos.

—¿Más que tú?

Lo fulminó con la mirada.

—¡A ver si después de que hables con papá sigues haciéndote el gracioso! ¡Bienvenido al verdadero mundo de Alexa Sullivan!

Epílogo

Felipe le tendió la mano a Alexa para que saliera de la limosina que había contratado. Ella se bajó con toda la delicadeza que había aprendido con su antiguo trabajo temporal.

—Te ves preciosa.

—Tú no estás nada mal —bromeó ella.

Envolvió su brazo en el de él y juntos entraron a la abadía. Minutos después comenzó la ceremonia de coronación de la nueva monarca de Alessia, la reina Elizabeth.

A Alexa se le erizó la piel cuando vio a la mujer al frente. Estaba tan elegante y perfecta como debía y a su lado se encontraba la señora Rogers que le sonrió apenas la vio.

—Mírala —dijo Alexa a Felipe—, tan solo ha necesitado un año para convertirse en una verdadera reina.

—Gracias a ti.

—Oh, no. Ella solo ocupaba un empujón.

—¡Y qué empujón!

Alexa le clavó el codo en las costillas.

Elizabeth fue llamada por el arzobispo, una vez frente a él se dispuso a jurar solemnidad.

—Defenderé Alessia como si defendiera mi vida —dijo la nueva monarca—. Juro ser una reina digna de la corona y de mi pueblo. En nombre de todos mis antepasados, reyes soberanos de Alessia, prometo amar y respetar las joyas de la corona.

El arzobispo asintió, después indicó a Elizabeth que tomara asiento en el trono y procedió a efectuar la unción. Cubrió las manos y la frente de la mujer con el sagrado aceite, después dibujó una cruz sobre su pecho donde el corazón saltaba como un poseso.

—Qué Dios bendiga este reino y dé sabiduría y fortaleza a la reina —dijo el hombre.

Luego se apartó dejando que Elizabeth fuese oficialmente coronada, para por último ofrecerle las joyas de la corona.

Alexa tomó la mano de Felipe y la apretó con fuerza mientras que la señora Rogers sacaba un pañuelo y con discreción se limpiaba una que otra lágrima que se había permitido derramar.

A continuación las principales figuras ofrecieron sus respetos a la soberana reina uno a uno al tiempo que las notas de música clásica llenaban cada rincón de la abadía.

Dos horas más tarde Felipe y Alexa entraban al palacio de Alessia. Lo primero que vio la chica fue a la señora Rogers. Corrió hasta ella y la abrazó con fuerza.

—¡Amanda!

La mujer negó con la cabeza.

—Ese no es mi nombre, muchacha.

—Sí ya lo sé, pero para mí siempre serás Amanda, nada de Lucy Rogers. Eso te pasa por desconfiada.

—Señora Rogers, qué gusto volver a verla —saludó Felipe.

—Cuántas cosas han cambiado desde la última vez —contestó la mujer con un suspiro—. A la reina le encantará verlos, estaba muy preocupada pensando que tal vez no vendrían.

—¿Perderme esa coronación? —dijo Alexa—. Oh, no, si al menos el cincuenta por ciento de esa corona debería ser para mí —bromeó.

—Eso es muy cierto —comentó Elizabeth, apareciendo tras ella.

La pareja se volvió con una sonrisa en el rostro.

—Su majestad —dijeron al unísono haciendo una reverencia.

—Oh, no. Ustedes son mis amigos, no son necesarias estas formalidades. Me alegra mucho verlos juntos y felices.

—Gracias a ti —contestó Felipe.

—Era la única forma de pagar lo que Alexa hizo por mí.

Alexa no pudo contenerse más, fue hasta la mujer, la abrazó, la levantó en alto y dio un par de giros con ella.

—No sabes cuán orgullosa me siento de verte así. Sé que serás una reina ejemplar.

Elizabeth espantó las lágrimas que estaba a punto de derramar.

—Lo intentaré. Cuando sienta que no pueda con el peso recordaré que no solo represento a mi reino sino a todas las mujeres del mundo. Pero, bueno, se hace tarde para el banquete de celebración, será mejor que vayamos al comedor.

—Espera —indicó Alexa—. Antes queríamos darles algo.

Felipe sacó dos pequeños sobres de su saco y le dio uno a cada mujer.

—¿Qué es? —preguntó la señora Rogers.

—La invitación a nuestra boda.

Las mujeres abrieron la boca con sorpresa.

—¡Felicidades!

—Esperamos que puedan presentarse, será en el rancho.

—Cuenten con nosotras —exclamó Elizabeth—. Sea como sea vamos a estar ahí. Vaya...

—¿Qué? —preguntó Alexa.

—No, nada. Solo es que siento que ha sido tan pronto. La última vez que los vi estaban peleados y ahora van a casarse, qué irónica es la vida.

—Pues la verdad es que teníamos otros planes, pero qué les diré, nos comimos el pastel antes de la boda...

Elizabeth y la señora Rogers soltaron una carcajada ante la forma de hablar de la chica.

Alexa frotó su vientre con cariño al tiempo que Felipe la abrazaba y besaba su sien, definitivamente era la mujer más afortunada.

Sobre la autora

Mi nombre es Marcela y soy una escritora independiente. Vengo de un hermoso país llamado Costa Rica, tengo 25 años y estudio inglés.

Me gusta leer comedias románticas y suspense, bailar como si supiera hacerlo, cantar como si fuera algo digno de escucharse, ver pelis sin sentido cuando no me gana la pereza, escuchar música que suena a felicidad y escribir cosillas medio raras.

Gracias por darle una oportunidad a mis letras y abrir un espacio a mis personajes y ocurrencias, espero que hayas podido disfrutar de ellos.

Te invito a contarme tu experiencia, me encantaría conocer tu opinión.

¡Qué tengas un día fantástico y nunca te olvides de sonreír!

¡Abrazos!

www.marcelamoure.com

[Facebook](#)

[Instagram](#)